

D. H. LAWRENCE
El amante de
Lady Chatterley



LELIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Invalído de guerra, Sir Clifford Chatterley y su esposa Connie llevan una existencia acomodada, aparentemente plácida, rodeada de los placeres burgueses de las reuniones sociales y regida por los correctos términos que deben ser propios de todo buen matrimonio. Connie, sin embargo, no puede evitar sentir un vacío vital. La irrupción en su vida de Mellors, el guardabosque de la mansión familiar, la pondrá en contacto con las energías más primarias e instintivas y relacionadas con la vida.

La fuerte corriente relacionada con la energía sexual que recorre casi toda la obra de D. H. Lawrence encuentra una de sus máximas expresiones en El amante de Lady Chatterley, novela que se vio envuelta en la polémica y el escándalo desde el momento de su aparición.

L≡LIBROS

D. H. Lawrence

El amante de Lady Chatterley

CAPITULO 1

La nuestra es esencialmente una época trágica, así que nos negamos a tomarla por lo trágico. El cataclismo se ha producido, estamos entre las ruinas, comenzamos a construir hábitats diminutos, a tener nuevas esperanzas insignificantes. Un trabajo no poco agobiante: no hay un camino suave hacia el futuro, pero le buscamos las vueltas o nos abrimos paso entre los obstáculos. Hay que seguir viviendo a pesar de todos los firmamentos que se hayan desplomado.

Esta era, más o menos, la posición de Constance Chatterley. La guerra le había derrumbado el techo sobre la cabeza. Y ella se había dado cuenta de que hay que vivir y aprender.

Se había casado con Clifford Chatterley en 1917, durante una vuelta a casa con un mes de permiso. Un mes duró la luna de miel. Luego él volvió a Flandes, para ser reexpedido a Inglaterra seis meses más tarde, más o menos en pedacitos. Constance, su mujer, tenía entonces veintitrés años, y él veintinueve.

Su apego a la vida era maravilloso. No murió, y los pedazos parecían irse soldando de nuevo. Durante dos años estuvo en manos del médico. Luego le dieron de alta y pudo volver a la vida, con la mitad inferior de su cuerpo, de las caderas abajo, paralizada para siempre.

Esto fue en 1920. Clifford y Constance volvieron a su hogar, Wragby Hall, «sede» de la familia. Su padre había muerto. Clifford era ahora un baronet, Sir Clifford, y Constance era Lady Chatterley. Fueron a comenzar su vida de hogar y matrimonio en la descuidada mansión de los Chatterley, sobre la base de una renta más bien insuficiente. Clifford tenía una hermana, pero les había dejado. Por lo demás, no quedaban parientes cercanos. El hermano mayor había muerto en la guerra. Paralizado sin remedio, sabiendo que nunca podría tener hijos, Clifford había vuelto a su hogar en los sombríos Midlands para mantener vivo mientras pudiera el nombre de los Chatterley.

Realmente no estaba acabado. Podía moverse por sus propios medios en una silla de ruedas, y tenía otra con un pequeño motor incorporado con la que podía deambular lentamente por el jardín y recorrer la hermosa melancolía del parque, del cual estaba realmente muy orgulloso aunque fingía no darle gran importancia.

Habiendo sufrido tanto, su capacidad de sufrimiento se había agotado en cierto modo. Permanecía ausente, luminoso y de buen humor, casi podría

decirse chispeante, con su cara rubicunda y saludable y el empuje brillante de sus ojos azul pálido. Sus hombros eran anchos y fuertes, sus manos potentes. Vestía ropa cara y llevaba corbatas elegantes de Bond Street. Y, sin embargo, en su cara podía verse la mirada vigilante, la ligera ausencia de un paralítico.

Había estado tan cerca de perder la vida, que lo que quedaba era de un valor excepcional para él. Era obvio en la emocionada luminosidad de sus ojos lo orgulloso que estaba de seguir vivo tras haber pasado por la tremenda prueba. Pero la herida había llegado tan al fondo que algo había muerto dentro de él, parte de sus sentimientos y ya no existían. Había un vacío en su sensibilidad.

Constance, su mujer, rubicunda, de aspecto campesino, tenía el pelo castaño, un cuerpo fuerte y movimientos pausados, llenos de una energía poco frecuente. Era de ojos grandes y admirativos, con una voz dulce y suave; parecía recién salida de su pueblo natal. Nada de esto era cierto. Su padre era el anciano Sir Malcolm Reid, en tiempos muy conocido como miembro de la Real Academia de Pintura. Su madre había sido una de las cultas Fabianas de la floreciente época pre-Rafaelita. Entre artistas y socialistas cultos, Constance y su hermana Hilda habían tenido lo que podría llamarse una educación estéticamente poco convencional. Las habían enviado a París, Florencia y Roma para respirar arte, y habían ido en la otra dirección, hacia La Haya y Berlín, a los grandes congresos socialistas, donde los oradores hablaban en todas las lenguas civilizadas sin que nadie se asombrara.

Las dos chicas, por tanto, y desde edad muy temprana, no se sentían intimidadas ni por el arte ni por la política teórica. Era su ambiente natural. Eran al mismo tiempo cosmopolitas y provincianas, con el provincialismo cosmopolita del arte mezclado con las ideas sociales puras.

Las habían enviado a Dresde a los quince años, para aprender música entre otras cosas. Y lo pasaron bien allí. Vivían libremente entre los estudiantes, discutían con los hombres sobre temas filosóficos, sociológicos y artísticos; eran como los hombres mismos: sólo que mejor, porque eran mujeres. Pasearon los bosques con jóvenes robustos provistos de guitarras, ¡ting, ting! Cantaban las canciones de los Wandervögel, y eran libres. ¡Libres! La gran palabra. Al aire del mundo, en los bosques de la alborada, entre compañeros vitales y de magnífica voz, libres de hacer lo que quisieran y —sobre todo— de decir lo que les viniera en gana. Hablar era la categoría suprema: el apasionado intercambio de conversación. El amor era un acompañamiento menor.

Tanto Hilda como Constance habían tenido sus aventuras amorosas, tentativas, a los dieciocho años. Los jóvenes con quienes conversaban con tal pasión, los que cantaban con tanto brío y acampaban bajo los árboles con una tal libertad, deseaban, desde luego, una relación amorosa. Las muchachas tenían sus dudas, pero... se hablaba tanto de la cosa, parecía tener una tal importancia, y los hombres eran tan humildes y tan anhelantes. ¿Por qué no iba a ser una chica

como una reina y darse a sí misma como regalo?

Así que se habían regalado, cada una al joven con el que tenía las controversias más sutiles e íntimas.

Las charlas, las discusiones, eran lo más importante; hacer el amor y las relaciones afectivas eran sólo una especie de reversión primitiva y un algo de anticlimax. Después, una se sentía menos enamorada del chico y un poco inclinada a odiarle, como si se hubiera entrometido en la vida privada y la libertad interior de una. Porque, desde luego, siendo chica, toda la dignidad y sentido de la vida de una consistía en el logro de una absoluta, perfecta, pura y noble libertad. ¿Qué otra cosa significaba la vida de una chica? Eliminar las viejas y sórdidas relaciones y ataduras.

Y, por mucho que se sentimentalizara, este asunto del sexo era una de las relaciones y ataduras más antiguas y sórdidas. Los poetas que lo glorificaban eran hombres la mayoría. Las mujeres siempre habían sabido que había algo mejor, algo más elevado. Y ahora lo sabían con más certeza que nunca. La libertad hermosa y pura de una mujer era infinitamente más maravillosa que cualquier amor sexual. La única desgracia era que los hombres estuvieran tan retrasados en este asunto con respecto a las mujeres. Insistían en la cosa del sexo como perros.

Y una mujer tenía que ceder. Un hombre era como un niño en sus apetitos. Una mujer tenía que concederle lo que quería, o, como un niño, probablemente se volvería desagradable, escaparía y destrozaría lo que era una relación muy agradable. Pero una mujer podía ceder ante un hombre sin someter su yo interno y libre. Eso era algo de lo que los poetas y los que hablaban sobre el sexo no parecían haberse dado cuenta suficientemente. Una mujer podía tomar a un hombre sin caer realmente en su poder. Más bien podía utilizar aquella cosa del sexo para adquirir poder sobre él. Porque sólo tenía que mantenerse al margen durante la relación sexual y dejarle acabar y gastarse, sin llegar ella misma a la crisis; y luego podía ella prolongar la conexión y llegar a su orgasmo y crisis mientras él no era más que su instrumento.

Ambas hermanas habían tenido ya su experiencia amorosa cuando llegó la guerra y las hicieron volver a casa a toda prisa. Ninguna de ellas se había enamorado nunca de un joven a no ser que ella y él estuvieran verbalmente muy cercanos: es decir, a no ser que estuvieran profundamente interesados, que se HABLARAN. Qué asombrosa, qué profunda, qué increíble era la emoción de hablar apasionadamente con algún joven inteligente hora tras hora, continuar día tras día durante meses... ¡No se habían dado cuenta de ello hasta que sucedió! La promesa del Paraíso.

—¡Tendrás hombres con quienes hablar! —no se había pronunciado nunca. Y se cumplió antes de que ellas se hubieran dado cuenta de lo que una promesa así significaba.

Y si, tras la excitante intimidad de aquellas discusiones vívidas y profundas, la cosa del sexo se hacía más o menos inevitable, qué se le iba a hacer. Marcaba el final de un capítulo. Era también una excitación en sí: una excitación extraña y vibrante dentro del cuerpo, un espasmo final de autoafirmación, como la última palabra, emocionante y muy parecida a la línea de asteriscos que puede utilizarse para señalar el final de un párrafo o una interrupción del tema.

Cuando las chicas volvieron a casa durante las vacaciones del verano de 1913, Hilda tenía veinte años y Connie dieciocho, su padre pudo darse cuenta claramente de que ya habían tenido su experiencia amorosa.

L'amour avait passé par là, como dice alguien. Pero él mismo era un hombre de experiencia y dejó que la vida siguiera su curso. En cuanto a la madre, una inválida nerviosa en los últimos meses de su vida, lo único que deseaba era que sus hijas fueran «libres» y «se realizaran». Ella no había podido ser nunca ella misma: era algo que le había sido negado. Dios sabe por qué, puesto que era una mujer con rentas propias e independencia. Culpaba de ello a su esposo. Pero en realidad dependía de alguna vieja noción de autoridad enquistada en su cerebro o en su alma y de la que no podía librarse. No tenía nada que ver con Sir Malcolm, que dejaba que su nerviosamente hostil y decidida esposa hiciera la vida a su manera, mientras él seguía su propio camino.

Así que las chicas eran «libres» y volvieron a Dresde, a su música, la universidad y los jóvenes. Amaban a sus jóvenes respectivos y sus respectivos jóvenes las amaban a ellas con toda la pasión de la atracción mental. Todas las cosas maravillosas que los jóvenes pensaban, expresaban y escribían, las pensaban, expresaban y escribían para las jóvenes. El chico de Connie era de temperamento musical; el de Hilda, técnico. Pero simplemente vivían para ellas. En sus mentes y en sus emociones mentales, claro. En otros aspectos estaban ligeramente a la defensiva, aunque no lo sabían.

En su interior era también obvio que el amor había pasado por ellos: es decir, la experiencia física. Es curioso la sutil pero inconfundible transmutación que opera tanto en el cuerpo de los hombres como en el de las mujeres: la mujer, más floreciente, más sutilmente redondeada, sus jóvenes angularidades suavizadas y su expresión emotiva o triunfante; el hombre, mucho más apaciguado, más introverso, las formas mismas de sus hombros y sus nalgas menos afirmativas, más indecisas.

En el impulso sexual efectivo, dentro del cuerpo, las hermanas estuvieron a punto de sucumbir al extraño poder del macho. Pero la recuperación fue rápida: aceptaron el impulso sexual como una sensación y siguieron siendo libres. Mientras los hombres, agradecidos por la experiencia sexual, entregaron sus almas a la mujer. Y más tarde parecían como quien ha perdido diez duros para encontrar cinco. El chico de Connie podía parecer un poco retraído y el de Hilda algo sarcástico. ¡Pero así son los hombres! Ingratos y constantemente

insatisfechos. Cuando no quieres saber nada de ellos te odian porque no quieres, y cuando quieres te odian por alguna otra razón. O sin razón ninguna, excepto que son niños enfadados, y no hay manera de contentarlos con nada, haga una mujer lo que haga.

Sin embargo, estalló la guerra; Hilda y Connie fueron facturadas a casa de nuevo, después de haber estado allí ya en mayo para el funeral de su madre. Antes de las navidades de 1914 sus dos jóvenes alemanes habían muerto: aquello hizo llorar a las hermanas y amar a los jóvenes apasionadamente, pero poco después les olvidaron. Ya no existían.

Las dos hermanas vivían en la casa de Kensington de su padre, realmente de su madre, y salían con el joven grupo de Cambridge, el grupo que defendía la «libertad», los pantalones de franela, las camisas de franela con el cuello abierto, una selecta especie de anarquía sentimental, un tipo de voz suave y susurrante y una especie de modales ultrasensibles. Sin embargo, Hilda se casó repentinamente con un hombre diez años mayor que ella, un miembro mayor del mismo grupo de Cambridge, un hombre con no poco dinero y un cómodo empleo hereditario en el gobierno: que además escribía ensayos filosóficos. Pasó a vivir con él en una casa poco amplia de Westminster y entró en esa buena sociedad de gente del gobierno que no está a la cabeza, pero que son, o pudieran ser, el verdadero poder oculto de la nación: gente que sabe de qué habla, o habla como si lo supiera.

Connie realizaba una forma atemperada de trabajo bélico y andaba con los intransigentes de Cambridge, de pantalón de franela que se reían moderadamente de todo, por el momento. Su «amigo» era un tal Clifford Chatterley, un joven de veintidós años, que había vuelto a toda prisa de Bonn, donde estudiaba los tecnicismos de la minería del carbón. Antes había pasado dos años en Cambridge. Actualmente era teniente en un regimiento fino, porque resultaba más elegante burlarse de todo en uniforme.

Clifford Chatterley era más «clase alta» que Connie. Connie era «intelectualidad» de buena posición, pero él era «aristocracia». No de la grande, pero lo era. Su padre era un baronet, y su madre había sido hija de un vizconde.

Pero, mientras Clifford era de más alta cuna que Connie y más «sociedad», resultaba, a su manera, más provinciano y más tímido. Se encontraba a gusto en el pequeño «gran mundo», es decir, entre la aristocracia con tierras, pero se comportaba de manera retraída y nerviosa en ese otro amplio mundo compuesto por las vastas hordas de las clases medias y bajas y los extranjeros. Si ha de decirse la verdad, le asustaba un poco la humanidad de las clases medias y bajas y le asustaban los extranjeros que no eran de su clase. Era, de alguna forma paralizante, consciente de su falta de defensas, a pesar de que había disfrutado de todas las defensas de los privilegios. Cosa curiosa, pero fenómeno de nuestros

días.

De aquí que la velada seguridad peculiar de una chica como Constance Reid le fascinara. Ella era mucho más dueña de sí en aquel mundo exterior de caos que él de sí mismo.

Aun así también él era un rebelde: rebelándose incluso contra su clase. O quizá rebelde sean palabras mayores; demasiado mayores. Estaba simplemente atrapado en el rechazo popular y general de los jóvenes frente a cualquier convencionalismo y cualquier clase de autoridad real. Los padres eran absurdos; el suyo, tan obstinado, el que más. Y los gobiernos eran absurdos; especialmente el nuestro, de siempre esperar a ver qué pasa. Y los ejércitos eran absurdos, y los carcamales de los generales más aún, especialmente el abotargado de Kitchener. Incluso la guerra era absurda, aunque con la ventaja de que mataba a no poca gente.

En realidad todo era algo absurdo, o muy absurdo: desde luego todo lo relacionado con la autoridad, fuera ejército, gobierno o universidades, era absurdo y no poco. Y en la medida en que la clase gobernante tenía cualquier pretensión de gobernar, era también absurda. Sir Geoffrey, el padre de Clifford, era intensamente absurdo, talando sus árboles y escardando hombres de su mina de carbón para echarlos al fogón de la guerra; y él mismo, tan asentado y patriótico; gastando además en su país más dinero del que tenía.

Cuando la señorita Chatterley —Emma— vino de los Midlands a Londres para algo de enfermera, hacía, de forma sutil, bromas constantes sobre Sir Geoffrey y su decidido patriotismo. Herbert, el hermano mayor y heredero, se reía abiertamente a pesar de que eran sus árboles los que se estaban cortando para las tropas francesas. Pero Clifford simplemente apuntaba una sonrisa incómoda. Todo era absurdo, es verdad. Pero ¿y si se iba demasiado lejos y uno también llegaba a ser absurdo...? Por lo menos la gente de otra clase, como Connie, tomaba en serio algo. Creía en algo.

Tomaban en serio a los soldados y a la amenaza del alistamiento forzoso y la escasez de azúcar y caramelos para los niños. De todas estas cosas, desde luego, las autoridades tenían absurdamente la culpa. Pero Clifford no podía tomar esto en serio. Para él las autoridades eran ridículas ab ovo, no por el caramelo o los soldados.

Y las autoridades se sentían absurdas y se comportaban de forma un tanto absurda, y todo era momentáneamente como el cumpleaños del tonto del pueblo. Hasta que las cosas fueron allí a más, y Lloyd George vino a salvar la situación. Esto llegó a superar incluso el absurdo; el joven rebelde dejó de reírse.

En 1916 Herbert Chatterley murió en la guerra, así que Clifford se convirtió en heredero. Incluso esto le aterrorizaba. Su importancia como hijo de Sir Geoffrey, y criatura de Wragby, le había llegado tan a la raíz que nunca escaparía de ello. Y, sin embargo, sabía que también esto, a los ojos del vasto

mundo en ebullición, era absurdo. Heredero ahora, y responsable de Wragby. ¿No era horrible y espléndido y al mismo tiempo, quizás, puramente sin sentido?

Sir Geoffrey no tenía sitio para el absurdo. Estaba pálido, en tensión, remetido en sí y obstinadamente decidido a salvar a su país y su propia posición, fuera con Lloyd George o cualquier otro. Tan desconectado estaba, tan divorciado de la Inglaterra que era realmente Inglaterra, tan extremadamente incapaz, que incluso tenía buena opinión de Horatio Bottomley. Sir Geoffrey defendía a Inglaterra y a Lloyd George como sus antepasados habían defendido a Inglaterra y a San Jorge: y nunca supo darse cuenta de la diferencia. Así que Sir Geoffrey talaba los árboles y defendía a Inglaterra y Lloyd George, Lloyd George e Inglaterra.

Y quería que Clifford se casara y tuviera un heredero. Clifford creía que su padre era un anacronismo sin remedio. ¿Pero, en qué estaba él ni un centímetro más adelantado, excepto en un impaciente sentido de lo absurdo de todo y del supremo absurdo de su propia posición? Porque, quieras o no, tomó a su título y a Wragby con la mayor seriedad.

La divertida exaltación ya no estaba presente en la guerra..., había muerto. Demasiada muerte y horror. Un hombre necesitaba apoyo y consuelo. Un hombre necesitaba tener un ancla en el mundo de la seguridad. Un hombre necesitaba una esposa.

Los Chatterley, dos hermanos y una hermana, habían vivido curiosamente aislados, encerrados uno con otro en Wragby, a pesar de todas sus relaciones sociales. Un sentido de aislamiento intensificaba el lazo familiar, un sentido de la debilidad de su posición, un sentido de inermidad, a pesar de, o a causa de, la tierra y el título. Estaban al margen de aquellos Midlands industriales en los que pasaban sus vidas. Y estaban al margen de su propia clase a causa de la naturaleza retraída, obstinada y taciturna de Sir Geoffrey, su padre, de quien se burlaban pero al que estaban tan apegados.

Los tres habían dicho que siempre vivirían todos juntos. Pero ahora Herbert había muerto y Sir Geoffrey quería que Clifford se casara. Sir Geoffrey apenas lo mencionaba: hablaba muy poco. Pero su insistencia muda y taciturna en que así fuera hacía difícil la resistencia de Clifford.

¡Pero Emma dijo NO! Era diez años mayor que Clifford y para ella su matrimonio sería una deserción y una traición a lo que habían defendido los jóvenes de la familia.

Clifford se casó con Connie a pesar de todo y pasó un mes de luna de miel con ella. Era el terrible año de 1917 y estaban tan unidos como dos personas juntas sobre un barco que se hunde. Él era virgen al casarse: y la parte sexual no significaba mucho para él. Se entendían muy bien, él y ella, aparte de esto. Y a Connie le encantaba moderadamente aquella intimidad que estaba más allá del sexo, más allá de la «satisfacción» de un hombre. En todo caso, Clifford no

buscaba simplemente su «satisfacción», como parecía suceder con tantos hombres. No, la intimidad era más profunda, más personal que eso. Y el sexo era simplemente un accidente, o un anexo, uno de los procesos orgánicos curiosamente caducos que persistían en su propia chabacanería, pero que no eran realmente necesarios. Connie, sin embargo, quería tener hijos: aunque sólo fuera para fortalecer su posición frente a su cuñada Emma.

Pero a principios de 1918 enviaron a Clifford destrozado a la patria, y no hubo hijo. Y Sir Geoffrey murió de desazón.

CAPITULO 2

Connie y Clifford se instalaron en Wragby en el otoño de 1920. La señorita Chatterley, disgustada aún por la deserción de su hermano, se había ido y vivía en un pequeño piso en Londres.

Wragby era una antigua construcción alargada de piedra parda, comenzada hacia mediados del siglo XVIII y con añadidos posteriores, hasta haber llegado a convertirse en una especie de conejera sin mucha distinción. Estaba situada sobre una elevación en un apreciable parque de viejos robles; pero ¡ay!, no lejos de allí podía verse la chimenea del pozo de Tevershall, con sus nubes de humo y vapor, y, sobre la húmeda y neblinosa distancia de la colina, el burdo amasijo del pueblo de Tevershall, un pueblo que comenzaba casi a las puertas del parque y se arrastraba en una fealdad sin remedio a lo largo de una extensa y horrorosa milla: casas, filas de casas de ladrillo, miserables, pequeñas, tristes, con techos de pizarra negra como tapadera, ángulos agudos y una deliberada y vacía falta de solaz.

Connie estaba acostumbrada a Kesington, o a las colinas de Escocia, o a las vegas de Sussex: aquella era su Inglaterra. Con el estoicismo de la juventud, comprendió de una mirada la desalmada frialdad de los Midlands con su minería del hierro y del carbón, y le aplicó su justo valor: algo increíble en lo que no había que pensar. Desde las deprimentes habitaciones de Wragby oía el ronroneo de las cribas de la mina, el chirrido de la cabria, el clac-clac de las vías de maniobra y el ronco y apagado silbido de las locomotoras mineras. La escombrera de Teverhall estaba ardiendo, había estado ardiendo durante años y costaría millones apagarla. Así que tenía que seguir ardiendo. Y cuando el viento soplaba de allí, cosa frecuente, la casa se llenaba de la peste de aquella combustión sulfurosa del excremento de la tierra. Pero incluso en los días sin viento el aire olía siempre a algo subterráneo: sulfuro, hierro, carbón o ácido. E incluso sobre las rosas de navidad las motas se asentaban de forma persistente, increíble, como un maná negro de los cielos de la fatalidad.

Bueno, allí estaba: ¡inevitable como el resto de las cosas! Era un tanto horrible, pero ¿por qué romperse la cabeza? No podía borrarse de un plumazo. Todo seguía allí. ¡La vida, como lo demás! Por la noche, sobre el bajo techo oscuro de nubes, los manchones rojos ardían temblorosos, jaspeantes, alargándose y contrayéndose como quemaduras dolorosas. Eran los hornos. Al

principio fascinaban a Connie con una especie de horror; se sentía vivir bajo la tierra. Luego se acostumbró a ellos. Y por la mañana llovía.

Clifford decía que Wragby le gustaba más que Londres. Aquella comarca tenía una personalidad propia y salvaje y la gente tenía huevos. Connie se preguntaba qué otra cosa tendrían: desde luego ni ojos ni cerebros. Eran tan silvestres, informes e incoloros como el paisaje, e igual de huraños. Sólo que había algo en su confuso chapurreo del dialecto y en el chapoteo de sus botas claveteadas sobre el asfalto cuando, en bandas, volvían a casa del trabajo, que era terrible y un tanto misterioso.

No se había dado ninguna fiesta de bienvenida para el joven caballero, ninguna celebración, ninguna recepción, ni siquiera una flor. Sólo un húmedo viaje en coche por un camino oscuro y encharcado, entre un túnel de árboles melancólicos hasta salir a la pendiente del parque, donde pastaban ovejas grises y mojadas, y luego la cumbre donde la casa desplegada su oscura fachada parda y el ama de llaves y su marido parecían flotar como inquilinos inseguros sobre la faz de la tierra, dispuestos a recitar entre dientes alguna fórmula de bienvenida.

No había comunicación entre Wragby Hall y el pueblo de Tevershall, ninguna. Ni una mano al ala del sombrero, ni un gesto de cortesía. Los mineros miraban simplemente; los tenderos alzaban la gorra ante Connie como si fuera una conocida y hacían un imperfecto gesto de cabeza hacia Clifford; eso era todo. Un abismo sin puente, y una especie de silencioso resentimiento por ambas partes. Al principio la constante llovizna de resentimiento que venía del pueblo hacía sufrir a Connie. Luego se endureció y aquello se convirtió en una especie de tónico, algo que daba sentido a la vida. No era que ella y Clifford estuviesen mal vistos, simplemente pertenecían a una especie que no tenía nada que ver con la de los mineros. Golfo infranqueable, abismo insondable, tal como no exista quizás al sur del Trent. Pero en los Midlands y en el norte industrial existía un golfo infranqueable a través del cual no podía establecerse ninguna comunicación. ¡Quédate en tu lado y yo me quedaré en el mío! Una extraña negación del sentir común de la humanidad.

Y, sin embargo, el pueblo simpatizaba con Clifford y Connie en abstracto. Pero en la vida diaria era « ¡Déjame en paz!» por ambos lados.

El rector era un hombre agradable de unos sesenta años que sólo vivía para su oficio y casi reducido personalmente a la inexistencia por el mudo « ¡Déjame en paz!» del pueblo. Las mujeres de los mineros eran casi todas metodistas. Los mineros no eran nada. Pero lo poco de uniforme oficial que llevaba el sacerdote era suficiente para ocultar por completo el hecho de que se trataba de un hombre como cualquier otro. No, era el señor Ashby una especie de institución automática de rezos y sermones.

Este obstinado e instintivo « Somos tan buenos como usted, por muy Lady Chatterley que usted sea» desconcertaba y confundía enormemente a Connie al

principio. La curiosa, suspicaz y falsa amabilidad con que las mujeres de los mineros respondían a sus intentos de contacto; aquel curiosamente ofensivo matiz de « ¡Cielos! ¡Ahora soy alguien, puesto que Lady Chatterley se digna dirigirme la palabra! ¡Pero que no se crea que yo soy menos que ella! », que siempre oía como una vibración en las voces semiaduladoras de las mujeres, era insoportable. No había manera de ignorarlo. Demostraba una desesperante y ofensiva rebeldía.

Clifford les ignoraba y ella aprendió a hacer lo mismo: pasaba sin mirarlos y ellos la miraban como si fuera una figura de cera en movimiento. Cuando tenía que hablar con ellos, Clifford era más bien altivo y adoptaba un tono de desprecio; no valía la pena seguir siendo amable. En realidad y en general se mostraba con un cierto engreimiento y desprecio ante cualquiera que no fuera de su clase. Permanecía en su terreno, sin ningún intento de conciliación. Y la gente ni le quería ni dejaba de quererle: era parte de las cosas, como la mina o como Wragby mismo.

Pero en realidad Clifford era extremadamente tímido y susceptible ahora que estaba impedido. Le disgustaba ver a cualquiera, a excepción de los criados personales, puesto que tenía que permanecer sentado en una silla de ruedas o en una especie de moto de inválido. En cualquier caso seguía vistiendo con el mismo cuidado la ropa confeccionada por sastres caros y llevaba las distinguidas corbatas de Bond Street como antes; de arriba abajo mantenía la misma elegancia y distinción de siempre. Nunca había sido uno de esos jóvenes modernos afeminados: era incluso más bien campestre, con su cara curtida y sus anchos hombros. Pero su voz, muy suave e insegura, y sus ojos, al mismo tiempo asustadizos y audaces, llenos de seguridad e indecisos, revelaban su naturaleza. Su comportamiento era a menudo ofensivamente engreído, para volver a ser luego modesto y comedido, casi tembloroso.

Connie y él estaban unidos a la distante manera moderna. Había llegado a herirle demasiado el tremendo golpe de su invalidez para poder ser abierto y chispeante. Era una cosa lesionada. Y como tal, Connie permanecía apasionadamente a su lado.

Pero ella no podía evitar sentir que estuviera tan aislado de la gente. Los mineros, en un sentido, le pertenecían; pero él los veía como objetos, más que como seres humanos; parte de la mina, más que parte de la vida; descarnados fenómenos naturales, más que hombres semejantes a él. En cierto sentido le daban miedo; no podía soportar que le miraran ahora que estaba parálítico. Y su extraña y dura vida le parecía tan innatural como la de los erizos.

Sentía un remoto interés, pero como un hombre que mirara por un microscopio o un telescopio. No estaba en contacto. No tenía una conexión real con nadie, excepto, por tradición, con Wragby y, a través del fuerte lazo de la defensa familiar, con Emma. Fuera de eso nada le afectaba realmente. Connie

se daba cuenta de que ella misma no le afectaba realmente, no de verdad: quizás no había en él nada que pudiera conmoverse; simplemente una negación del contacto humano.

Sin embargo, dependía absolutamente de ella, la necesitaba en todo momento. A pesar de su fortaleza y estatura, era un ser indefenso. Podía moverse en una silla de ruedas y tenía su silla motorizada con la que podía recorrer lentamente el parque. Pero cuando se quedaba solo era como un objeto abandonado. Necesitaba que Connie estuviera allí para tener la seguridad de existir.

Aun así era ambicioso. Había empezado a escribir narraciones; historias curiosas y muy personales sobre gente que había conocido; ingeniosas, malintencionadas y, sin embargo, de forma un tanto misteriosa, sin sentido. Sus dotes de observación eran extraordinarias y personales. Pero no tenían garra, no había contacto real. Era como si todo se desarrollara en el vacío. Aunque, dado que el terreno de la vida es hoy un escenario iluminado artificialmente, los cuentos tenían una curiosa fidelidad a la vida moderna, a la psicología moderna más bien.

Clifford era morbosamente sensible cuando se trataba de estos cuentos. Quería que a todo el mundo le parecieran buenos, de lo mejor, non plus ultra. Se publicaban en las revistas más modernas y eran alabados o criticados como de costumbre. Pero para Clifford las críticas negativas eran una tortura, como cuchillos clavados en sus entrañas. Era como si todo su ser estuviera en sus cuentos.

Connie le ayudaba todo lo que podía. Al principio era apasionante. Él lo consultaba todo con ella de forma monótona, insistente, constante, y ella tenía que responder con toda su capacidad. Era como si todo su cuerpo, su alma y su sexo despertaran y pasaran a sus cuentos. Aquello la emocionaba y la absorbía.

Vida física apenas la vivían. Ella tenía que supervisar los asuntos de la casa. Pero el ama de llaves había servido a Sir Geoffrey durante muchos años, y aquel ser —apenas podría llamársele doncella, ni siquiera mujer—, seco, sin edad definida, absolutamente correcto, que servía la mesa había estado en la casa durante cuarenta años. Ni siquiera las muchachas de la limpieza eran jóvenes. ¡Era horrible! ¡Qué podía hacerse en un sitio así, excepto dejarlo como estaba! ¡Todas aquellas habitaciones infinitas que nadie usaba, toda aquella rutina de los Midlands, la limpieza mecánica y el orden mecánico! Clifford había insistido en contratar una nueva cocinera, una mujer de experiencia que le había servido en su piso de soltero en Londres. Por lo demás, la anarquía mecánica parecía presidir las cosas. Todo funcionaba dentro de un orden, con una estricta limpieza y una puntualidad estricta; incluso con una estricta honestidad. Y, sin embargo, para Connie era todo una anarquía metódica. Ningún calor, ningún sentimiento proporcionaban un nexo orgánico. La casa tenía el mismo aspecto desolado que

una calle por donde no pasa nadie.

¿Qué otra cosa podía hacer más que dejar las cosas como estaban? Así que lo dejó todo como estaba. La señorita Chatterley venía a veces, con su cara fina, aristocrática, y saboreaba el triunfo al ver que todo seguía igual. Nunca le perdonaría a Connie haberla apartado de su unión espiritual con su hermano. Era ella, Emma, quien debería estarle ayudando a sacar adelante aquellas historias, aquellos libros; las narraciones de los Chatterley, algo nuevo en el mundo, algo que ellos, los Chatterley, habían creado. No existía ningún otro tipo de baremo. No había ninguna relación orgánica con el pensamiento ni la expresividad de hasta entonces. Algo nuevo había nacido a la luz del mundo: los libros Chatterley, absolutamente personales.

El padre de Connie, en sus fugaces visitas a Wragby, le decía en privado a su hija:

—En cuanto a lo que escribe Clifford, es ingenioso, pero no tiene nada dentro. No aguantará el paso del tiempo...

Connie miraba al fornido caballero escocés que había sabido arreglarse tan bien en la vida, y sus ojos, sus siempre asombrados grandes ojos azules, adquirirían un matiz de ambigüedad. ¡Nada dentro! ¿Qué quería decir con nada dentro? Si los críticos le alababan, y el nombre de Clifford era casi famoso y hasta ganaba dinero..., ¿qué quería decir su padre con que no había nada dentro de las obras de Clifford? ¿Qué otra cosa podía haber?

Porque Connie había adoptado la forma de valorar de los jóvenes: lo del momento lo era todo. Y los momentos se sucedían sin estar necesariamente relacionados entre sí.

Era su segundo invierno en Wragby cuando su padre le dijo:

—Espero, Connie, que no dejarás que las circunstancias te conviertan en una *demi-vierge*.

—¡Una *demi-vierge*! —replicó Connie vagamente—. ¿Por qué? ¿Por qué no?

—A no ser que te guste, desde luego —dijo su padre precipitadamente.

A Clifford le dijo lo mismo cuando ambos se vieron a solas:

—Me temo que no vaya mucho con Connie convertirse en una *demi-vierge*.

—¡Una *semivirgen*! —contestó Clifford, traduciendo la expresión para estar seguro.

Lo pensó un instante, luego se puso muy rojo. Estaba enfadado y ofendido.

—¿En qué sentido no va mucho con ella? —preguntó friamente.

—Se está poniendo delgada..., angular. No es su estilo. Ella no es el tipo de mocosa menudita como un jurel, es una jugosa trucha escocesa llena de carne.

—¡Sin pintas, desde luego! —dijo Clifford.

Más tarde quería decirle algo a Connie sobre el asunto de la *semivirgen*... y en qué situación se encontraba. Pero no pudo decidirse a hacerlo. Vivía al mismo tiempo en una relación demasiado íntima con ella y no lo suficientemente íntima.

Espiritualmente él y ella, eran una sola cosa, pero corporalmente eran extraños y ninguno podía soportar la idea de sacar a la luz el *corpus delicti*. Tan íntima y al mismo tiempo tan distante era su relación.

Connie adivinó, sin embargo, que su padre había dicho algo y que ese algo daba vueltas en la cabeza de Clifford. Sabía que a él no le importaba que fuera una semivirgen o una semifulana, siempre que no tuviera que enterarse ni nadie se lo hiciera ver. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Connie y Clifford llevaban ahora casi dos años en Wragby, viviendo su difuminada vida de concentración en Clifford y su trabajo. Sus intereses no habían dejado de confluír en sus obras. Hablaban y forcejeaban sobre las congostas de la composición literaria, y sentían como si estuviera sucediendo algo, sucediendo realmente, realmente en el vacío.

Y hasta el presente era una vida... en el vacío. Por lo demás era una no-existencia. Wragby estaba allí, allí estaban los sirvientes..., pero de un modo espectral, sin existencia efectiva. Connie daba paseos por el parque y por el bosque que rodeaba al parque, disfrutaba de la soledad y del misterio, pisando las hojas muertas en otoño y cogiendo primulas en primavera. Pero todo era un sueño, o más bien, un simulacro de realidad. Las hojas de roble eran para ella como hojas de roble deformadas por un espejo, ella misma era un personaje leído por alguien, recogiendo primulas que no eran más que sombras, o recuerdos, o palabras. ¡Sin sustancia para ella, sin nada...; sin presencia, sin contacto! Sólo existía aquella vida con Clifford, aquel interminable entramado de historias, aquel puntillismo de la consciencia, aquellos cuentos de los que Sir Malcolm decía que estaban vacíos y que no pervivirían. ¿Por qué habían de tener un contenido, por qué habrían de pervivir? A cada día le basta con su propia insuficiencia. A cada momento le basta con la apariencia de realidad.

Clifford tenía no pocos amigos, conocidos más bien, y los invitaba a Wragby. Invitaba a todo tipo de gente, críticos y escritores, gente que ayudaría a alabar sus libros. Y se sentían halagados por la invitación a Wragby y los alababan. Connie lo comprendía todo perfectamente. Pero ¿por qué no? Aquella era una de las figuras borrosas del espejo. ¿Qué había de malo en ello?

Ella era la anfitriona de aquella gente...; casi todos hombres. Era también anfitriona de las escasas amistades aristocráticas de Clifford. Siendo una muchacha dulce, colorada, campestre, con tendencia a las pecas, de grandes ojos azules y pelo castaño ondulado, con una voz suave y potentes caderas de mujer, la consideraban «femenina» y un poco pasada de moda. No era el «tipo de mocosa menudita como un pez», como un muchacho, con el pecho plano como un chico y el culo estrecho. Era demasiado femenina para estar bien.

Así que los hombres, en especial los que ya no eran tan jóvenes, eran muy atentos con ella. Pero sabiendo la tortura que significaría para Clifford la menor señal de coqueteo por su parte, no les daba pie en absoluto. Permanecía callada y

ausente, no tenía contacto con ellos ni trataba de tenerlo. Clifford estaba extraordinariamente orgulloso de sí mismo.

Los parientes de Clifford la trataban con amabilidad. Ella se daba cuenta de que su amabilidad significaba que no la temían y de que aquella gente no sentía ningún respeto por uno a no ser que uno les diera un cierto miedo. Pero también en esto faltaba el contacto. Les dejaba ser amables y desdeñosos, les dejaba sentir que no había necesidad de desenvainar el acero y ponerse en guardia. No tenía ninguna relación real con ellos.

El tiempo transcurría. Suciedera lo que sucediera, no pasaba nada, porque ella permanecía tan deliciosamente fuera de contacto con todo. Ella y Clifford vivían en las ideas de ambos y en los libros de él. Ella recibía... Siempre había gente en la casa. El tiempo seguía su curso a la manera del reloj, las ocho y media en lugar de las siete y media.

CAPITULO 3

Connie era consciente, sin embargo, de un creciente desasosiego. A causa de su falta de relación, una inquietud se iba apoderando de ella como una locura. Crispaba sus miembros aunque ella no quisiera moverlos, sacudía su espina dorsal cuando ella no quería incorporarse, sino que prefería descansar confortablemente. Se removía dentro de su cuerpo, en su vientre, en algún lado, hasta que se veía obligada a saltar al agua y nadar para librarse de ello. Hacía latir agitadamente su corazón sin motivo. Y estaba adelgazando.

Era simple inquietud. A veces salía corriendo a través del parque, abandonaba a Clifford y se tumbaba entre los helechos. Para escapar de la casa... Tenía que escapar de la casa y de todo el mundo. El bosque era su único refugio, su santuario.

Pero no era realmente un refugio, un santuario, porque no tenía relación real con él. Era simplemente un lugar donde podía escapar de lo demás. Nunca llegó a captar el espíritu mismo del bosque..., si es que existía una tontería semejante.

Vagamente sabía que se estaba destrozando de alguna manera. Vagamente sabía que había perdido el contacto: el hilo que la unía al mundo real y vital. ¡Sólo Clifford y sus libros, que no existían..., que no tenían nada dentro! Vacío en el vacío. Lo sabía vagamente. Pero era como darse de cabeza contra una roca.

Su padre volvió a advertirle:

—¿Por qué no te buscas un muchacho, Connie? Es lo mejor que podrías hacer.

Aquel invierno les visitó Michaelis durante algunos días. Era un joven irlandés que había hecho ya una gran fortuna en América con sus obras de teatro. Durante un tiempo había sido acogido con entusiasmo por la buena sociedad de Londres, porque escribía sobre la buena sociedad. Luego, gradualmente, la buena sociedad se dio cuenta de que había sido ridiculizada por una miserable rata de alcantarilla de Dublín y vino el rechazo. Michaelis era lo más bajo de la grosería y la zafiedad. Se descubrió que era antiinglés, y para la clase que había efectuado este descubrimiento aquello era peor que el peor crimen. Lo descuartizaron y arrojaron sus restos al cubo de la basura.

Sin embargo, Michaelis tenía su apartamento en Mayfair y se paseaba por Bond Street con el aspecto de un gentleman, porque ni siquiera los mejores sastres rechazan a sus clientes de baja estofa cuando esos clientes pagan.

Clifford había invitado a aquel joven de treinta años en un mal momento de la carrera del joven. Pero no lo había dudado. Michaelis cautivaba los oídos de un millón de personas probablemente; y, siendo un marginado sin remedio, agradecería sin duda una invitación a Wragby en un momento en que el resto de la buena sociedad le cerraba las puertas. Al estar agradecido, le haría sin duda «bien» a Clifford en América. ¡La fama! Un hombre puede alcanzar una fama considerable, signifique lo que signifique, si se habla de él de la forma adecuada, especialmente «allí». Clifford estaba en ascenso, y era notable su fino instinto para la publicidad. En definitiva, Michaelis le retrató de la forma más noble en una comedia, y Clifford se transformó en una especie de héroe popular. Hasta que llegó la reacción al descubrir que en realidad había sido ridiculizado.

Connie se asombraba un poco ante la necesidad ciega e imperiosa que tenía Clifford de ser conocido. Y conocido por ese mundo vasto y amorfo del que él ni siquiera sabía nada y ante el que sentía un miedo incómodo; conocido como escritor, como un escritor moderno de primera fila. Connie sabía ya, por el triunfante, viejo cordial y jactancioso Sir Malcolm, que los artistas se hacían propaganda y se esforzaban por colocar la mercancía. Pero su padre utilizaba canales ya establecidos, usados por todos los demás miembros de la Real Academia de Pintura para vender sus cuadros. Mientras que Clifford descubría nuevos canales de publicidad de todo tipo. Invitaba a toda clase de gente a Wragby sin rebajarse él mismo. Pero, dispuesto a levantarse rápidamente una reputación monumental, se servía para ello de todo tipo de escombros que le viniera a mano.

Michaelis llegó, como era de esperar, en un magnífico coche con chófer y un sirviente. ¡Absolutamente vestido a la moda de Bond Street! Pero al verlo, algo en el alma aristocrática de Clifford dio un vuelco. No era exactamente... no exactamente... de hecho no era en absoluto, bien..., lo que trataba de aparentar. Para Clifford aquello fue suficiente y definitivo. Y sin embargo se portó de la forma más educada con aquel hombre, con el tremendo éxito que aquel hombre representaba. La diosa bastarda, como se dice de la Fortuna, rondaba insidiosa y protectora en torno a un Michaelis a veces humilde, a veces desafiante, y aquello intimidaba a Clifford por completo: puesto que él también quería prostituirse a la diosa bastarda, a la Fortuna, si es que ella le aceptaba.

Obviamente, Michaelis no era inglés, a pesar de todos los sastres, sombrereros, barberos y zapateros del mejor barrio de Londres. No, no, evidentemente no era inglés: tenía una forma incorrecta, plana y pálida de cara y modales, y una forma incorrecta de descontento. Era rencoroso e insatisfecho: algo obvio para cualquier caballero inglés, que nunca permitiría que algo así se notara de forma evidente en su comportamiento. El pobre Michaelis había sufrido muchas patadas y le había quedado como herencia un cierto aspecto de llevar el rabo entre las piernas, incluso ahora. Se había abierto camino por puro

instinto, y más puro desdén, hasta subir a las tablas y llegar al proscenio con sus comedias. Había sabido ganar al público. Y pensaba que el tiempo de las patadas había terminado. Por desgracia no... Y no terminaría nunca. Porque, en cierto sentido, estaba pidiendo a voces que le dieran más. Se desvivía por estar en un lugar que no le correspondía..., entre la clase alta inglesa. ¡Y cómo disfrutaban ellos con los golpes que le iban dando! ¡Y cómo los odiaba él!

Y, sin embargo, aquel chucho indecente de Dublín viajaba con un sirviente y un hermoso coche.

Había algo en él que le gustaba a Connie. No era presumido; no se hacía ilusiones sobre sí mismo. Hablaba con Clifford de forma sensata, breve y práctica, sobre todas las cosas que Clifford quería saber. Ni más ni menos. Sabía que le habían invitado a Wragby para utilizarle, y como un viejo, astuto y casi indiferente hombre de negocios, o gran hombre de negocios, dejaba que le hicieran preguntas y las contestaba sin dejar lugar a los sentimientos.

—¡Dinero! —decía—. El dinero es una especie de instinto. Hacer dinero es una especie de don natural en un hombre. No es nada premeditado. No se trata de un truco puesto en práctica. Es algo así como un rasgo permanente de la propia naturaleza; se empieza, se comienza a ganar dinero y se sigue; hasta un cierto punto, supongo.

—Pero hay que empezar —dijo Clifford.

—¡Naturalmente! Hay que entrar. No se puede hacer nada si le dejan fuera a uno. Hay que abrirse camino a codazos. Pero una vez hecho eso ya no se puede evitar.

—¿Pero habría usted ganado dinero con algo que no fuese el teatro? —preguntó Clifford.

—Oh, probablemente no. Yo puedo ser buen escritor o puedo ser malo, pero soy escritor y escritor de teatro, eso es lo que soy y lo único que puedo ser. De eso no hay duda.

—¿Y piensa que lo que tiene que ser es autor de comedias de éxito? —preguntó Connie.

—¡Ahí está, exactamente! —dijo, volviéndose hacia ella en un arranque repentino—. ¡No hay razón ninguna! No tiene nada que ver con el éxito. No tiene nada que ver con el público, si vamos a eso. No hay nada en mis obras para que tengan éxito. No es eso. Son simplemente como el tiempo...; es el que tiene que hacer... por el momento.

Volvió sus ojos lentos y plenos, ahogados en una desilusión sin límites, hacia Connie, y ella tembló ligeramente. Parecía tan viejo... Infinitamente viejo, constituido por capas de desilusión concentradas en él generación tras generación, como estratos geológicos; y al mismo tiempo estaba perdido como un niño. Era un marginado en cierto sentido, pero con la bravura desesperada de su existencia de rata.

—Por lo menos es magnífico lo que ha logrado usted a su edad —dijo Clifford con expresión contemplativa.

—¡Tengo treinta años... sí, treinta! —dijo Michaelis de manera cortante y repentina, con una extraña risa, vacía, triunfante y amarga.

—¿Y está usted solo? —preguntó Connie.

—¿Qué quiere decir? ¿Que si vivo solo? Tengo mi criado. Es griego, dice, y bastante inútil. Pero lo conservo. Y voy a casarme. Oh, sí, tengo que casarme.

—Suenas como tenerse que operar de las anginas —rió Connie—. ¿Será un gran esfuerzo?

La miró con admiración.

—Bueno, Lady Chatterley, en un sentido lo será. Creo... perdóneme... creo que no podría casarme con una inglesa, ni siquiera con una irlandesa...

—Pruebe con una americana —dijo Clifford.

—¡Oh, americana! —se reía con una risa hueca—. No. Le he pedido a mi criado que me encuentre una turca o algo así...; algo más cercano a lo oriental.

Connie estaba realmente asombrada ante aquel extraño y melancólico ejemplar de éxito extraordinario; se decía que tenía unos ingresos de cincuenta mil dólares sólo de América. A veces era guapo: a veces, cuando miraba hacia un lado, hacia abajo, y la luz caía sobre él, tenía la belleza silenciosa y estoica de una talla negra en marfil, con sus ojos expresivos y las amplias cejas en un extraño arco, la boca inmóvil y apretada; esa inmovilidad momentánea pero evidente, una inmovilidad, una intemporalidad a la que aspira Buda y que los negros expresan a veces sin siquiera intentarlo; ¡algo antiguo, antiguo y congénito a la raza!

Siglos de concordancia con el destino de la raza, en lugar de nuestra resistencia individual. Y luego pasar nadando, como las ratas en un río oscuro. Connie sintió un brote repentino y extraño de simpatía hacia él, un impulso mezcla de compasión con un deje de repulsión que casi llegaba a ser amor. ¡El marginado! ¡El marginado! ¡Y le llamaban ordinario! ¡Cuánto más ordinario y engreído parecía Clifford! ¡Cuánto más estúpido!

Michaelis se dio cuenta enseguida de que la había impresionado. Volvió hacia ella sus ojos expresivos, avellanados y ligeramente saltones con una mirada de pura ausencia. Estaba estudiándola, considerando la impresión que le había producido. Con los ingleses nada podía salvarle de ser el eterno marginado, ni siquiera el amor. Y sin embargo las mujeres se encaprichaban a veces con él... Las inglesas también.

Sabía en qué situación estaba frente a Clifford. Eran dos perros que no se conocían y a los que les hubiera gustado enseñarse los dientes, pero que se veían obligados a sonreírse. Pero con la mujer no estaba tan seguro.

El desayuno se servía en los dormitorios; Clifford no aparecía nunca antes de la comida y el comedor era un tanto lúgubre. Tras el café, Michaelis, un cuerpo

inquieta e impaciente, se preguntaba qué podría hacer. Era un hermoso día de noviembre... Hermoso para Wragby. Contempló la melancolía del parque. ¡Dios! ¡Qué sitio!

Envió a un sirviente a preguntar si podía hacer algo por Lady Chatterley: había pensado ir a Sheffield en su coche. Llegó la respuesta diciendo si no le importaría subir al cuarto de estar de Lady Chatterley.

Connie tenía un cuarto de estar en el tercer piso, el más alto, de la parte central de la casa. Las habitaciones de Clifford estaban en la planta baja, desde luego. Para Michaelis era halagador verse invitado a subir al cuarto particular de Lady Chatterley. Siguió ciegamente al criado... Nunca se daba cuenta de las cosas ni tenía contacto con lo que le rodeaba. Ya en la habitación, echó una vaga mirada a las hermosas reproducciones alemanas de Renoir y Cezanne.

—Es una habitación muy agradable —dijo con una sonrisa forzada, como si le doliera sonreír, enseñando los dientes—. Es una buena idea haberse instalado en el último piso.

—Sí, también a mí me lo parece —dijo ella.

Su habitación era la única agradable y moderna de la casa, el único lugar de Wragby en que se descubría su personalidad. Clifford no la había visto nunca y ella invitaba a muy poca gente a subir.

Ella y Michaelis estaban sentados en ese momento a ambos lados de la chimenea y conversaban. Ella le preguntó por sí mismo, su madre, su padre, sus hermanos...; los demás siempre le interesaban y cuando se despertaba su simpatía perdía por completo el sentido de clase. Michaelis hablaba con franqueza sobre sí mismo, con toda franqueza, sin afectación, poniendo simplemente al descubierto su alma amarga e indiferente de perro callejero y mostrando luego un reflejo de orgullo vengativo por su éxito.

—Pero ¿por qué es usted un ave tan solitaria? —le preguntó Connie; y él volvió a mirarla con su mirada avellana, intensa, interrogante.

—Algunas aves son así —contestó él.

Y luego, con un deje de ironía familiar:

—Pero, escuche, ¿y usted misma? ¿No es usted algo así como un ave solitaria también?

Connie, algo sorprendida, lo pensó un momento y luego dijo:

—¡Sólo en parte! ¡No tanto como usted!

—¿Soy yo un ave absolutamente solitaria? —preguntó él con su extraña mueca risueña, como si tuviera dolor de muelas; era tan retorcida, y sus ojos eran tan perennemente melancólicos, o estoicos, o desilusionados, o asustados...

—¿Por qué? —dijo ella, faltándole un tanto el aliento mientras le miraba—. Sí que lo es, ¿no?

Se sentía terriblemente atraída hacia él, hasta el punto de casi perder el equilibrio.

—¡Sí, tiene usted razón! —dijo él, volviendo la cabeza y mirando a un lado, hacia abajo, con esa extraña inmovilidad de las viejas razas que apenas se encuentra en nuestros días. Era aquello lo que le hacía a Connie perder su capacidad de verlo como algo ajeno a ella misma.

Él levantó los ojos hacia ella con aquella mirada intensa que lo veía todo y todo lo registraba. Al mismo tiempo el niño que lloraba en la noche gemía desde su pecho hacia ella, de una forma que producía una atracción en su vientre mismo.

—Es muy amable que se preocupe por mí —dijo él lacónicamente.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —dijo ella, faltándole casi el aliento para hablar. Él rio con aquella risa torcida, rápida, sibilante.

—Ah, siendo así... ¿Puedo cogerle la mano un segundo? —preguntó él repentinamente, clavando sus ojos en ella con una fuerza casi hipnótica y dejando emanar una atracción que la afectaba directamente en el vientre.

Le miró fijamente, deslumbrada y transfigurada, y él se acercó y se arrodilló a su lado, apretó sus dos pies entre las manos y enterró la cabeza en su regazo; así permaneció inmóvil. Ella estaba completamente fascinada y transfigurada, mirando la tierna forma de su nuca con una especie de confusión, sintiendo la presión de su cara contra sus muslos. Dentro de su ardiente abandono no pudo evitar colocar su mano, con ternura y compasión, sobre su nuca indefensa, y él tembló con un profundo estremecimiento.

Luego él levantó la mirada hacia ella con aquel terrible atractivo en sus intensos ojos brillantes. Ella era absolutamente incapaz de resistirlo. De su pecho brotó la respuesta de una inmensa ternura hacia él; tenía que darle lo que fuera, lo que fuera.

Era un amante curioso y muy delicado, muy delicado con la mujer, con un temblor incontrolable y, al mismo tiempo, distante, consciente, muy consciente de cualquier ruido exterior.

Para ella aquello no significaba nada, excepto que se había entregado a él. Y después él dejó de estremecerse y se quedó quieto, muy quieto. Luego, con dedos suaves y compasivos, le acarició la cabeza reclinada en su pecho.

Cuando él se levantó besó sus manos, luego sus pies en las pantuflas de cabritilla y, en silencio, se alejó hacia el extremo de la habitación; allí se detuvo de espaldas a ella. Hubo un silencio de algunos minutos. Luego se volvió y se acercó de nuevo a ella, sentada en el sitio de antes, junto a la chimenea.

—¡Y ahora supongo que me odiará! —dijo él de una forma tranquila e inevitable.

Ella alzó rápidamente los ojos hacia él.

—¿Por qué? —preguntó.

—Casi todas lo hacen —dijo; luego se corrigió—. Quiero decir... es lo que pasa con las mujeres.

—Nunca tendría menos motivos que ahora para odiarle —dijo ella recriminándole.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Así debiera ser! Es usted terriblemente buena conmigo... gimíó él miserablemente.

Ella no entendía por qué se sentía desgraciado.

—¿No quiere sentarse? —dijo.

Él echó una mirada a la puerta.

—¡Sir Clifford! —dijo—, no... ¿no estará...?

Ella reflexionó un momento.

—¡Quizás! —dijo. Y le miró—. No quiero que Clifford lo sepa..., ni que lo sospeche siquiera. Le haría tanto daño... Pero no pienso que hayamos hecho mal, ¿no cree?

—¡Mal! ¡Por supuesto que no! Es usted tan infinitamente buena conmigo... que casi no puedo soportarlo. Se volvió a un lado y ella se dio cuenta de que un momento más tarde estaría sollozando.

—Pero no hace falta que se lo contemos a Clifford, ¿no? —rogó ella—. Le haría tanto daño. Y si nunca lo sabe, nunca lo sospecha, no se hace daño a nadie.

—¡Yo! —dijo él casi con orgullo—; ¡por mí no sabrá nada! Ya lo verá. ¿Delatarme yo? ¡Ja, ja!

Soltó su risa vacía y cínica al considerar la idea. Ella le observaba asombrada. Él dijo:

—¿Puedo besarle la mano y retirarme? Iré a Sheffield y creo que me quedaré allí a comer, si puedo, y volveré para el té. ¿Puedo hacer algo por usted? ¿Puedo estar seguro de que no me odia?, ¿y de que no me odiará? —finalizó con una nota desesperada de cinismo.

—No, no le odio —dijo ella—. Me gusta.

—¡Ah! —dijo él orgullosamente—, prefiero que me diga eso a que me diga que me ama. Es mucho más importante... Hasta la tarde, entonces. Tengo mucho en qué pensar hasta luego.

Le besó la mano humildemente y se fue.

—Me parece que no aguanto a ese joven —dijo Clifford en la comida.

—¿Por qué? —preguntó Connie.

—Es tan vulgar por debajo de esa capa de barniz... Esperando sólo a saltar sobre nosotros.

—Tengo la impresión de que la gente se ha portado muy mal con él —dijo Connie.

—¿Y te asombra? ¿Crees que él pasa el tiempo haciendo obras de caridad?

—Creo que tiene una cierta generosidad.

—¿Hacia quién?

—No lo sé muy bien.

—Claro que no lo sabes. Me temo que confundes la falta de escrúpulos con la

generosidad.

Connie no contestó. ¿Era cierto? Era posible. Sin embargo, en la falta de escrúpulos de Michaelis había una cierta fascinación para ella. Él avanzaba kilómetros donde Clifford sólo daba unos tímidos pasos. A su manera había conquistado el mundo, que era lo que Clifford quería hacer. ¿El fin y los medios...? ¿Eran los de Michaelis más despreciables que los de Clifford? ¿Era la forma en que el pobre marginado había sabido salir adelante, y por la puerta trasera, peor que la forma en que se vendía Clifford para llegar a la fama? La diosa bastarda, el éxito, eran cortejados por miles de perros jadeantes con la lengua fuera. ¡Y quien lo conseguía era el más perro entre los perros, a juzgar por el éxito! Así que Michaelis podía ir con el rabo alto.

Lo extraño era que no lo hacía. Volvió hacia la hora del té con un gran ramo de lirios y violetas y la misma expresión de perro faldero. Connie se preguntaba a veces si no sería una especie de máscara para desarmar a la oposición; era casi demasiado invariable. ¿Era de verdad y hasta tal punto un perro apaleado?

Su autonegación de perro triste se mantuvo toda la tarde, aunque a través de ella Clifford se dio cuenta de su insolencia interior. Connie no, quizás porque no estaba dirigida contra las mujeres; sólo contra los hombres y sus presunciones y pretensiones. Aquella insolencia interna e indestructible del escuálido personaje era lo que hacía que los hombres se volvieran contra Michaelis. Su mera presencia, por mucho que se disfrazara bajo una imitación de buenos modales, era un insulto para un hombre de la buena sociedad.

Connie estaba enamorada de él, pero se las arregló para mantenerse al margen con su bordado, para dejar hablar a los hombres y no delatarse. En cuanto a Michaelis, era perfecto; exactamente el mismo joven melancólico, atento y distante de la tarde anterior; a millones de grados de divergencia de sus anfitriones, reaccionando el mínimo exigido y sin salir a su encuentro ni una sola vez. Connie pensaba que habría olvidado lo sucedido por la mañana. No lo había olvidado. Pero sabía dónde estaba...; en el mismo lugar, a la intemperie, donde permanecen los marginados de nacimiento. No consideraba hacer el amor como algo personal. Sabía que no le llevaría de ser un perro callejero —a quien todo el mundo echa en cara su collar dorado— a ser un perro de buena sociedad.

En definitiva, en el fondo más remoto de su alma, era un marginado antisocial e interiormente aceptaba su situación, por muy Bond Street que fuera en la superficie. Su aislamiento era para él una necesidad; del mismo modo que la resignación y la compañía de las clases altas eran también una necesidad para él.

Pero el amor ocasional, como bálsamo y alivio, era también positivo, y en eso no era ingrato. Al contrario, se mostraba ardiente y angustiosamente agradecido por un rasgo de cariño natural y espontáneo: hasta llegar casi a las lágrimas. Bajo su cara pálida, inmóvil, sin ilusión, su alma de niño gemía de

gratitud hacia la mujer y la necesidad imperiosa de volver a estar con ella; al mismo tiempo que su alma de fugitivo se daba cuenta de que realmente no iba a dejarse atrapar.

Encontró la oportunidad, mientras encendían las velas del vestíbulo, de decirle:

—¿Puedo subir?

—Yo iré a su habitación —dijo ella.

—¡Muy bien!

La esperó durante mucho tiempo... y al final llegó. Era una clase de amante tembloroso y excitado cuya crisis llegaba pronto y terminaba. En su cuerpo desnudo había algo curiosamente infantil e indefenso: como son los niños cuando están desnudos. Todas sus defensas estaban en su ingenio y en su astucia, su profundo instinto para la astucia, y cuando no estaba en guardia parecía doblemente desnudo, como un niño de carnes inacabadas y blandas que forcejea desesperadamente.

Despertaba en la mujer una especie de salvaje compasión y nostalgia y un deseo físico desbocado y lleno de ansiedad. Aquel deseo físico no era capaz de satisfacerlo él; él llegaba siempre a su orgasmo y terminaba con rapidez para luego recogerse sobre el pecho de ella y recobrar en cierto modo su insolencia, mientras Connie permanecía confusa, insatisfecha, perdida.

Pero pronto aprendió a sujetarle, a mantenerle dentro de ella cuando su crisis había terminado. Y entonces era generoso y curiosamente potente; permanecía erecto dentro de ella, abandonado, mientras ella seguía activa... ferozmente, apasionadamente activa hasta llegar a su propia crisis. Y cuando él sentía el frenesí de ella al llegar a la satisfacción del orgasmo producido por su firme y erecta pasividad, experimentaba un curioso sentimiento de orgullo y satisfacción.

—¡Oh, qué maravilla! —susurraba ella temblorosa, y se quedaba quieta, apretada a él. Él seguía acostado en su propio aislamiento, pero orgulloso de alguna manera.

Aquella vez se quedó sólo tres días y con Clifford se portó exactamente lo mismo que la primera tarde; con Connie también. Nada podía alterar su fachada.

Escribió a Connie con la misma nota de quejumbrosa melancolía que le era habitual, a veces con ingenio y con un toque de curioso sentimentalismo asexual. Una especie de desesperada afectividad es lo que parecía sentir por ella, pero el alejamiento esencial seguía siendo el mismo. Era un ser desesperado hasta la médula y parecía querer seguir siéndolo. Odiaba no poco la esperanza. *Une immense espérance a traversé la terre*, había leído en algún sitio, y su comentario fue: «... y la puñetera ha ahogado todo lo que merecía la pena».

Connie no llegó nunca a entenderle realmente, pero a su manera le amaba. Y siempre sentía en sí misma el reflejo de su desesperanza. Ella no podía amar del todo, no del todo, en la desesperación, y él, un desesperado, no podía amar de

ninguna manera.

Así siguieron durante algún tiempo, escribiéndose y encontrándose ocasionalmente en Londres. Ella seguía añorando la emoción física, sexual, que podía sacar de él por su propia actividad una vez que él había llegado a su pequeño orgasmo. Y él seguía queriendo proporcionársela. Aquello era suficiente para mantenerles en contacto.

Y suficiente para darle a ella una forma sutil de autoafirmación, algo ciego y no exento de arrogancia. Era una confianza casi mecánica en su propia fuerza y estaba acompañada de un gran optimismo.

Estaba terriblemente contenta en Wragby. Y utilizaba todo el despertar de su alegría y satisfacción para estimular a Clifford; de tal modo que escribió sus mejores cosas en aquella época y era casi feliz en su extraña ceguera. Era él realmente quien recogía el fruto de la satisfacción sensual producida por la erecta pasividad masculina de Michaelis en el interior de ella. ¡Pero él nunca lo supo, naturalmente, y si lo hubiera sabido, nunca habría dado las gracias!

¡Sin embargo, cuando aquellos días de su enorme optimismo pleno de alegría y de iniciativas se hubieron ido —ido por completo— y ella se volvió irritable y estaba deprimida, cómo los echaba Clifford de menos! Quizás, de haberlo sabido todo, hasta hubiera deseado volver a unirla con Michaelis.

CAPITULO 4

Connie siempre tuvo el presentimiento de que su aventura con Mick, como le llamaba la gente, no tenía futuro. Y, sin embargo, los demás hombres no significaban nada para ella. Estaba muy apegada a Clifford. Él exigía una buena parte de su vida y ella se la daba. Pero ella exigía una buena parte de la vida de un hombre y aquello era algo que Clifford no le daba; no podía. Se producían ráfagas ocasionales de Michaelis. Pero ella sabía por intuición que aquello iba a terminar. Mick no era capaz de perseverar en nada. Era parte de su naturaleza misma la necesidad de romper cualquier conexión para volver a ser un perro vagabundo, aislado y absolutamente solitario. Aquella era su primera necesidad, aunque siempre decía luego:

—¡Ella me ha dejado!

Se dice que el mundo está lleno de posibilidades, pero en la mayor parte de los casos y en la experiencia personal se limitan a bien pocas. En el mar abunda el buen pescado..., quizá..., pero la gran masa parece estar compuesta por caballas o arenques, y si uno mismo no es caballa o arenque, es poco probable encontrar buen pescado en el mar.

Clifford avanzaba hacia la fama e incluso hacia el dinero. La gente venía a verle. Connie tenía casi siempre a alguien en Wragby. Pero si no eran caballa eran arenque, con algún barbo o congrio ocasionales.

Había algunos asiduos, constantes; gente que había estado en Cambridge con Clifford. Uno era Tommy Dukes, que se había quedado en el ejército y era general de brigada.

—El ejército me deja tiempo para pensar y me libra del combate diario de la vida —decía.

Otro era Charlie May, un irlandés que escribía trabajos científicos sobre las estrellas. También estaba Hammond, otro escritor. Todos eran de la edad aproximada de Clifford; los jóvenes intelectuales del momento. Todos ellos creían en la vida de la mente. Lo que se hiciera al margen de eso era asunto privado y no importaba demasiado. Nadie piensa en preguntarle a otro a qué hora va al retrete. Eso es algo que no importa a nadie más que a la persona en cuestión.

Y así con la mayor parte de los asuntos de la vida ordinaria...; cómo se gana el dinero, o si uno quiere a su mujer, o si se tiene alguna «aventura». Todo eso

sólo le interesa a uno, y, como ir al retrete, les tiene sin cuidado a los demás.

—Lo único importante sobre el problema sexual —dijo Hammond, que era un individuo alto y delgado, con mujer y dos niños, pero que tenía una relación mucho más íntima con una máquina de escribir— es que no tiene ninguna importancia. En sentido estricto no hay problema. A nadie se nos ocurre seguir a un hombre al retrete, así que ¿por qué le vamos a seguir cuando se va a la cama con una mujer? Justamente ahí está el problema. Si no nos fijáramos más en una cosa que en la otra, no habría problema. Todo es un despropósito y una falta de sentido enorme; cuestión de curiosidad mal planteada.

—¡Desde luego, Hammond, desde luego! Pero si alguien empieza a rondar a Julia, tú te intranquilizas; y si insiste, puedes llegar a estallar.

Julia era la mujer de Hammond.

—¡Hombre, claro! Y lo mismo me pasaría si le da por mear en un rincón del cuarto de estar. Hay un sitio adecuado para cada una de esas cosas.

—¿Quieres decir que no te importaría que hiciera el amor con Julia en un dormitorio discreto? Charlie May hablaba con una ligera ironía, porque él mismo había coqueteado un poco con Julia y Hammond lo había cortado en seco.

—Claro que me importaría. El sexo es un asunto privado entre Julia y yo, y desde luego me importaría que alguien trate de meterse en medio.

—En realidad —dijo el delgado y pecoso Tommy Dukes, que tenía un aspecto mucho más irlandés que May, pálido y más bien gordote; en realidad tú, Hammond, tienes un fuerte sentido de la propiedad y una fuerte voluntad de autoafirmación y quieres triunfar. Desde que me quedé definitivamente en el ejército y me aparté un poco de los asuntos del mundo, he llegado a darme cuenta de lo excesiva que es el ansia que tienen los hombres de figurar y triunfar. Está fuera de toda medida. Toda nuestra individualidad se ha ido por ese camino. Y desde luego la gente como tú cree salir mejor adelante con ayuda de una mujer. Por eso eres tan celoso. Eso es lo que el sexo significa para ti..., una pequeña dinamo vital entre tú y Julia para llegar al éxito. Si empezaras a no tener éxito empezarías a coquetear, como Charlie, que no tiene éxito. La gente casada, como tú y Julia, lleva una etiqueta pegada como los baúles de viaje. La etiqueta de Julia es Sra. De Arnold B. Hammond...; igual que una maleta en el tren que pertenece a alguien. Y tu etiqueta es Arnold B. Hammond, a la atención de la Sra. de Arnold B. Hammond. ¡Sí, tienes razón, tienes razón! La vida de la mente necesita de una casa cómoda y buena comida. Tienes toda la razón. Incluso necesita la posteridad. Pero todo está basado en la tendencia instintiva al éxito. Ese es el eje sobre el que todo da vueltas.

Hammond parecía algo picado. Estaba no poco orgulloso de la integridad de su forma de pensar y de no amoldarse a las exigencias de la época. Pero a pesar de todo corría tras el éxito.

—Es muy cierto que no se puede vivir sin pasta —dijo May—. Hay que tener

una cierta cantidad para poder vivir y salir adelante... Incluso para tener la libertad de pensar hay que tener una cierta cantidad de dinero, o el estómago te lo impedirá. Pero me parece que se le podrían quitar las etiquetas al sexo. Somos libres de hablar con cualquiera; así que, ¿por qué no vamos a ser libres de hacer el amor con cualquier mujer que nos incline a ello?

—Ya ha hablado el celta lascivo —dijo Clifford.

—¡Lascivo!, bueno, ¿por qué no? No creo que le haga más daño a una mujer por dormir con ella que por bailar con ella... o incluso por hablarle del tiempo. No es más que un intercambio de sensaciones en lugar de ideas, conque ¿por qué no?

—¡Tan promiscuo como los conejos! —dijo Hammond.

—¿Por qué no? ¿Qué tienen de malo los conejos? ¿Son peores que una humanidad neurótica y revolucionaria, llena de un odio histórico?

—Aun así, no somos conejos —dijo Hammond.

—¡Precisamente! Yo tengo mi cerebro: tengo que hacer ciertos cálculos sobre ciertos asuntos astronómicos que me importan casi más que la vida o la muerte. A veces la indigestión se me cruza en el camino. El hambre se me cruzaría en el camino de una forma desastrosa. Y lo mismo sucede con el hambre de sexo. ¿Y entonces qué?

—Y yo que me imaginaba que lo que te traía problemas era la indigestión sexual por exceso —dijo Hammond irónicamente.

—¡Eso sí que no! Ni como en exceso, ni jodo en exceso. Pasarse en la comida es algo que depende de uno mismo. Pero a ti te gustaría matarme de hambre.

—¡En absoluto! Puedes casarte.

—¿Y cómo sabes que puedo? Podría no irle bien a mi proceso mental. El matrimonio podría atontar..., atontaría sin duda..., el proceso de mi espíritu. Yo no estoy hecho así..., ¿y por eso van a tener que encadenarme a una perrera como un fraile? Es una solemne tontería, chaval. Tengo que vivir y desarrollar mis cálculos. A veces necesito mujeres. Y me niego a convertirlo en un drama y rechazo las condenas morales o las prohibiciones de quien sea. Me avergonzaría de ver a una mujer por el mundo con la etiqueta de mi nombre pegada encima, con la dirección y la estación de destino, como un baúl.

Ninguno de los dos había perdonado al otro el asunto de Julia.

—Es una idea divertida, Charlie —dijo Dukes—, esa de que el sexo sea simplemente otra forma de hablar en que se ponen en acción las palabras en lugar de decirlas. Supongo que es cierto. Creo que podríamos intercambiar tantas sensaciones y emociones con las mujeres como ideas sobre el tiempo y demás. El sexo podría ser una especie de conversación física normal entre un hombre y una mujer. No se habla con una mujer si no se tienen ideas comunes: mejor dicho, no se pone ningún interés en lo que se habla. Y de la misma manera, a no

ser que se tuviera alguna emoción o simpatía en común con una mujer, uno no se acostaría con ella. Pero si se tuviera...

—Si se siente la atracción que hace falta o la simpatía necesaria por una mujer, tendría uno que acostarse con ella —dijo May—. Es lo único honesto, acostarse con ella. Igual que cuando se tiene interés en hablar con alguien lo único decente es tener esa conversación. No cae uno en la mojigatería de meter la lengua entre los dientes y morderla. Se dice lo que se tenga que decir. Y lo mismo en lo otro.

—No —dijo Hammond—. Ese es un error. Tú, por ejemplo, May, malgastas la mitad de tu fuerza con las mujeres. Nunca llegarás a donde debieras con un talento como el tuyo. Una parte demasiado grande de él se va por el otro lado.

—Quizá sí..., y del tuyo se va una parte demasiado pequeña, querido Hammond, casado o no. Puede que mantengas la integridad y pureza de tu cerebro, pero se te está acorchando. Tu cerebro, tan puro, se está quedando tan seco como las cuerdas de un violín, por lo que puede verse. Lo único que haces es taponarle la boca.

Tommy Dukes estalló en una carcajada.

—¡A la carga, cerebros! —dijo—. Miradme..., yo no hago ningún trabajo mental puro y elevado, simplemente garrapateo algunas ideas. Y a pesar de todo, ni me caso ni corro detrás de las mujeres. Creo que Charlie tiene razón; si quiere andar tras las mujeres está en su derecho de no hacerlo muy a menudo. Pero yo no le prohibiría que lo hiciera. En cuanto a Hammond, tiene un sentido de la propiedad, así que naturalmente el camino recto y la puerta estrecha están bien para él. Le veremos convertirse en el auténtico hombre de letras inglés antes de extinguirse; A. B. C. de la cabeza a los pies. Luego vengo yo. No soy nada. Un escribano. ¿Y tú, Clifford? ¿Crees tú que el sexo es un motor que ayuda al hombre a tener éxito en el mundo?

Clifford no solía hablar mucho en estas ocasiones. No aguantaba el ritmo; sus ideas no eran lo bastante vitales, era demasiado confuso y emotivo. Ahora se sonrojó y pareció sentirse incómodo.

—¡Bien! —dijo—, dado que yo estoy *hors de combat*, no creo que pueda decir nada sobre el asunto.

—De ninguna forma —dijo Dukes—, tu parte superior no está en absoluto *hors de combat*. Tu vida mental está sana e intacta. Así que cuéntanos lo que piensas.

—Bueno —tartamudeó Clifford—, aun así creo que no tengo mucha idea... Supongo que «casarse-y-asunto-concluido» corresponde bastante con lo que yo pienso. Aunque, desde luego, es una cosa magnífica entre un hombre y una mujer que se quieran.

—¿Una cosa magnífica en qué? —preguntó Tommy.

—Oh..., perfecciona la intimidad —dijo Clifford, tan incómodo como una

mujer en aquella conversación.

—Bueno, Charlie y yo pensamos que el sexo es una especie de comunicación como el hablar. Que cualquier mujer empiece una conversación sobre el sexo conmigo y me parecerá natural ir a la cama con ella para terminarla, cada cosa a su tiempo. Desgraciadamente, ninguna mujer parece interesada en entrar en materia conmigo, así que me acuesto solo, y no me va mal así... Por lo menos lo espero, porque ¿cómo voy a saberlo? En todo caso no tengo cálculos astronómicos que puedan interrumpirse ni obras inmortales que escribir. No soy más que un individuo que se oculta en el ejército...

Se produjo un silencio. Los cuatro hombres fumaban. Y Connie, sentada allí, dio otra puntada a su bordado... ¡Sí, allí estaba! Muda. Tenía que estar callada como un ratoncito para no interrumpir las altas especulaciones mentales de aquellos sabios intelectuales. Pero tenía que estar allí. La cosa no salía tan bien sin ella; las ideas de aquellos hombres no fluían con la misma facilidad. Clifford era mucho más brusco y nervioso, se le enfriaban antes los ánimos en ausencia de Connie y la conversación no funcionaba. Lo mejor era para Tommy Dukes; la presencia de ella le inspiraba. A Connie no le gustaba Hammond; parecía muy egoísta en un sentido mental. Y, aunque algo de Charlie May le gustaba, le parecía un tanto desagradable y desordenado, a pesar de sus estrellas.

¡Cuántas tardes había tenido que estar sentada escuchando lo que decían aquellos hombres! Aquellos y uno o dos más. Que aparentemente no llegaran nunca a nada, no parecía molestarla en absoluto. Le gustaba escuchar lo que tenían que decir, especialmente cuando Tommy estaba allí. Era divertido. En lugar de besarte y tocarte con sus cuerpos, descubrían sus mentes ante ti. ¡Era muy divertido! ¡Pero qué mentes tan frías!

Y por otro lado todo aquello era algo irritante. Ella sentía más respeto por Michaelis, cuyo nombre trataban todos con desprecio, llamándole mono arribista y hortera inculto de la peor especie. Mono y hortera o no, iba derecho a sus propias conclusiones. No se reducía a pasearse alrededor de ellas con millones de palabras en una exhibición de vida intelectual.

Connie no era ajena a la vida del espíritu; era algo que la apasionaba. Pero creía que exageraban un poco. Le gustaba estar allí, envuelta en las nubes de tabaco de aquellas famosas veladas de los «compinches», como los llamaba para sí. Le divertía infinitamente y la enorgullecía que ni siquiera pudieran hablar sin su presencia callada. Ella sentía un enorme respeto por el pensamiento..., y aquellos hombres intentaban por lo menos pensar honestamente. Pero era como si en algún lugar hubiera un gato encerrado que no se decidía a saltar nunca. Se parecían todos en que hablaban de algo, pero lo que ese algo significaba para la vida o para ella no podría decirlo. Era algo que Mick no era capaz de aclarar tampoco.

Aunque Mick, por lo menos, no trataba de hacer nada más que salir adelante

en la vida y poner tantas zancadillas a los otros como los otros le ponían a él. Era verdaderamente antisocial, que era lo que Clifford y sus amigos le reprochaban. Clifford y sus amigos no eran antisociales; trataban más o menos de salvar a la humanidad, o en último caso de instruirla.

Hubo una conversación admirable el domingo por la noche, cuando de nuevo tocaron el tema del amor.

—Bendito sea el lazo que une nuestros corazones al unísono o algo así —dijo Tommy Dukes—. Me gustaría saber qué es ese lazo... El lazo que nos une en este momento es la fricción mental de uno contra otro. Y, aparte de eso, poco lazo hay entre nosotros. En cuanto nos separamos decimos cosas horribles de los demás, como todos los puñeteros intelectuales del mundo. En realidad toda la puñetera gente, si vamos al caso, porque todo el mundo hace igual. O, si no, nos separamos y ocultamos todo el desprecio que sentimos los unos por los otros diciendo piropos de mentira. Es algo curioso que la vida intelectual parezca tener las raíces hundidas en el desprecio, un desprecio inefable e inconmensurable. ¡Siempre ha sido así! ¡Mirad a Sócrates, en Platón, y toda la banda que le rodeaba! Puro desprecio, una tremenda alegría en destrozar a quien sea... ¡A Protágoras o a quien quiera que le tocara el turno! ¡Y Alcibiades y todos los demás cerdos de discípulos echándose de cabeza a la pelea! Tengo que decir que le hace a uno preferir a Buda, sentado tranquilamente bajo un árbol, o a Jesús contándoles a sus discípulos pequeños cuentos de catequesis, pacíficamente, sin fuegos artificiales de intelectual. No, hay algo radicalmente equivocado en la vida intelectual. Está basada en el desprecio y la envidia, la envidia y el desprecio. Conoceréis el árbol por sus frutos.

—No creo que nosotros seamos tan despreciativos —protestó Clifford.

—Querido Clifford, fíjate en cómo hablamos nosotros mismos los unos de los otros, todos nosotros. Yo soy peor que cualquiera. Porque prefiero absolutamente la malevolencia espontánea a los piropos repensados; son veneno; si empiezo a decir qué tío tan estupendo es Clifford, etcétera, habría que sentir lástima por él. Por Dios, decid todos lo peor que se os ocurra sobre mí y yo estaré seguro de que me seguís apreciando. No cantéis mis alabanzas, o será que estoy acabado.

—Pero yo creo que todos nos apreciamos de verdad —dijo Hammond.

—¡Necesariamente... nos decimos cosas tan horribles y contamos cosas tan desagradables cuando alguno no está! Yo soy el peor.

—Y yo creo que confundes la vida del espíritu con la actividad crítica. Estoy de acuerdo contigo. Sócrates le dio a la actividad crítica un gran impulso, pero hizo más que eso —dijo Charlie May un tanto magistral. Los amigos eran de una curiosa pomposidad bajo su pretendida modestia. Todo se decía ex cathedra, a pesar de las apariencias de humildad.

Dukes se negó a entrar en el tema de Sócrates.

—Exactamente, crítica y conocimiento no son lo mismo —dijo Hammond.

—Desde luego que no —intervino Berry, un joven moreno y tímido que había venido a visitar a Dukes y pasaría allí la noche.

Todos le miraron como si hubiera abierto la boca un asno.

—No estaba hablando sobre el conocimiento... Estaba hablando de la vida intelectual —rió Dukes—. El conocimiento real parte del todo de la consciencia; del vientre y del pene tanto como del cerebro y la mente. La mente sólo puede analizar y racionalizar. Si se deja que la mente y la razón manden en el gallinero, lo único que pueden hacer es criticar y acabar con todo. Repito, lo único que pueden hacer. Esto es de una gran importancia. ¡Dios, y cómo necesita hoy el mundo la crítica..., una crítica implacable! Por tanto, vivamos la vida mental y la gloria en nuestra malignidad y acabemos con la inútil farsa. Pero, cuidado, la cosa es así: mientras se vive la vida se es de alguna manera un todo orgánico con la vida toda. Pero una vez que se entra en los caminos de la vida mental se recoge el fruto. Se ha cortado la relación entre la manzana y el árbol: la relación orgánica. Y si no queda nada en la vida más que la vida de la mente, se convierte uno mismo en una manzana cortada del árbol... caída a tierra. Y entonces se convierte en una necesidad lógica ser despreciativo; de la misma manera que la necesidad natural de la manzana caída es pudrirse.

Clifford abrió mucho los ojos: para él era todo palabrería. Connie se reía para dentro en secreto.

—Así que somos todos manzanas caídas —dijo Hammond con una cierta acidez y petulancia.

—Convirtámonos en sidra —dijo Charlie.

—¿Pero qué piensas del bolchevismo? —dijo el moreno Berry, como si todo hubiera llevado a aquella cuestión.

—¡Bravo! —estalló Charlie—. ¿Qué piensas del bolchevismo?

—¡Venga! ¡Vamos a destrozar al bolchevismo! —dijo Dukes.

—Me temo que el bolchevismo es un tema demasiado amplio —dijo Hammond moviendo la cabeza gravemente.

—A mí me parece que el bolchevismo —dijo Charlie— no es más que un odio exagerado a lo que ellos llaman lo burgués; y qué cosa es lo burgués, eso no está nada claro. Es el capitalismo, entre otras cosas. Los sentimientos y las emociones son tan decididamente burgueses, que habría que inventar un ser humano que no los tuviera. Así el individuo, especialmente el hombre persona, es un burgués: de modo que hay que suprimirlo. Uno debe desaparecer engullido por algo más grande, el conglomerado social soviético. Un organismo, incluso, es burgués: así que el ideal debe ser mecánico. La única cosa que es una unidad, no orgánica, compuesta de muchas partes diferentes y sin embargo esencialmente iguales, es la máquina. Cada hombre es una pieza de la máquina y el motor de la máquina el odio, odio a lo burgués. Eso, para mí, es el bolchevismo.

—¡Totalmente! —dijo Tommy—. Pero esa me parece una descripción

perfecta del ideal industrial. Es, en embrión, el ideal del dueño de fábrica, excepto que nunca reconocería que el odio sea la fuerza motriz. Y es odio, se diga lo que se diga: odio a la vida misma. Basta mirar estos Midlands para verlo con toda claridad... Pero todo ello es parte de la vida de la mente, es una consecuencia lógica.

—Niego que el bolchevismo sea lógico; rechaza la mayor parte de las premisas —dijo Hammond.

—Pero, querido, admite la premisa material, y eso mismo es lo que hace la mente pura... exclusivamente.

—Por lo menos el bolchevismo ha ido hasta el fondo del asunto —dijo Charlie.

—¡Al fondo del asunto! ¡El fondo que no tiene fondo! Los bolcheviques tendrán dentro de poco el mejor ejército del mundo, con el mejor equipo mecánico.

—Pero esto no puede seguir...; todo este odio. Tiene que haber una reacción —dijo Hammond.

—Bueno, hemos esperado muchos años... Seguiremos esperando. El odio es algo que crece como cualquier otra cosa. Es el resultado inevitable de imponer las ideas a la vida, de violentar nuestros instintos más profundos, y violentamos nuestros instintos más profundos de acuerdo con determinadas ideas. Hacemos que sea una fórmula la que nos mueva, como máquinas. La mente lógica pretende guiar el rebaño y el redil se convierte en puro odio. Todos somos bolcheviques, sólo que somos hipócritas. Los rusos son bolcheviques sin hipocresía.

—Pero hay otras muchas maneras de hacerlo, además de la soviética —dijo Hammond—. La verdad es que los bolcheviques no son muy inteligentes.

—Desde luego que no. Pero a veces es inteligente ser medio tonto: si quieres llegar a donde te propones. Personalmente considero el bolchevismo una imbecilidad; pero también nuestra vida social en Occidente me parece una imbecilidad. Y de la misma manera considero nuestra tan cacareada vida mental una imbecilidad. Somos todos tan fríos como cretinos, tan carentes de pasiones como los idiotas. Somos todos bolcheviques, sólo que lo llamamos de otra manera. ¡Nos creemos dioses..., hombres como dioses! Es igual que el bolchevismo. Hay que ser humano y tener un corazón y un pene si queremos librarnos de ser dioses o bolcheviques..., porque las dos cosas son lo mismo: las dos son demasiado hermosas para ser ciertas.

En el silencio negativo surgió la angustiada pregunta de Berry:

—Tú crees en el amor, Tommy, ¿no?

—¡Qué muchacho tan encantador! —dijo Tommy—. ¡No, mi querubín, nueve veces de cada diez, no! El amor es otra de esas actividades estúpidas hoy día. ¡Chavales que menean las caderas al andar, follando con muchachitas de

culo estrecho como efebos, que no se sabe quién es él y quién es ella! ¿Te refieres a ese tipo de amor? ¿O ese tipo de amor que consiste en unir las fortunas para triunfar, aquí-mi-marido-aquí-mi-señora? ¡No, muchacho, no creo en eso en absoluto!

—¿Pero crees en algo?

—¿Yo? Oh, intelectualmente creo en tener un buen corazón, un pene jugueteón, una inteligencia despierta y el valor de decir « ¡mierda!» delante de una señora.

—Sí, todo eso lo tienes —dijo Berry.

Tommy Dukes estalló en carcajadas.

—¡Qué ángel! ¡Si yo tuviera eso! ¡Si yo tuviera eso! No; tengo el corazón tan insensible como una patata, el pene se me dobla y no levanta cabeza jamás; preferiría cortármelo de un tajo que decir « ¡mierda!» delante de mi madre o mi tía..., que son verdaderas señoras, no te olvides; y no soy realmente inteligente, no soy más que un vividor-mental. Sería maravilloso ser inteligente: entonces tendría uno vivas todas esas partes mencionadas e inmencionables. El pene levanta la cabeza y dice: ¿Cómo está usted? a cualquier persona inteligente. Renoir decía que pintaba sus cuadros con el pene... y era verdad, ¡magníficos cuadros! Me gustaría hacer algo con el mío. ¡Dios, y uno sólo es capaz de hablar! ¡Una tortura más que añadir al Hades! Y Sócrates lo empezó todo.

—Hay mujeres agradables en el mundo —dijo Connie levantando la cabeza y hablando por fin.

A los hombres no les gustó... Debería haber pretendido no oír nada. No les gustaba nada que admitiera haber estado escuchando atentamente una conversación así.

—¡Dios mío! « ¿Si no son agradables conmigo qué importa que lo sean con el vecino?»

—¡No, es absurdo! Yo no puedo vibrar al unísono con una mujer. No deseo realmente a ninguna mujer cuando estoy frente a ella, y no voy a empezar a forzarme a que me guste... ¡Santo cielo, no! Seguiré como estoy y viviré una vida intelectual. Es lo único honrado que puedo hacer. Me hace completamente feliz hablar con las mujeres; pero es algo puro, puro sin remedio. ¡Puro sin remedio! ¿Qué dices tú, Hildebrand, pequeño?

—Es mucho menos complicado si uno permanece puro —dijo Berry.

—¡Sí, la vida es demasiado sencilla!

CAPITULO 5

Una mañana de escarcha con algo de sol de febrero, Clifford y Connie salieron a dar un paseo por el parque hasta el bosque. Es decir, Clifford iba en su silla de motor y Connie caminaba a su lado.

La atmósfera pesada tenía aún un olor a azufre, pero ambos estaban acostumbrados. En torno al horizonte próximo se levantaba una neblina opalescente de hielo y humo y por encima se veía un trocito de cielo azul; era como estar en un recinto cerrado, siempre encerrados. La vida era siempre como un sueño o un frenesí en un lugar cerrado.

Las ovejas tosían en la hierba áspera y seca del parque, donde la escarcha azuleaba la base de los tallos. Un camino atravesaba el parque hasta la cancela de madera como una hermosa cinta rosada. Clifford lo había hecho preparar hacia poco con gravilla de la mina. Cuando la roca y las escorias del mundo subterráneo habían ardidado y soltado el azufre, adquirirían un color rosa brillante de gamba cocida en los días secos y color cangrejo en los húmedos. Ahora tenía el color pálido de la gamba con una capa blanco-azulada de escarcha. Aquella alfombra de gravilla rosa brillante era algo que gustaba a Connie. No todo iban a ser espinas en la zarza.

Clifford conducía con precaución por la pendiente de la ladera y Connie mantenía su mano sobre la silla. Al frente se elevaba el bosque, primero la espesura de avellanos y detrás la densidad rojiza de los robles. En los límites del bosque los conejos correteaban y comían la hierba. Los grajos se elevaron de repente en una fila negra y se alejaron en el cielo mínimo.

Connie abrió la cancela de madera y Clifford avanzó lentamente en su silla hasta el amplio sendero que avanzaba por una pendiente entre los avellanos a los que se había vareado el fruto. El arbolado era un resto de la gran mancha donde Robin de los Bosques había cazado, y aquel sendero era una vieja senda que atravesaba la región. Pero ahora, naturalmente, era sólo un camino en el bosque privado. La carretera de Mansfield doblaba hacia el norte.

Todo en el bosque permanecía inmóvil; en tierra las hojas muertas mantenían debajo la escarcha. Una urraca dejó oír su graznido, los pájaros aletearon. Pero no había caza, ningún faisán. Los habían matado durante la guerra y el bosque había quedado sin protección, hasta que ahora Clifford había vuelto a contratar a un guardabosque.

Clifford amaba el bosque; amaba los viejos robles. Tenía el sentido de que habían sido suyos durante generaciones. Quería protegerlos. Deseaba que el lugar no fuera violado, que estuviera cerrado al mundo.

La silla renqueaba lentamente pendiente arriba, botando y saltando sobre los troncos helados. Y de repente, a la izquierda, apareció un claro donde no había más que una maraña de helechos muertos, algunos menudos rebrotes dispersos aquí y allá, algunos tocones mostrando el corte de la sierra y sus raíces retorcidas, sin vida. Y manchas de negrura en los lugares donde los leñadores habían quemado ramas y basura.

Aquel era uno de los sitios que Sir Geoffrey había hecho talar durante la guerra para sacar troncos para las trincheras. Toda la pendiente que arrancaba a la derecha del sendero aparecía desnuda y en un extraño abandono. En la cima de la pendiente, donde una vez hubo robles, había ahora desolación; y desde allí podía verse sobre los árboles el tren de la mina y las nuevas fábricas de Stacks Gate. Connie se había detenido y miraba, era una brecha en el puro aislamiento del bosque. Por allí entraba el mundo. Pero no dijo nada a Clifford.

Curiosamente, aquel sitio inhóspito enfurecía siempre a Clifford. Había estado en la guerra y sabía lo que significaba. Pero no se había enfadado realmente hasta ver aquella colina desnuda. Iba a hacerla repoblar. Pero le llevaba a odiar a Sir Geoffrey.

Clifford estaba sentado, con la expresión fija, mientras la silla de ruedas ascendía lentamente. Cuando llegaron a la cumbre se detuvo; no quería arriesgarse por la pendiente de bajada, larga y llena de baches. Se quedó mirando el recorrido verde del camino cuesta abajo, una abertura clara entre los helechos y los robles. Hacía una curva en lo bajo de la pendiente y desaparecía; pero era una curva suave y agradable, como a propósito para caballeros sobre sus monturas y damas sobre palafrenes.

—Creo que este es realmente el corazón de Inglaterra —dijo Clifford a Connie, sentado al cálido sol de febrero.

—¿Sí? —dijo ella, mientras se sentaba sobre un tocón del sendero con su vestido de punto azul.

—¡Sí! Esta es la antigua Inglaterra, su corazón; y estoy dispuesto a mantenerlo intacto.

—¡Ah, sí! —dijo Connie. Pero al decirlo estaba escuchando la sirena de las once de la mina de Stacks Gate. Clifford estaba demasiado acostumbrado al sonido para darse cuenta.

—Quiero que este bosque sea perfecto... virgen. No quiero que entre nadie —dijo Clifford.

Había algo de patético en ello. El bosque conservaba aún algo del misterio de la antigua y salvaje Inglaterra; pero las talas de Sir Geoffrey durante la guerra habían supuesto un duro golpe. Qué silenciosos estaban los árboles, con sus ramas

innumerables y retorcidas recortadas contra el cielo y sus troncos grises y obstinados emergiendo de entre la maleza marrón. Allí había habido en tiempos ciervos, arqueros y frailes al paso cansino de los asnos. El lugar tenía memoria, seguía recordando.

Clifford estaba sentado al sol mortecino; la luz caía sobre su cabello suave y más bien rubio; su cara llena y colorada era inescrutable.

—Siento mucho más no tener un hijo cuando vengo aquí que en otro momento cualquiera —dijo.

—Pero el bosque es más viejo que tu familia —respondió Connie suavemente.

—¡Desde luego! —dijo Clifford—. Pero nosotros lo hemos mantenido. A no ser por nosotros desaparecería...; habría desaparecido ya, como el resto del bosque. ¡Debemos conservar algo de la antigua Inglaterra!

—¿Sí? —dijo Connie—. ¿Aunque no pueda conservarse sola y haya que conservarla contra la nueva Inglaterra? Es triste, lo sé.

—Si no se conserva algo de la antigua Inglaterra, no habrá Inglaterra en absoluto —dijo Clifford—. Y nosotros, los que tenemos estas cosas y las comprendemos, tenemos el deber de mantenerlas.

Se produjo una pausa triste.

—Sí, durante algún tiempo —dijo Connie.

—¡Durante algún tiempo! Es todo lo que podemos hacer. Una pequeña contribución. Creo que en mi familia cada uno ha hecho lo que ha podido desde que tenemos esto. Puede uno estar contra los convencionalismos, pero hay que respetar la tradición.

De nuevo hubo una pausa.

—¿Qué tradición? —preguntó Connie.

—¡La tradición de Inglaterra! ¡De esto!

—Sí —dijo ella lentamente.

—Por eso hay que tener un hijo; uno mismo sólo es un eslabón en la cadena —dijo.

Connie no sentía ninguna admiración por las cadenas, pero no dijo nada. Estaba pensando en la curiosa impersonalidad del deseo que tenía él de tener un hijo.

—Siento no poder tener un hijo —dijo ella.

Él la miró fijamente, con sus ojos expresivos azul pálido.

—Casi sería bueno que tuvieras un hijo con otro hombre —dijo él—. Si lo educáramos en Wragby nos pertenecería a nosotros y a este lugar. No creo muy intensamente en la paternidad. Si tuviéramos un hijo que criar, sería nuestro y él continuaría. ¿No crees que vale la pena considerarlo?

Por fin Connie le miró. El niño, su niño, no era más que un «lo» para él. ¡Lo... lo... lo...!

—¿Y el otro hombre? —preguntó ella.

—¿Y eso importa mucho? ¿Es que esas cosas nos van a afectar a nosotros...? Tú tuviste aquel amante en Alemania... ¿Qué queda ahora de él? Casi nada. Yo creo que esos pequeños actos y esas pequeñas relaciones que tenemos en nuestras vidas no importan demasiado. Se terminan y ¿en qué quedan? ¿En qué? ¿Qué se hicieron las llamas de los fuegos encendidos de amantes...? Sólo lo que dura toda nuestra vida tiene importancia; mi propia vida es lo que me importa, en su larga continuidad y en su desarrollo. ¿Pero qué importan las relaciones momentáneas? ¡Y especialmente las relaciones sexuales momentáneas! Si la gente no les da una importancia excesiva, pasan como el apareamiento de los pájaros. Y así debe ser. ¿Qué importancia tiene? Es la compañía de toda una vida lo que importa. Es el vivir juntos día a día, no dormir juntos una vez o dos. Tú y yo estamos casados, suceda lo que suceda. Tenemos cada uno la costumbre del otro. Y la costumbre, en mi opinión, es más vital que una excitación momentánea. Esa cosa larga, lenta, duradera..., eso es lo que nos hace vivir...; no un espasmo casual de la clase que sea. Poco a poco, viviendo juntas, dos personas adquieren una resonancia unísona, vibran íntimamente de manera común. Ese es el verdadero secreto del matrimonio, no el sexo; por lo menos no la simple función del sexo. Tú y yo estamos entrelazados en un matrimonio. Si nos aferramos a eso podríamos encontrar un arreglo para el asunto del sexo como arreglamos una visita al dentista; puesto que en ese aspecto el destino nos ha dado un jaque mate físico.

Connie seguía sentada, escuchando con una especie de asombro y una especie de miedo. No sabía si él tenía razón o no. Por una parte existía Michaelis, a quien ella amaba; al menos eso se decía a sí misma. Pero su amor era de alguna forma sólo una excursión de su matrimonio con Clifford; de su larga y lenta costumbre de intimidad formada a través de años de sufrimiento y paciencia. Quizás el alma humana necesite excursiones y no haya que negárselas. Pero lo que define una excursión es que luego se vuelve a casa.

—¿Y no te importaría con qué hombre tuviera el hijo? —preguntó ella.

—No, Connie, me fiaría de tu instinto natural de decencia y selección. Tú no permitirías que te tocara un individuo inadecuado.

¡Ella pensó en Michaelis! Correspondía absolutamente a la idea que tenía Clifford del individuo inadecuado.

—Pero hombres y mujeres tienen ideas diferentes sobre los individuos inadecuados —dijo ella.

—No —contestó él—. Tú me quieres. No creo que pudieras querer nunca a un hombre que me fuera puramente antipático. Tu ritmo no te lo permitiría.

Ella estaba callada. Aquella lógica podía no tener respuesta por ser tan absolutamente equivocada.

—¿Y esperarías que yo te lo contara? —preguntó, mirándole casi

furtivamente.

—En absoluto. Preferiría no saberlo... Pero estás de acuerdo conmigo, ¿no?, en que el sexo momentáneo no es nada si se compara con toda una vida vivida juntos. ¿No crees que uno puede subordinar la cosa del sexo a las necesidades de una larga vida? ¿Utilizarlo, puesto que nos vemos forzados a hacerlo? Después de todo, ¿qué importan estas excitaciones momentáneas? ¿No es cierto que el único problema de la vida es la lenta construcción de una personalidad integral a través de los años?, ¿vivir una vida donde todo tenga su sitio? Una vida inconexa no tiene sentido. Si la falta de sexo va a acabar desquiciándote, sería mejor entonces que tuvieras una aventura amorosa. Si la falta de un hijo va a acabar desquiciándote, ten entonces un hijo si es posible. Pero haz esas cosas sólo para llegar a una vida integral que se convierta en un todo armónico. Y tú y yo podemos hacer eso juntos..., ¿no crees?... , si nos adaptamos a las necesidades y al mismo tiempo hacemos que esa adaptación se integre en un todo con la vida que ya hemos vivido. ¿No te parece?

Connie se sentía un poco apabullada por sus palabras. Sabía que tenía razón teóricamente. Pero cuando pensaba en la vida que ya había vivido con él... tenía sus dudas. ¿Era realmente su destino integrarse en la vida de él durante el resto de sus días? ¿Nada más?

¿Es que no era más que eso? Tenía que contentarse con una vida permanente a su lado, un único tejido, pero bordado quizás con la flor ocasional de una aventura. ¿Cómo podía saber lo que iba a sentir al año siguiente? ¿Cómo puede saberlo nadie? ¿Cómo puede decirse un sí para años y años? ¡El sí insignificante que se dice en un momento! ¿Atrapada como con un alfiler por aquella mínima palabra revoloteante? ¡Desde luego tenía que levantar el vuelo y huir para que pudieran seguirla otros síes y otros noes! Como el revoloteo de las mariposas.

—Creo que tienes razón, Clifford. Hasta donde soy capaz de entender estoy de acuerdo contigo. Sólo que la vida puede acabar dando a todo perspectivas diferentes.

—Pero hasta que la vida adquiera esa nueva perspectiva, ¿estás de acuerdo?

—¡Oh, sí! Creo que lo estoy realmente.

Estaba observando a un *spaniel* marrón que había salido de un sendero lateral y les miraba con el hocico en alto, ladrando suavemente. Un hombre con una escopeta apareció rápido y silencioso tras la perra, enfrentándose a ellos como si fuera a atacar; en lugar de ello, se detuvo, saludó e iba a descender de nuevo por la pendiente. No era más que el nuevo guardabosque, pero había asustado a Connie al aparecer de forma tan repentina y amenazadora. Así es como le había visto, como una amenaza vertiginosa surgiendo de la nada.

Era un hombre vestido de pana verde, con polainas..., al viejo estilo; de cara colorada, bigote pelirrojo y ojos distantes. Bajaba ya la colina a paso rápido.

—¡Mellors! —gritó Clifford.

El hombre se volvió con presteza y saludó militarmente con un gesto rápido y breve, ¡un soldado!

—¿Quiere darle la vuelta a la silla y ponerla en marcha? Así será más fácil —dijo Clifford.

El hombre se echó rápidamente la escopeta al hombro y se acercó con el mismo movimiento rápido y suave a la vez, como un ser invisible. Era relativamente alto y delgado y no hablaba. No miró a Connie en absoluto, sólo a la silla de ruedas.

—Connie, este es el nuevo guardabosque, Mellors. ¿Todavía no conocía usted a su excelencia, Mellors?

—¡No, señor! —fue la respuesta automática y neutra. El hombre se quitó el sombrero, mostrando su cabello espeso y casi rubio. Miró directamente a Connie a los ojos, con una mirada impersonal y sin temor, como si quisiera estudiar cómo era ella. Ella se sintió intimidada. Inclino hacia él la cabeza con una cierta vergüenza, y él pasó el sombrero a la mano izquierda e hizo una ligera inclinación, como un caballero; pero no dijo nada. Permaneció un momento callado, con el sombrero en la mano.

—Pero ya lleva usted algún tiempo aquí, ¿no? —le dijo Connie.

—Ocho meses, señora... ¡excelencia! —se corrigió con calma.

—¿Y le gusta?

Le miró a los ojos, que se contrajeron ligeramente, con ironía, con desverguenza quizás.

—¡Sí, claro, gracias, excelencia! Me he criado aquí... Hizo otra ligera inclinación, se volvió, se colocó el sombrero y avanzó para coger la silla. Su voz, en las últimas palabras, había caído en el pesado arrastrar del dialecto local..., quizás también burlándose, porque no había habido en ella rastro alguno del dialecto hasta entonces. Casi podría ser un caballero. En todo caso era un individuo curioso, rápido, diferente, solitario, pero seguro de sí mismo.

Clifford puso en marcha el motorcito, el hombre hizo girar cuidadosamente la silla y la puso de cara hacia la pendiente, que ondulaba suave hacia la oscura espesura de los avellanos.

—¿Alguna cosa más, Sir Clifford? —preguntó el hombre.

—No; será mejor que venga conmigo, no vaya a pararse. El motor no tiene realmente fuerza para ir cuesta arriba.

El hombre miró en torno buscando a la perra... Una mirada pensativa. El *spaniel* le miró y movió ligeramente el rabo. Una sonrisita burlándose de ella o tomándole el pelo, y sin embargo amable, le vino a los ojos un instante, luego desapareció para dejar paso a una cara sin expresión. Fueron con bastante rapidez cuesta abajo; el hombre llevaba la mano sobre la barra de la silla, sujetándola. Parecía más un soldado voluntario que un criado. Y algo en él le recordaba a Connie a Tommy Dukes.

Cuando llegaron a los avellanos, Connie se adelantó corriendo y abrió la cancela del parque. Mientras ella la sujetaba, los dos hombres la miraron al pasar. Clifford de forma crítica, y el otro hombre con una admiración curiosa y fría, queriendo observar de forma impersonal cómo era ella. Y ella vio en sus ojos azules e impersonales una mirada de sufrimiento y lejanía, de un cierto calor, sin embargo. ¿Pero por qué era tan altivo, tan alejado?

Clifford detuvo la silla una vez pasada la portalada y el hombre se acercó rápido y cortés a cerrarla.

—¿Por qué corriste a abrir? —preguntó Clifford en voz baja y calmada, mostrando su descontento—. Mellors lo habría hecho.

—Creí que ibais a seguir sin parar —dijo Connie.

—¿Y dejar que corrieras detrás de nosotros? —dijo Clifford.

—Bueno, a veces me gusta correr.

Mellors volvió a agarrar la silla con un aire de perfecta ausencia, aunque, sin embargo, Connie se daba cuenta de que estaba fijándose en todo. Mientras empujaba la silla por la empinada pendiente del parque, comenzó a respirar jadeante, con los labios entreabiertos. En realidad era frágil. Curiosamente lleno de vitalidad, pero algo frágil y sofocado. Su instinto de mujer se había dado cuenta de ello.

Connie se retrasó y dejó que siguiera adelante la silla de ruedas. El día se había puesto gris; el pequeño fragmento de cielo azul entrevisto antes en el círculo de la neblina se había cerrado de nuevo, como si hubieran vuelto a poner la tapadera; hacía un frío desagradable. Iba a nevar. ¡Todo gris, todo gris! El mundo parecía gastado.

La silla se había detenido en la cima del camino color rosa. Clifford buscaba a Connie con la mirada.

—¿No estarás cansada, no? —preguntó.

—¡Oh, no! —dijo ella.

Pero sí lo estaba. Un anhelo extraño y fatigante, una insatisfacción se habían apoderado de ella. Clifford no se había dado cuenta: aquellas no eran cosas que él notara. Pero el extraño lo advirtió. Para Connie todo en el mundo y en la vida parecía gastado, y su insatisfacción era más antigua que las colinas.

Llegaron a la casa y dieron la vuelta hacia la parte trasera, donde no había escalones. Clifford consiguió pasar por sus propios medios a la silla de ruedas de casa, más baja; era fuerte y ágil con los brazos. Luego Connie levantó el peso de sus piernas muertas.

El guardabosque, esperando a que le permitieran irse, lo observaba todo atentamente, sin perder detalle. Se puso pálido, como con una especie de temor, cuando vio a Connie levantar las piernas inertes del hombre en sus brazos y pasarlas a la otra silla, mientras Clifford giraba el cuerpo al mismo tiempo. Estaba asustado.

—Gracias por su ayuda, Mellors —dijo Clifford en tono intrascendente, mientras comenzaba a hacer rodar su silla por el pasillo hacia la zona donde habitaba el servicio.

—¿Nada más, señor? —respondió la voz, neutra, como una voz oída en sueños.

—¡Nada, buenos días!

—Buenos días, señor.

—¡Buenos días! Ha sido muy amable por su parte empujar la silla cuesta arriba... Espero que no se haya fatigado —dijo Connie mirando al guardabosque, que había quedado al otro lado de la puerta.

Sus ojos se dirigieron a ella un instante, como despertando. Era consciente de su presencia.

—¡Oh, no, fatigado no! —dijo rápidamente.

Luego su voz volvió al tono pesado del dialecto local:

—¡Buenos días, excelencia!

—¿Quién es el guardabosque? —preguntó Connie durante la comida.

—¡Mellors! Ya lo has visto —dijo Clifford.

—Sí, pero ¿de dónde sale?

—¡De ningún lado! Era un muchacho de Tevershall. Hijo de un minero, creo.

—¿Y él ha sido minero?

—Herrero en la mina, creo: jefe de la herrería. Pero ya estuvo aquí de guarda durante dos años, antes de la guerra..., antes de alistarse. Mi padre siempre tuvo buena opinión de él, así que cuando volvió y fue a la mina a pedir trabajo de herrero volví a contratarle como guarda. Me alegró mucho que aceptara... Es casi imposible encontrar aquí alguien que valga para guardabosque..., y hace falta alguien que conozca a la gente.

—¿No está casado?

—Lo estuvo. Pero su mujer se fue con..., con varios hombres..., y al final con un minero de Stacks Gate; creo que vive allí todavía.

—¿Así que está solo?

—¡Más o menos! Tiene a su madre en el pueblo... y una niña, creo.

Clifford miró a Connie con sus ojos pálidos, azules y ligeramente saltones, en los que se dibujó una indefinida expresión. Parecía despierto en la superficie, pero en el fondo era como el aire de los Midlands, neblinoso, cargado de humo. Y la neblina parecía ir avanzando. De modo que cuando miraba a Connie de aquella extraña manera, transmitiendo su información peculiar y precisa, ella presentía que el fondo de su mente se llenaba de humo y vacío. Y aquello la asustaba. Clifford parecía impersonal, cercano a la idiotez.

Y oscuramente se dio cuenta de una de las grandes leyes del alma humana: y es que cuando un espíritu sentimental recibe una herida que no mata al cuerpo, el alma parece irse recuperando a medida que se recupera el cuerpo. Pero es sólo

una apariencia. Se trata sólo del mecanismo de la costumbre que vuelve a ponerse en marcha. Lenta, lentamente, la herida del alma comienza a hacerse notar otra vez, como una contusión que va profundizando lentamente su terrible dolor hasta llenar la mente por completo. Y cuando creemos que nos hemos recuperado y olvidado es justamente cuando nos enfrentamos al peor aspecto de los efectos secundarios.

Así había sucedido con Clifford. Una vez que estuvo «bien» y de vuelta en Wragby, escribiendo sus cuentos y sintiéndose seguro en la vida a pesar de todo, pareció olvidar y haber recuperado su ecuanimidad. Pero ahora, con el lento avance de los años, Connie se daba cuenta de que la herida producida por el miedo y el horror salía a flote y se expandía en él. Durante algún tiempo había estado tan en lo profundo que parecía borrada e inexistente. Ahora, lentamente, comenzaba a manifestarse en una aparición externa del miedo, una parálisis casi. Mentalmente seguía estando en guardia. Pero la parálisis, la herida del golpe inconmensurable, se extendía gradualmente en su conciencia afectiva.

Y al tiempo que crecía en él, Connie la sentía crecer en sí misma. Un temor interno, un vacío, una indiferencia a todo, se abrían paso poco a poco en su alma. Cuando Clifford se excitaba era capaz todavía de hablar con brillantez y en apariencia controlar el futuro, como cuando en el bosque había hablado de que ella tuviera un hijo y diera un heredero a Wragby. Pero al día siguiente todas aquellas palabras brillantes parecían hojas muertas quebrándose y convirtiéndose en polvo, sin significado real alguno, arrastradas por cualquier ráfaga de viento. No eran las palabras clorofiladas de una vida efectiva, joven, con energía y formando parte del árbol. Eran los montones de hojas caídas de una vida sin sentido.

Y así le parecía que sucedía en todas partes. Los mineros de Tevershall hablaban otra vez de huelga, y le parecía a Connie que aquella no era tampoco una manifestación de energía; era la olvidada herida de la guerra subiendo lentamente a la superficie y creando el gran dolor de la inquietud y el estupor del descontento. La herida era profunda, profunda, profunda...; la herida de la falsa guerra inhumana. Costaría muchos años a la sangre viva de las generaciones disolver el gran coágulo de sangre tan metido dentro de sus cuerpos y almas. Y haría falta una nueva esperanza.

¡Pobre Connie! A medida que pasaban los años era el miedo al vacío en su vida lo que la aprisionaba. Gradualmente la vida intelectual de Clifford y la suya propia se iban pareciendo más a la nada. Su matrimonio, su vida toda, estaban basados en el hábito de intimidad del que él hablaba: había días en que todo parecía borrado y vacío. Eran palabras, nada más que palabras. La única realidad era la nada, y por encima de ella una palabrería hipócrita.

Existía el éxito de Clifford: ¡la diosa bastarda! Era cierto que era casi famoso y que sus libros le producían casi mil libras. Su fotografía aparecía por todas

partes. Había un busto suyo en una galería de arte y retratos suyos en dos galerías. Parecía la más moderna de las voces modernas. Con su oculto instinto de enfermo para la publicidad, se había convertido en cuatro o cinco años en uno de los más conocidos de los jóvenes « intelectuales ». Connie no veía muy claramente dónde estaba ese intelecto. Clifford era realmente hábil en ese análisis ligeramente humorístico de personas y motivos que al final lo descompone todo en fragmentos. Pero era un poco como los perritos que destrozan los cojines del sofá; sólo que no era joven y juguetón, sino curiosamente viejo y obstinadamente presuntuoso. Era siniestro y no era nada. Era aquel el sentimiento que producía ecos profundos en el fondo del alma de Connie: todo era nada, una maravillosa exhibición de nada. Y al mismo tiempo una exhibición. ¡Una exhibición! ¡Una exhibición! ¡Una exhibición!

Michaelis había tomado a Clifford como figura central de una obra de teatro; ya había desarrollado el argumento y escrito el primer acto. Porque Michaelis era incluso mejor que Clifford en la exhibición de la nada. Era el último rastro de pasión que quedaba en aquellos hombres: la pasión de exhibir. Sexualmente estaban faltos de pasión, muertos incluso. Y ahora ya no era dinero lo que buscaba Michaelis. Clifford nunca se había lanzado primariamente a la búsqueda de dinero, aunque lo ganaba siempre que podía porque el dinero es el sello y la imagen del éxito. Y el éxito era lo que ellos buscaban. Querían, los dos, llevar a cabo una verdadera exhibición... Un hombre exhibiéndose a sí mismo para cautivar al populacho durante algún tiempo.

Era extraña... la prostitución a la diosa del éxito. Para Connie, puesto que ella permanecía realmente al margen, y puesto que se había hecho insensible a la emoción que de allí pudiera surgir, aquello era también la nada. Incluso la prostitución a la diosa del éxito era nada, a pesar de que los hombres se prostituían innumerables veces. Incluso aquello era sólo nada.

Michaelis le escribió a Clifford sobre la obra. Ella ya lo sabía tiempo antes, desde luego. Y Clifford estaba emocionado. De nuevo iba a ser exhibido. Y esta vez lo iba a hacer otra persona, algo muy adulator. Invitó a Michaelis a ir a Wragby con el primer acto.

Michaelis fue: en verano, con un traje pálido y guantes de cabritilla blanca, con orquídeas malva para Connie, encantador; y el primer acto fue un gran éxito. Incluso Connie estaba encantada..., encantada hasta donde era capaz de estarlo todavía. Y Michaelis, encantado por su capacidad de encantar: era realmente maravilloso... y muy hermoso a los ojos de Connie. Veía en él aquella antigua inmovilidad de una raza a la que ya no se puede desilusionar, un ejemplo extremo, quizás, de una impureza que sigue conservándose pura. En el extremo de su suprema prostitución a la diosa del éxito parecía puro; puro como una máscara africana de marfil que sueña la impureza como pureza en sus curvas y superficies marfileñas.

Su momento de puro idilio con los dos Chatterley, en que lisa y llanamente entusiasmaba a Connie y a Clifford, fue uno de los instantes supremos de la vida de Michaelis. Había triunfado: se los había ganado por completo. Incluso Clifford estuvo temporalmente enamorado de él..., si es que puede decirse así.

De modo que a la mañana siguiente Mick se encontraba más a disgusto que nunca: inquieto, recomiendo, con las manos nerviosas en los bolsos del pantalón. Connie no le había visitado por la noche..., y él no había sabido dónde encontrarla. ¡Coquetería...! en su momento de triunfo.

Subió a su cuarto de estar por la mañana. Ella sabía que él vendría. Y su inquietud era evidente. Le preguntó qué opinaba de su obra... ¿Le parecía buena? Tenía que oír alabanzas: aquello excitaba su pasión más allá que cualquier orgasmo sexual. Y ella la alabó con entusiasmo. Y, sin embargo, todo el tiempo, en el fondo de su alma, sabía que no era nada.

—¡Oyeme! —dijo al fin de repente—. ¿Por qué no ponemos las cosas en claro entre nosotros? ¿Por qué no nos casamos?

—¡Pero yo estoy casada! —dijo ella con asombro, pero sin sentir nada.

—¡Ah, eso...! Te concederé el divorcio sin problemas... ¿Por qué no nos casamos? Quiero casarme. Sé que sería lo mejor para mí..., casarme y llevar una vida ordenada. Llevo una vida asquerosa, destrozándome. Mira, estamos hechos el uno para el otro..., como la mano y el guante. ¿Por qué no nos casamos? ¿Hay algún motivo para que no lo hagamos?

Connie le miró desconcertada, y sin embargo no sentía nada. Los hombres eran todos iguales, olvidaban lo más importante. Estallaban por la cabeza como los cohetes y esperaban que una se dejara arrastrar hacia el cielo por sus varillas de junco.

—Pero ya estoy casada —dijo—. No puedo abandonar a Clifford, ya lo sabes.

—¿Por qué no? ¿Pero por qué no? —gritó él—. Ni siquiera se dará cuenta de que te hayas ido una vez que hayan pasado seis meses. Ignora la existencia de todo el mundo, excepto la suya misma. Ese hombre no puede darte nada ni le sirves para nada; está totalmente dedicado a sí mismo.

Connie sabía que era cierto lo que le estaba diciendo. Pero sabía también que Mick mismo no era un modelo de altruismo.

—¿Y no están todos los hombres dedicados a sí mismos? —preguntó ella.

—Oh, más o menos, lo reconozco. Un hombre tiene que hacer eso para abrirse camino. Pero no es ese el asunto. El asunto es hasta qué punto un hombre puede hacer feliz a una mujer. ¿Puede o no hacerla inmensamente feliz? Si no puede, no tiene derecho a la mujer...

Se detuvo y la miró con sus ojos avellanados, casi hipnóticamente.

—Pero yo creo —añadió— que puedo hacer a una mujer más feliz de lo que ella se imaginaría nunca. Creo que puedo garantizarlo.

—¿Y qué clase de felicidad? —preguntó Connie, mirándole todavía con una especie de asombro que parecía emoción, pero sin sentir nada en realidad.

—¡De todo tipo, leches, de todo tipo! Ropa, joyas hasta un cierto punto, cualquier club nocturno que te guste, conocer a quien te dé la gana, vivir al día..., viajar y ser alguien en cualquier parte... Coño, cualquier cosa.

Hablaba casi con las luminarias del triunfo, y Connie le miraba como si se sintiera deslumbrada, pero sin sentir nada en absoluto. No había siquiera un vago cosquilleo en la superficie de su mente como respuesta al maravilloso panorama que él le ofrecía. La más externa de sus superficies, que en cualquier otro momento se habría sentido halagada por la oferta, permanecía impasible. No despertaba en ella ningún sentimiento, no « encendía su mecha ». Sólo seguía allí sentada poniendo cara de dejarse impresionar, pero sin experimentar sentimiento alguno, si se exceptúa que en algún lugar olía la peste desagradable de la diosa bastarda del éxito.

Mick estaba con los nervios en tensión, echado hacia adelante en la silla y mirándola casi histéricamente: es difícil decir si deseando por vanidad que ella dijera ¡sí! o asustado por el temor de oír ¡sí! como respuesta.

—Tendría que pensarlo —dijo ella—. No podría contestar ahora. Pudiera dar la impresión de que Clifford no me importa, pero me importa mucho. Hay que tener en cuenta que no es capaz de hacer nada solo...

—¿Y qué demonios importa todo eso? ¡Si vamos a ganarnos la vida con nuestras miserias, yo podría empezar a quejarme de mi soledad, de que nadie me ha hecho caso nunca, de mis « paso las noches en vela llorando por ti » ! Qué pena, cuando alguien sólo tiene su invalidez como defensa...

Se volvió a un lado, agitando furiosamente las manos en los bolsos del pantalón. Al atardecer le dijo:

—Esta noche vas a venir a mi habitación, ¿no? Ni siquiera tengo idea de dónde está la tuya.

—¡De acuerdo! —dijo ella.

Aquella noche fue un amante más intranquilo con su frágil desnudez de niño. Connie no pudo llegar a su crisis antes de que él hubiera realmente alcanzado la suya. Y logró despertar en ella una cierta pasión llena de deseo con su suavidad y desnudez infantil; después que él hubo terminado tuvo que persistir ella en el salvaje tumulto y palpitación de sus lomos, mientras él se mantenía heroicamente erecto y presente en ella con toda su voluntad y desprendimiento hasta que Connie llegó a su crisis entre inconscientes gritos.

Cuando luego salió de ella dijo con una voz amarga, casi despreciativa:

—No podías terminar al mismo tiempo que un hombre, ¿no? ¡Tenías que terminar por tu cuenta! ¡Montar el número!

Aquella perorata, y en aquel momento, fue uno de los grandes desengaños de su vida. Porque, obviamente, aquella manera pasiva de entregarse era

claramente la única forma de relación sexual que él podía dar.

—¿Qué quieres decir? —dijo ella.

—Ya sabes lo que quiero decir. Tú sigues horas y horas después de que yo haya terminado..., y yo tengo que aguantar apretando los dientes hasta que tú terminas gracias a tu baile.

Ella se quedó sin habla ante aquella brutalidad en el momento en que se sentía rebosante en una especie de placer indescriptible y sintiendo por él algo semejante al amor. Después de todo, como tantos hombres de hoy, él había terminado casi antes de empezar. Y aquello obligaba a la mujer a tomar la iniciativa.

—Pero no querrás que yo no siga, que no llegue a mi propia satisfacción —dijo ella.

Él apuntó una sonrisa siniestra:

—¡Claro que quiero! —dijo—. ¡Qué bien! ¡Quiero aguantar con los dientes apretados mientras tú me haces el favor de seguir!

—¿Pero quieres o no? —insistió ella.

Él eludió la pregunta.

—Todas las puñeteras mujeres son igual —dijo él—. O no acaban en absoluto, como si lo tuvieran muerto..., o se esperan hasta que el tío está satisfecho y empiezan a darse gusto ellas y el tío tiene que aguantar. Nunca he estado con una mujer que terminara al mismo tiempo que yo.

Connie escuchó sólo a medias aquella información masculina que para ella era una novedad. Estaba anonadada por su reacción contra ella..., su incomprensible brutalidad. Se sentía absolutamente inocente.

—Pero yo también tengo derecho a mi satisfacción, ¿no? —repitió ella.

—¡Muy bien! Yo no me opongo. Pero esperar y esperar a que una mujer se dispare no es ninguna diversión para un hombre...

Aquella declaración fue uno de los disgustos cruciales en la vida de Connie. Destruyó algo en su interior. Nunca le había entusiasmado Michaelis; hasta que él dio el primer paso, ella no le había buscado. Era como si nunca le hubiera deseado. Pero una vez que él la había excitado, le parecía natural llegar a su propia crisis con él. Casi le había amado por ello...; aquella noche había llegado casi a amarle y quería casarse con él.

Quizás él se había dado cuenta instintivamente y por eso había terminado con todo el montaje de un golpe; un castillo de naipes. Todos sus sentimientos sexuales hacia él, o hacia cualquier hombre, se derrumbaron aquella noche. Su vida se distanció de la de él tan por completo como si nunca hubiera existido.

Y volvió a la monotonía de los días. Ya no quedaba más que la noria vacía de lo que Clifford llamaba la integración de la vida, el largo vivir juntos de dos personas que están acostumbradas a pasar la vida una al lado de la otra en la misma casa.

¡El vacío! Aceptar la gran nada de la vida parecía ser el sentido único de vivir. ¡La multiplicidad de cositas activas e importantes que componen la suma total de la nada!

CAPITULO 6

—¿Por qué hoy día los hombres y las mujeres no se quieren realmente? —preguntó Connie a Tommy Dukes, que era más o menos su oráculo.

—¡Claro que se quieren! No creo que desde que se inventó la especie humana haya habido otro momento en que los hombres y las mujeres se quieran tanto como hoy. ¡Un cariño de verdad! Mírame a mí... A mí, te lo aseguro, me gustan las mujeres más que los hombres; son más valientes y se puede ser más sincero con ellas.

Connie estuvo pensándolo.

—¡Sí, pero nunca te acercas a ellas!

—¿Yo? ¿Y qué estoy haciendo ahora más que hablar con una mujer con toda la sinceridad de que soy capaz?

—Sí, hablar...

—¿Qué más podría hacer si fueras un hombre que hablarte con sinceridad?

—Quizás nada. Pero una mujer...

—Una mujer quiere que la quieras y que le hables y que al mismo tiempo la ames y la desees; pero a mí me parece que una cosa elimina la otra.

—¡Pero no debería ser así!

—Indudablemente el agua no debería ser tan húmeda como es; hasta exagera en la humedad. ¡Pero ahí está! A mí me gustan las mujeres y me gusta hablar con ellas, por eso ni las amo ni las deseo. No puede ser las dos cosas al mismo tiempo, para mí.

—Yo creo que debería ser.

—Muy bien. El hecho de que las cosas debieran ser diferentes de como son no es de mi departamento. Connie pensó en ello.

—No es cierto —dijo—. Los hombres pueden amar a las mujeres y hablar con ellas. No entiendo cómo pueden amarlas sin hablar, sin amistad y sin intimidad. ¿Cómo puede ser?

—Bueno —dijo él—. No lo sé. ¿De qué serviría que yo generalice? Sólo conozco mi propio caso. Me gustan las mujeres, pero no las deseo. Me gusta hablar con ellas; pero charlar con ellas, aunque me lleva a una intimidad en un sentido, me lleva al polo opuesto por lo que se refiere a estrecharlas en mis brazos. ¡Así que ya lo ves! Pero no me tomes como un ejemplo general; probablemente no soy más que un caso aparte: uno de los hombres que aprecian

a las mujeres, pero no las aman e incluso llegan a odiarlas si les obligan a fingir amor o una apariencia de lío.

—¿Y eso no te entristece?

—¿Por qué iba a entristecerme? ¡En absoluto! Me basta fijarme en Charlie May y en los demás que andan metidos en apaños de faldas... ¡No, no les envidio lo más mínimo! Si el destino me enviara una mujer que me excitara, pues muy bien. Como no conozco a ninguna que me despierte el apetito y nunca veo una así...; claro que me imagino que soy frío, y eso que a algunas mujeres las quiero mucho.

—¿Te gusto yo?

—¡Muchísimo! Y ya ves, no por eso vamos a empezar a besarnos, ¿no crees?

—¡No, claro que no! —dijo Connie—. ¿Pero no debería ser de otra manera?

—¿Por qué, en nombre del Cielo? Yo quiero a Clifford, pero ¿qué dirías tú si fuera y le tirara un beso?

—¿No crees que hay una diferencia?

—Por lo que a nosotros respecta, ¿dónde está? Somos en primer lugar seres humanos con inteligencia y el asunto macho y hembra es algo secundario. Simplemente secundario. ¿Qué pensarías tú si yo me pusiera a actuar como los machos del continente en este momento, convirtiendo el sexo en un espectáculo?

—No me gustaría nada.

—¿Lo ves? Te lo aseguro; suponiendo que yo sea un objeto macho, y quién sabe, lo cierto es que nunca doy con la hembra de mi especie. Y no la echo de menos, simplemente me gustan las mujeres. ¿Quién va a forzarme a amarlas, o a fingir que las amo, a zambullirme en el juego del sexo?

—No, y no. Pero ¿qué hay de malo en ello?

—Quizás a ti te diga algo, a mí no.

—Sí, presiento que hay algo que no funciona entre los hombres y las mujeres. Las mujeres han dejado de tener atractivo para los hombres.

—¿Y los hombres para las mujeres?

Ella consideró el otro lado de la cuestión.

—No mucho —dijo con sinceridad.

—Entonces dejemos las cosas como están y seamos sólo honrados y sencillos los unos con los otros, como deben ser los seres humanos. ¡A freír espárragos esa obligación artificial al sexo! ¡Me niego a aceptarla!

Connie se dio cuenta de que realmente tenía razón él. Y sin embargo aquello la dejaba perdida; perdida y desamparada. Se sentía como una rama a la deriva en un estanque abandonado. ¿Qué significaba ella, qué significaba nada?

Era su juventud lo que se rebelaba. Los hombres parecían tan viejos, tan fríos... Todo parecía viejo y frío. Y Michaelis se desentendía; no servía de ayuda. Los hombres no querían saber nada de una; realmente no les apetecían las mujeres; ni siquiera a Michaelis.

Y los groseros que fingían interesarse e iniciaban el juego del sexo eran los peores.

Lamentable, pero había que adaptarse a ello. Ciertamente, los hombres no tenían ningún atractivo real para una mujer: si una podía engañarse hasta el punto de llegar a creer que lo tenían, como había hecho ella con Michaelis, era sin duda lo mejor. Mientras tanto uno iba viviendo sin más. Comprendía perfectamente por qué la gente daba fiestas y bailaba jazz o charleston hasta caerse muertos. Había que dar salida de una u otra manera a la juventud que se llevaba en el cuerpo o esa juventud acababa por devorarlo a uno. ¡Pero qué cosa tan horrorosa la juventud! Uno se sentía tan viejo como Matusalén, y sin embargo aquello burbujeaba en alguna parte y le quitaba a uno la tranquilidad. ¡Una vida asquerosa! ¡Y sin perspectivas de arreglo! Casi deseaba haberse escapado con Mick y haber hecho de su vida un largo guateque, una perpetua noche de baile. En cualquier caso hubiera sido mejor que lamentarse hasta la tumba.

En uno de sus días malos salió de paseo hacia el bosque, pensativa, sin rumbo, sin darse cuenta siquiera de dónde estaba. El ruido de una escopeta no lejos de allí la asustó y la enfureció.

Luego, al avanzar, oyó voces y se detuvo. ¡Gente! ¡No quería saber nada de nadie! Pero su fino oído oyó otra cosa y se puso en guardia; era un niño sollozando. Inmediatamente se puso a escuchar con atención; alguien estaba maltratando a un niño.

Con paso ligero continuó por el camino húmedo, más encolerizada aún. Se sentía dispuesta a desencadenar una escena.

Tras una revuelta vio dos figuras en el camino algo más allá: el guardabosque y una niña, con un abrigo rojo y una capucha de hule, llorando.

—¡Eh, cierra la boca, desgraciada de mierda! —se oyó la voz enfurecida del hombre y la niña empezó a llorar más fuerte.

Constance se acercó con los ojos en ascuas. El hombre se volvió y la miró, saludando fríamente, pero estaba pálido de ira.

—¿Qué pasa? ¿Por qué llora? —preguntó Constance, exigente y exhausta.

Una imperceptible sonrisa retorcida se dibujó en la cara del hombre.

—A ver qué dice ella —contestó groseramente en vulgar dialecto.

Connie sintió como si la hubiera abofeteado y cambió de color. Luego se armó de valor y le miró con unos ojos azules de expresión perdida.

—Le he preguntado a usted —dijo jadeante.

Él hizo una extraña inclinación, quitándose el sombrero.

—Sí, excelencia —dijo él; luego, volviendo al dialecto—: pero no puedo decirselo.

Y volvió a ser un soldado inescrutable, aunque pálido de ira.

Connie se volvió hacia la niña, una criatura colorada y morena de nueve o diez años.

—¿Qué pasa, cariño? ¡Dime por qué lloras! —dijo con la dulzura convencional necesaria al caso.

Más lloros intencionados. Más dulzura aún por parte de Connie.

—¡Vamos, vamos, no llores! ¡Dime qué te han hecho!...

Una intensa dulzura en el tono. Al mismo tiempo buscó en el bolso de su chaqueta de punto y por suerte encontró seis peniques.

—¡Deja de llorar! —dijo, inclinándose ante la niña—. ¡Mira, para ti!

Gemidos, sonarse de nariz, un puño retirado de una cara llorosa y un ojo oscuro y alerta que se fija un segundo en los seis peniques. Luego más gimoteo, pero atenuado.

—¡Dime qué pasa, dímelo! —dijo Connie, poniendo la moneda en la mano regordeta de la niña, que se cerró sobre ella.

—¡Es el... es el... gato! Estremecimientos de un llanto que cesa.

—¿Qué gato, bonita?

Tras un silencio, el tímido puño, apretando los seis peniques, apuntó hacia el matorral de moras.

—¡Allí!

Connie miró, y allí, desde luego, había un gran gato negro desagradablemente rígido y con algo de sangre.

—¡Oh! —dijo asqueada.

—Un cazador furtivo, excelencia —dijo el hombre irónicamente.

Ella le miró enfadada.

—No me extraña que llorara la niña si lo mató delante de ella. ¡No me extraña que llorara!

Él miró a Connie a los ojos, lacónico, despreciativo, sin ocultar lo que sentía. Y de nuevo Connie enrojeció; se daba cuenta de que había hecho una escena; el hombre no la respetaba.

—¿Cómo te llamas? —dijo amablemente a la niña—. ¿No vas a decirme cómo te llamas?

Sonar de narices; luego, muy cursi y con una voz de gorjeo:

—¡Connie Mellors!

—¡Connie Mellors! ¡Qué nombre tan bonito! ¿Y has venido con tu papá y él mató un minino? ¡Pero era un minino muy malo!

La niña la miró estudiándola con ojos oscuros y atrevidos, calibrándola a ella y a su condolencia.

—Yo quería quedarme con mi abuelita —dijo la niña.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está tu abuelita?

La niña levantó un brazo señalando camino abajo.

—En la casa.

—¡En la casa! ¿Y quieres volver con ella? Temblores y estremecimientos repentinos con el recuerdo del llanto.

—¡Sí!

—Vamos. ¿Quieres que te lleve yo? ¿Quieres que te lleve con tu abuelita? Así tu papá podrá hacer lo que tiene que hacer.

Se volvió hacia el hombre.

—¿Es su hijita, no?

Él saludó militarmente e hizo un pequeño movimiento afirmativo con la cabeza.

—Me imagino que puedo llevarla a casa.

—Si su excelencia lo desea.

Volvió a mirarla a los ojos con aquella mirada calma, apreciativa y distante. Un hombre solitario, dueño de sí mismo.

—Cariño, ¿quieres ir conmigo a casa, con tu abuelita?

La niña volvió a trinar.

—¡Sí! —sonrió cursi.

A Connie no le gustaba aquella niñita mimada y falsa. A pesar de todo le limpió la cara y la cogió de la mano. El guardabosque saludó en silencio.

—¡Buenos días! —dijo Connie despidiéndose.

Había casi una milla hasta la casa, y la Connie mayor estaba harta de la Connie pequeña cuando llegaron a la vista de la pintoresca casita del guardabosque. La niña sabía ya más trucos y tenía la misma seguridad en sí misma que un mono.

La puerta de la casa estaba abierta y dentro se oía un ruido. Connie dudó, la niña le soltó la mano y entró corriendo.

—¡Tata, tata!

—¿Cómo es que ya has vuelto?

Era un sábado por la mañana; la abuela había estado dando de negro a la estufa. Salió a la puerta con un delantal de tela basta, una brocha y un tiznón negro en la nariz. Era una mujer pequeña y un tanto seca.

—¡Pero bueno! —dijo, pasándose precipitadamente el brazo por la cara al ver a Connie ante la puerta.

—¡Buenos días! —dijo Connie—. Estaba llorando, así que la traje a casa.

La abuela echó una rápida mirada a la niña:

—¿Y dónde está papá?

La niña se pegó a las faldas de la abuela con una sonrisa mimosa.

—Estaba allí —dijo Connie—, pero tuvo que matar a un gato furtivo y la niña se asustó.

—¡Oh, no tenía que haberse molestado, Lady Chatterley, no hacía falta! Ha sido usted muy amable, pero no debería haberse molestado. ¡A cualquiera que se le cuente!

La vieja se volvió hacia la niña:

—¡Lady Chatterley tomándose todas estas molestias por tí! ¡No debería

haberse molestado la señora!

—No ha sido molestia, un simple paseo —dijo Connie sonriendo.

—¡Ha sido muy amable por su parte, hay que decirlo! ¡Así que estaba llorando! Ya sabía yo que iba a pasar algo. Él le da miedo, eso es lo que pasa. Casi parece un extraño para ella, un extraño, y no creo que lleguen a entenderse fácilmente. Él es muy raro.

Connie no sabía qué decir.

—Mira, tata —rio bobaliconamente la niña.

La vieja vio los seis peniques en la mano de su nieta.

—¡Seis peniques y todo! Oh, señora, señora, no debería... ¿Has visto qué buena es Lady Chatterley contigo? ¡Has sido una chica de suerte esta mañana!

Había pronunciado el nombre como todo el mundo: Chat'ley. «¿Has visto qué buena es Lady Chat'ley contigo?» Connie no pudo evitar echar otro vistazo a la nariz de la vieja y esta volvió a limpiarse distraídamente la cara con la muñeca, pero sin acertar con el tizne.

Connie empezó a retirarse...

—Bueno, muchísimas gracias, Lady Chat'ley; claro, dile gracias a la señora —esto último a la niña.

—Gracias —trinó la niña.

—¡Es un encanto! —sonrió Connie.

Y comenzó a alejarse diciendo «Buenos días», muy aliviada por librarse de aquella compañía. Curioso, pensó, que aquel hombre delgado y orgulloso tuviera una madre pequeña y vivaracha como aquella mujer.

Y la vieja, en cuanto Connie desapareció, fue corriendo al trozo de espejo de la cocina y se miró la cara. Al verse pegó una patadita impaciente en el suelo.

—¡Naturalmente! ¡Tenía que pillarme con el peor mandil y la cara sucia! ¿Qué pensará ahora de mí?

Connie volvió lentamente a Wragby, a casa. ¡A casa!... Usar una palabra tan cálida para un cubil enorme y desierto como aquel. Claro que era una palabra pasada de moda. De alguna forma ya no tenía valor. Las grandes palabras, le parecía a Connie, habían perdido valor para su generación: amor, alegría, felicidad, casa, madre, padre, esposo, todas aquellas palabras grandes y dinámicas habían medio muerto y agonizaban de día en día. Casa era un sitio donde se vivía, amor era una cosa sobre la que no había que hacerse ilusiones, alegría era una palabra que se aplicaba a un buen charlestón, felicidad era una expresión de hipocresía utilizada para engañar a otros, un padre era un individuo que disfrutaba de su propia existencia, un marido era un hombre con el que se vivía y al que se mantenía de buen humor. En cuanto al sexo, la última de las grandes palabras, era una ensalada de expresión utilizada para una sensación que te daba ánimos un momento y luego te dejaba más hecha cisco que nunca. ¡Gastado! Era como si el paño de que uno está hecho fuera del más barato y se

fuera deshilachando hasta desaparecer.

Todo lo que de verdad quedaba era un estoicismo entestado: y en ello residía un cierto placer. La experiencia misma de la nada de la vida, fase tras fase, *étape* tras *étape*, contenía una cierta satisfacción amarga. ¡Así es la vida! Ese era siempre el resumen final: hogar, amor, matrimonio, Michaelis: ¡Así es la vida! Y cuando uno muriera, la despedida de la vida sería: ¡Así es la vida!

¿Dinero? Quizás de esto no podía decirse lo mismo. Dinero se necesita siempre. Dinero, éxito, la diosa bastarda, como insistía en llamarla Tommy Dukes imitando a Henry James, era una necesidad permanente. No podía gastarse la última perra y decir luego: ¡Así es la vida! No, si le quedaran a uno diez minutos más de vida harían falta unas perras más para una cosa u otra. Simplemente para que el asunto siguiera funcionando mecánicamente hacía falta dinero. Había que tenerlo. Hay que tener dinero. Realmente no hace falta ninguna otra cosa. ¡Así es la vida!

Claro que, desde luego, no es culpa de uno estar vivo. Pero una vez vivo, el dinero es una necesidad, y es la única necesidad absoluta. De todo el resto puede prescindirse en caso necesario. Pero no del dinero. Subrayado: ¡así es la vida!

Pensó en Michaelis y en el dinero que podría haber tenido con él; ni siquiera eso quería. Prefería la cantidad menor que ayudaba a ganar a Clifford con sus escritos. Y realmente le ayudaba a ganarlo. «Clifford y yo juntos hacemos mil doscientas libras al año escribiendo»; así lo llamaba ella: ¡Hacer dinero! ¡Hacerlo! De la nada. ¡Sacándolo del aire! ¡La última hazaña de la que podía uno engullerse! Por lo demás, aquí me las den todas.

Así siguió cansinamente hacia Clifford, a unir de nuevo sus fuerzas a las suyas, a sacar otra historia de la nada: y una historia significaba dinero. Clifford parecía preocuparse mucho de si se consideraba a sus historias literatura de primera o no. En sentido estricto, a ella no le importaba si lo era o no. ¡No tiene nada dentro!, decía su padre. ¡Mil doscientas libras el año pasado! era la respuesta simple y definitiva.

Si uno era joven, apretaba los dientes, mordía y aguantaba hasta que el dinero empezaba a llegar de algún lugar invisible; era una cuestión de fuerza. Era cuestión de voluntad; una sutil, sutil y potente emanación de la voluntad que salía de uno mismo y volvía a uno con la misteriosa nada del dinero; una palabra escrita en un pedazo de papel. Era una especie de magia y desde luego era un triunfo. ¡La diosa bastarda! ¡Bien, si había que prostituirse, mejor hacerlo a una diosa sin vergüenza! Uno podía siempre despreciarla incluso en el acto de prostituirse a ella, y eso era bueno.

Clifford, desde luego, tenía todavía muchos fetiches y tabús infantiles. Quería ser considerado como «realmente bueno», una solemne majadería. Lo realmente bueno era lo que se vendía. No valía de nada ser realmente bueno y tener que guardar lo escrito en el cajón. Parecía como si la mayoría de los

escritores « realmente buenos» perdieran siempre el tren por los pelos. Después de todo, sólo se vive una vez, y si se pierde el tren, se queda uno en el andén con el resto de los fracasados.

Connie estaba pensando en pasar un invierno en Londres con Clifford, al invierno siguiente. Él y ella habían subido al tren con buen pie, así que bien podían subirse al techo del vagón una temporada para que se enterara todo el mundo.

Lo peor de todo era que Clifford tenía una tendencia a quedarse absorto, indiferente y a caer en rachas de una depresión indefinida. Era la herida de su mente manifestándose al exterior. Pero Connie tenía ganas de gritar. ¡Cielos, si llegaba a deteriorarse el mecanismo de la consciencia, qué podía hacer una! ¡Al demonio todo, una hacía lo que podía! ¿Es que nadie iba a echarle una mano?

A veces lloraba amargamente, pero incluso al llorar se decía a sí misma: ¡Loca estúpida, empapando pañuelos! ¡Como si eso te fuera a servir de algo!

Desde lo de Michaelis había decidido que no quería nada. Aquella parecía la solución más simple a lo que de otra forma era insoluble. No deseaba nada más que lo que ya tenía; sólo que quería salir adelante con ello: Clifford, la literatura, Wragby, ser Lady Chatterley, el dinero y la fama, todo tal cual..., y quería seguir adelante con todo. ¡El amor, el sexo, todas esas cosas, eran simplemente polos de limón! Para chupar y olvidar. Si no se aferra uno a ello mentalmente, no es nada. ¡Especialmente el sexo..., nada! Se acostumbra uno a esta idea y problema resuelto. El sexo y un cocktail: los dos duraban casi el mismo tiempo, producían el mismo efecto y venían a ser lo mismo.

¡Pero un niño, un hijo! Aquella seguía siendo una sensación válida. Estaba dispuesta a lanzarse con muchas precauciones a aquel experimento. Había que tener en cuenta al hombre, y, cosa curiosa, no había un hombre en el mundo de quien quisiera tener hijos. ¿Los hijos de Mick? ¡Una idea repulsiva! ¡Cómo tener un niño con un conejo! ¿Tommy Dukes?... Era agradable, pero de alguna manera no había forma de relacionarle con un niño, era otra generación. Terminaba en sí mismo. Y entre el resto de los no escasos conocidos de Clifford no había un hombre que no despertara su desprecio si pensaba en tener un niño de él. Había algunos que hubieran sido posibles como amantes, incluso Mick ¡Pero dejar que te hicieran un hijo! ¡Uuff! Humillación y abominación.

¡Así era la vida!

Con eso y con todo, Connie tenía el niño atornillado en el cerebro. ¡Espera! ¡Espera! Pasaría generaciones de hombres por su criba para ver si podía encontrar uno válido. «Ve a las calles y callejones de Jerusalén y vé de encontrar a un hombre.» Había sido imposible dar con un hombre en el Jerusalén del profeta, aunque se encontraban miles de machos humanos. ¡Pero un hombre! ¡C'est une autre chose!

Intuía que tendría que ser un extranjero: no un inglés, y mucho menos un

irlandés. Un extranjero de verdad.

¡Pero espera! ¡Espera! Al invierno siguiente conseguiría llevar a Clifford a Londres, y al siguiente lo llevaría al extranjero, al sur de Francia, a Italia. ¡Espera! No tenía prisa con el niño. Aquel era asunto suyo, privado, el único en que, a su manera femenina y retorcida, era seria hasta lo más profundo. ¡No iba a arriesgarse con el primero que llegara; ella no! Podía una embarcarse con un amante casi en cualquier momento, pero un hombre que iba a hacerte un hijo... ¡Espera! ¡Espera! Eso es harina de otro costal. «Ve a las calles y callejones de Jerusalén...» No era cuestión de amor; era cuestión de un hombre. Ni siquiera importaba que fuera un hombre a quien casi se odiara personalmente. Y aun así, si aquel era el hombre, ¿qué importaba el odio personal? Era un asunto concerniente a otro departamento de una misma.

Había llovido como de costumbre y los caminos estaban demasiado empapados para la silla de Clifford, pero Connie iba a salir. Ahora salía sola todos los días, casi siempre al bosque, donde estaba realmente sola. Donde no veía a nadie.

Aquel día, sin embargo, Clifford quería enviar un aviso al guarda, y como el mozo estaba en cama con gripe —siempre tenía alguien que tener gripe en Wragby—, Connie dijo que ella pasaría por la casa del guarda.

El aire estaba blando y muerto, como si el mundo fuera agonizando lentamente. Gris, pegajoso y mudo, libre incluso del traqueteo de la mina; los pozos estaban haciendo jornadas reducidas, y aquel día habían parado por completo. ¡El fin del mundo!

En el bosque todo estaba inerte e inmóvil, sólo gruesas gotas cayendo de los troncos desnudos en un vacío chapoteo. El resto, en mezcla con los viejos árboles, era capa tras capa de gris, inercia sin remedio, silencio, nada.

Connie andaba sin ganas. Del viejo bosque emanaba una antigua melancolía, algo sedante, mejor que la dura insensibilidad del mundo exterior. Le gustaba el interiorismo de lo que quedaba del bosque, la muda reticencia de los viejos árboles. Parecían las potencias del silencio, y aun así, era una presencia vital. También ellos esperaban: obstinadamente, estoicamente, esperando y efluyendo la fuerza del silencio. Quizás esperaban sólo el final; que los cortaran, se los llevaran; el fin del bosque, para ellos el fin de todas las cosas. Pero quizás su silencio fuerte y aristocrático, el silencio de los árboles llenos de fuerza, significaba algo diferente.

Cuando salió del bosque por el lado norte, la casa del guarda, una casita oscura de piedra parda, techo inclinado y elegante chimenea, parecía deshabitada de tan silenciosa y solitaria. Pero un hilo de humo salía del hogar y el pequeño jardín vallado del frente estaba cultivado y muy limpio. La puerta estaba cerrada.

Ahora que estaba allí la invadía la timidez ante la presencia del hombre con

sus ojos curiosos y penetrantes. No le gustaba ir a transmitirle órdenes y tuvo ganas de volverse. Llamó suavemente; no abrió nadie. Volvió a llamar, pero todavía con suavidad. No hubo respuesta. Fisgó por la ventana y vio la pequeña habitación en penumbra, con su intimidad casi siniestra, rechazando la invasión.

Se detuvo y escuchó; le pareció percibir ruidos en la parte trasera. Tras el fracaso para hacerse oír se sintió picada en el amor propio, dispuesta a no dejarse vencer.

Dio la vuelta a la casa. En la parte trasera el terreno ascendía de repente y el corral de atrás quedaba hundido y rodeado por un muro bajo de piedra. Dio la vuelta a la esquina de la casa y se detuvo. En el reducido corral, dos pasos más allá, el hombre se estaba lavando, ajeno a todo. Estaba desnudo hasta la cintura, con el pantalón de pana colgando de sus esbeltas caderas. Su espalda blanca y delicada se inclinaba sobre una palangana de agua con jabón en la cual metía la cabeza, sacudiéndola luego con un movimiento vibrante, rápido y leve, levantando sus brazos pálidos y finos y sacándose el agua jabonosa de los oídos, rápido y sutil como un rapaz jugando en el agua y completamente solo. Connie retrocedió hacia la esquina de la casa y se precipitó hacia el bosque. A pesar de ella misma estaba conmovida. Después de todo no era más que un hombre lavándose: ¡la cosa más corriente del mundo, bien lo sabe Dios!

Sin embargo, de alguna extraña manera, había sido como una visión: un impacto de lleno. Veía aún los toscos pantalones colgando sobre las caderas blancas, puras y delicadas, los huesos algo salientes; y el sentido de soledad, de una criatura puramente sola, la agobiaba. La perfecta, blanca y solitaria desnudez de una criatura que vive sola, interiormente sola. Y, más allá, una cierta belleza de una criatura pura. No la materia de la belleza, ni siquiera el cuerpo de la belleza, sino un esplendor, el calor y llama viva de una vida individual que se manifestaba en contornos que una podía tocar: ¡un cuerpo!

Connie había recibido el impacto de la visión en el vientre, y lo sabía; estaba dentro de ella. Pero mentalmente tendía a ridiculizar la situación. ¡Un hombre lavándose en un corral! ¡Sin duda con un jabón de sebo maloliente! Estaba desconcertada; ¿por qué tenía que haberse entrometido en aquellas intimidades vulgares?

Se puso a caminar, alejándose de sí misma, pero tras un momento se sentó sobre un tocón. Estaba demasiado confusa para pensar. Pero en el torbellino de su confusión decidió que tenía que dar el aviso al hombre. No iba a fracasar. Le daría tiempo para que se vistiera, pero no tiempo suficiente para que se marchara. Probablemente se estaba preparando para ir a alguna parte.

Así que volvió lentamente, escuchando. Al llegar cerca de la casa todo tenía el mismo aspecto. Un perro ladró y ella llamó a la puerta. Le latía el corazón, a pesar de sí misma.

Oyó los pasos ligeros del hombre bajando la escalera. La puerta se abrió

repentinamente y ella se asustó. Él parecía incómodo, pero enseguida le vino una sonrisa a la cara.

—¡Lady Chatterley! —dijo—. ¡Pase, por favor!

Su comportamiento era tan natural y agradable que ella pasó el umbral y entró en la pequeña habitación inhóspita.

—Sólo he venido a traerle un aviso de Sir Clifford —dijo ella con voz suave y un tanto jadeante.

El hombre la miraba con aquellos ojos azules y penetrantes que le hicieron volver ligeramente la cara hacia un lado. Él la encontraba bien, casi hermosa en su timidez, y se convirtió enseguida en dueño de la situación.

—¿Quiere sentarse? —preguntó, suponiendo que ella no querría. La puerta estaba abierta.

—¡No, gracias! Sir Clifford dice si podría usted...

Y le dio el recado mirándole inconscientemente a los ojos de nuevo. Ojos que tenían ahora una expresión cálida y amable, especialmente para una mujer; maravillosamente cálidos, amables y tranquilos.

—Muy bien, excelencia. Me ocuparé enseguida de hacerlo.

Al aceptar una orden, toda su persona sufrió un cambio; miraba ahora con una especie de dureza y alejamiento. Connie dudaba; tenía que irse. Pero miró en torno, el cuarto limpio, ordenado, un tanto vacío, con un cierto desánimo.

—¿Vive aquí completamente solo? —preguntó.

—Completamente solo, excelencia.

—Pero ¿su madre...?

—Vive en su casa en el pueblo.

—¿Con la niña? —preguntó Connie.

—¡Con la niña!

Y su cara, corriente, un tanto gastada, pasó a tener una expresión indefinible de burla. Era una cara que cambiaba constantemente, incomprensible.

—No —dijo al ver que Connie estaba desconcertada—, mi madre viene los sábados y limpia esto; el resto me lo hago yo.

Connie volvió a mirarle. Sus ojos sonreían de nuevo, algo burlones, pero tiernos, azules y de alguna manera amables. Ella le miraba interrogante. Llevaba pantalones, camisa de franela y una corbata gris, el pelo suelto y húmedo, la cara un tanto pálida y fatigada. Cuando sus ojos dejaban de reír parecía como si hubieran sufrido mucho, pero sin perder su calor. Con todo, le rodeaba la palidez del aislamiento, ella no existía realmente para él.

Quería decir tantas cosas..., pero no dijo nada. Simplemente volvió a mirarle y añadió:

—Espero no haberle molestado.

La ligera sonrisa burlona estrechó sus ojos.

—Claro que no, sólo estaba peinándome. Siento haberme presentado sin

chaqueta, pero no tenía idea de quién estaba llamando. Aquí no llama nadie y lo inesperado siempre intranquiliza.

Salió delante de ella por el sendero del jardín para abrirla la puerta de la valla. En camisa, sin su burda chaqueta de pana, ella se dio cuenta de nuevo de su esbeltez, era delgado y algo cargado de espaldas. Y, sin embargo, al pasar a su lado había algo brillante y juvenil en su pelo claro y en la viveza de sus ojos. Debía tener treinta y siete o treinta y ocho años.

Avanzó lentamente hacia el bosque, sabiendo que él la miraba; la sacaba de sí a pesar de sus esfuerzos por controlarse.

Y él, mientras volvía a la casa, iba pensando:

—¡Es maravillosa, es real! ¡Es más maravillosa de lo que ella se imagina!

Ella no dejaba de pensar en él; no parecía un guarda, o en cualquier caso no tenía nada de obrero; aunque tenía algo en común con la gente del pueblo. Pero al mismo tiempo era muy diferente.

—El guardabosque, Mellors, es un tipo curioso —le dijo a Clifford—; casi podría ser un caballero.

—¿Ah, sí? —dijo Clifford—. No me había dado cuenta.

—¿Pero no crees que tiene algo especial? —insistió Connie.

—Creo que es un buen hombre, pero sé muy poco de él. Dejó el ejército el año pasado, hace menos de un año. Vino de la India, creo yo. Puede que aprendiera alguna cosilla allí, quizás estuvo de asistente de algún oficial y eso le haya pulido un poco. Pasa con algunos de los muchachos. Pero no sirve de nada, tienen que volver a su sitio cuando vuelven a casa.

Connie miró a Clifford contemplativamente. Vio en él el rechazo intransigente y típico contra cualquiera de las clases bajas que tenga oportunidades reales de ascenso; ella sabía que aquella era una característica de la gente de linaje.

—¿Pero no crees que hay algo especial en él? —preguntó ella.

—¡Francamente, no! Nada de lo que me haya dado cuenta.

La miró con curiosidad, incómodo, casi sospechando. Y ella presintió que le estaba ocultando la verdad; se estaba ocultando la verdad a sí mismo, eso era. Le disgustaba cualquier mención a un ser humano realmente excepcional. La gente tenía que estar más o menos a su nivel, o por debajo.

Connie advirtió de nuevo la estrechez y el miserabilismo de los hombres de su generación. ¡Estaban tan encorsetados, tan asustados de la vida!

CAPITULO 7

Cuando Connie subió a su dormitorio hizo lo que no había hecho en mucho tiempo: se quitó toda la ropa y se miró desnuda en el enorme espejo. No sabía qué miraba o qué buscaba con exactitud, pero, a pesar de todo, movió la lámpara hasta recibir la luz de lleno.

Y pensó, como había pensado tan a menudo, que el cuerpo humano desnudo es algo frágil, vulnerable y un tanto patético; ¡algo como inacabado, incompleto!

Se decía que había tenido una buena figura, pero ahora estaba fuera de moda: un poco demasiado femenina y no lo bastante como un adolescente. No era muy alta, más bien algo escocesa y baja, pero tenía una cierta gracia fluida y ligera que podría haber sido belleza. Su piel era ligeramente azafranada, sus miembros estaban provistos de una determinada tranquilidad, su cuerpo debería haber tenido una riqueza plena y móvil; pero le faltaba algo.

En lugar de madurar en sus firmes curvas descendentes, su cuerpo se iba aplanando y cobrando asperezas. Era como si no hubiera recibido bastante sol y calor; estaba grisáceo y falto de savia.

Desprovisto de su femineidad real, no había llegado a convertirse en un cuerpo de muchacho transparente y etéreo; en lugar de eso se había hecho opaco.

Sus pechos eran más bien pequeños y descendían en forma de pera. Pero no estaban maduros, con una cierta acidez y como colgando allí sin sentido. Y su vientre había perdido la tersura fresca y esférica que había tenido cuando era joven en los días de su amigo alemán, que la amaba de verdad físicamente. Entonces había sido joven y expectante, con una personalidad propia. Ahora su cuerpo se estaba destensando, haciendo plano, más delgado, pero con una delgadez floja. También sus muslos, que habían sido tan ágiles e inquietos en su redondez femenina, se estaban volviendo de alguna forma planos, desinflados, sin sentido.

Su cuerpo estaba perdiendo el sentido, apagándose y haciéndose opaco, un montón de materia insignificante. La hacía sentirse inmensamente deprimida y desesperada. ¿Qué esperanza le quedaba? Era vieja, vieja a los veintisiete años, sin brillo ni reflejos en la carne. Vieja por culpa del descuido y la renunciación, sí, renunciación. Las mujeres elegantes mantenían sus cuerpos brillantes como una porcelana delicada gracias a los cuidados externos. Dentro de la porcelana

no había nada; pero ella no tenía siquiera ese brillo exterior. ¡La vida intelectual! De repente sintió una rabia furiosa contra aquella estafa.

Se miró en el otro espejo que reflejaba su espalda, su cintura, el lomo. Estaba adelgazando, pero a ella no le sentaba bien. El pliegue de la cintura en la espalda, cuando se volvió a mirar, parecía fatigado; en otros tiempos había irradiado tal alegría... Y la larga caída de sus caderas y de sus nalgas había perdido el resplandor y el sentido de la riqueza. ¡Desaparecido! Sólo el joven alemán había amado aquel cuerpo y hacía casi diez años que estaba muerto. ¡Cómo pasaba el tiempo! Diez años muerto y ella tenía sólo veintisiete años. ¡Aquel muchacho con su sensualidad inexperta y fresca que ella había despreciado tanto! ¿Dónde encontrar algo así ahora? Era algo que los hombres habían perdido. Tenían sus espasmos patéticos de dos segundos, como Michaelis, pero no esa sensualidad humana saludable que da calor a la sangre y refresca a todo el ser.

Con todo ello pensaba que su parte más hermosa era la amplia y ondulante caída de las caderas desde el nacimiento de la espalda y la apacibilidad redonda y reposada de las nalgas. Como colinas de arena, dicen los árabes, suaves y en lento declive descendente. Allí había aún una vida latente a la espera. Pero también allí había adelgazado e iba perdiendo la madurez, agriándose.

La parte delantera de su cuerpo la desesperaba. Estaba empezando ya a plegarse, con una delgadez un tanto arrugada, casi marchita, envejeciendo antes de haber empezado realmente a vivir. Pensó en el niño que alguna vez podría tener. ¿Era capaz de tenerlo?

Se puso el camisón y se metió en la cama; lloró amargamente. Y en su amargura ardía una fría indignación contra Clifford, su literatura y sus conversaciones: contra todos los hombres de su clase que incluso llegaban a arrebatarse a una mujer su propio cuerpo.

¡Injusto! ¡Injusto! El sentido de la profunda injusticia física quemaba hasta el fondo de su alma.

De todas formas, por la mañana ya se había levantado a las siete y bajaba hacia la habitación de Clifford. Tenía que ayudarlo en todas las cosas íntimas, porque no tenía ningún mozo y se negaba a tener una criada. El marido del ama de llaves, que le conocía desde niño, le ayudaba y le sujetaba cuando había que levantarle a pulso; pero Connie se ocupaba de las cosas personales y lo hacía de buena gana. Era un gran esfuerzo, pero ella hacía lo que podía.

De modo que apenas dejaba Wragby, y nunca más de un día o dos; en esos casos la señora Betts, el ama de llaves, se ocupaba de Clifford. Para él, como es inevitable con el paso del tiempo, aquel servicio era algo natural. Y era natural que hubiera llegado a considerarlo así.

Y, sin embargo, muy dentro de sí, una impresión de injusticia, de sentirse estafada, había empezado a despertarse en Connie. El sentido físico de injusticia es un sentimiento peligroso una vez que aparece. Debe tener una vía de escape o

acaba devorando al que lo padece. No era culpa del pobre Clifford. A él le había tocado la peor suerte. Todo era parte de la catástrofe general.

Y aun así, ¿no tenía una parte de culpa? Aquella falta de afectos, aquella falta de ese contacto físico sencillo y cálido, ¿no era por su culpa? ¡Nunca era realmente afectuoso, ni siquiera amable, sólo retraído, considerado, de una forma fría y bien educada! Pero nunca cálido como un hombre puede ser cálido con una mujer, como lo era con ella incluso el padre de Connie, con el calor de un hombre que sólo piensa en sí mismo y lo hace conscientemente, pero que, a pesar de todo, podía confortar a una mujer con algo de su fuego masculino.

Pero Clifford no era así. Su raza toda no era así. Eran interiormente duros y aislados, y para ellos el afecto era simplemente algo de mal gusto. Había que resignarse sin su presencia y arreglarse cada uno como pudiera; algo que no estaba mal si uno pertenecía a la misma clase y a la misma raza. En ese caso podía uno mantener la frialdad y ser una persona apreciable, reprimir los sentimientos y sentir la satisfacción de reprimirlos. Pero si se era de otra clase y raza no había nada que hacer; no era nada divertido negarse a sí mismo y sentir al mismo tiempo que se pertenecía a la clase dominante. ¿Qué sentido tenía todo aquello cuando incluso la más depurada aristocracia estaba vacía de cualquier contenido positivo y su fuerza no era más que una farsa sin fuerza real en que apoyarse? ¿Qué sentido tenía? Una pura insensatez.

El rescoldo de la rebelión se avivaba en Connie. ¿Para qué servía todo aquello? ¿Cuál era la utilidad de su sacrificio, de su dedicar la vida a Clifford? ¿A qué cosa servía ella, después de todo? A un frío espíritu de vanidad, desprovisto de calor, de todo contacto humano, tan corrupto como el del más bajo de los judíos, muriendo de ganas de prostituirse a la diosa bastarda, la fama. Ni siquiera la suficiencia fría y sin contactos de Clifford, por pertenecer a la clase dominante, podía evitar que corriera tras la diosa bastarda con la lengua babeante. Después de todo, Michaelis lo llevaba con más dignidad y con mucho mayor éxito. En realidad, si se analizaba detenidamente a Clifford, era un bufón, y ser un bufón es mucho más humillante que ser vulgar.

Si se comparaban los dos hombres, Michaelis le había sido mucho más útil que Clifford. Incluso la necesitaba más. ¡Cualquier buena enfermera puede cuidar unas piernas paráliticas! En cuanto al esfuerzo heroico, Michaelis era una rata valiente y Clifford era muy parecido a un perro faldero que ladra para demostrar un valor que no tiene.

Había invitados en la casa, entre ellos una parienta de Clifford, la tía Eva, Lady Bennerley. Era una mujer delgada, de sesenta años, con la nariz colorada, viuda, y todavía con algo de grande dame. Pertenecía a una de las mejores familias y lo aparentaba exteriormente. A Connie le gustaba porque era enormemente sencilla y franca, hasta donde quería ser franca, y superficialmente amable. En su interior era una maestra consumada en el arte de

mantenerse en su terreno y considerar al resto de la gente un poco por debajo de ella. Estaba demasiado segura de sí misma para ser pretenciosa. Era perfecta en el deporte social de mantenerse fríamente en su sitio y dejar que fueran los demás quienes tuvieran que dar el primer paso hacia ella.

Era amable con Connie y trataba de penetrar en su alma de mujer con el agudo taladro de sus bien educadas observaciones.

—En mi opinión eres maravillosa —le dijo a Connie—. Has hecho milagros con Clifford. Nunca había visto ningún brote de genio en él, y ahí lo tienes, causando furor.

Tía Eva estaba complacientemente orgullosa del éxito de Clifford. ¡Una pluma más en el penacho de la familia! Le importaban un comino sus libros, pero ¿por qué habían de importarle?

—Oh, no creo que me lo deba a mí —dijo Connie.

—¡Seguro que sí! No puede ser nadie más. Y me parece que no recibes a cambio lo que mereces.

—¿Cómo?

—Mira cómo vives aquí, encerrada. Le he dicho a Clifford: ¡Si esa criatura se rebela un día, la culpa será tuya!»

—Pero Clifford nunca me niega nada —dijo Connie.

—Mira, querida —y Lady Bennerley puso su fina mano sobre el brazo de Connie—, una mujer tiene que vivir su vida, o vivir para arrepentirse de no haberla vivido. ¡Créeme!

Y tomó otro sorbo de coñac, que era quizás su forma de arrepentimiento.

—Pero yo vivo mi vida, ¿no?

—En mi opinión no. Clifford debería llevarte a Londres y dejar que te movieras por allí. Ese tipo de amigos que tiene están bien para él, pero ¿qué son para tí? Si yo fuera tú, pensaría que no basta con eso. Dejarás pasar la juventud y pasarás la vejez y la madurez arrepintiéndote.

La excelentísima señora cayó en un silencio contemplativo suavizado por el coñac.

Pero a Connie no le entusiasmaba la idea de ir a Londres y dejarse guiar entre el gran mundo por Lady Bennerley. No le parecía su sitio ni lo encontraba interesante. Y presentía la frialdad característica y marchita de todo aquello; como la tierra de Labrador, poblada de florecillas alegres en la superficie y helada treinta centímetros más abajo.

Estaban en Wragby Tommy Dukes, otro hombre, Harry Winterslow, y Jack Strangeways con su mujer, Olive. La conversación era mucho más deshilvanada que cuando estaban solos los amigos, y todo el mundo andaba algo aburrido porque hacía mal tiempo y no había más que el billar y la pianola para el baile.

Olive estaba leyendo un libro sobre el futuro: los niños nacerían en probetas y las mujeres estarían « inmunizadas » .

—¡Será una maravilla! —decía ella—. Una mujer podrá vivir entonces su propia vida.

Strangeways quería tener hijos y ella no.

—¿Te gustaría estar inmunizada? —le preguntó Winterslow con una sonrisa malvada.

—Creo que lo estoy por naturaleza —dijo ella—. En cualquier caso, el futuro tendrá más sentido y una mujer no se verá aplastada por sus funciones.

—Quizás desaparezcan todas flotando en el espacio —dijo Dukes.

—Yo creo que una civilización avanzada debería eliminar muchas de las limitaciones físicas —dijo Clifford—. Todo eso del amor, por ejemplo, podría desaparecer sin más. Y supongo que desaparecería si pudiéramos fabricar niños en tubos de ensayo.

—¡No! —gritó Olive—. Lo que eso haría es dejar más sitio para la diversión.

—Supongo —dijo Lady Bennerley pensativa— que si desapareciera el amor, alguna otra cosa vendría a sustituirlo. La morfina, quizás. Un poco de morfina flotando en el aire. Sería muy refrescante para todo el mundo.

—¡El gobierno echando éter al aire los sábados para que pasemos bien el fin de semana! —dijo Jack—. No suena mal, ¿pero dónde estaríamos el miércoles?

—En la medida en que uno puede olvidarse del cuerpo es feliz —dijo Lady Bennerley—. Y en el momento en que uno empieza a ser consciente de su cuerpo es desgraciado. Así que si la civilización vale de algo, tiene que ayudarnos a olvidar nuestros cuerpos y entonces el tiempo pasaría felizmente, sin que nosotros nos diéramos cuenta.

—Una ayuda para librarnos de nuestros cuerpos por completo —dijo Winterslow—. Ya es hora de que el hombre comience a perfeccionar su propia naturaleza, especialmente su lado físico.

—Imaginad si flotáramos como el humo del tabaco —dijo Connie.

—No hay miedo de que eso suceda —dijo Dukes—. Nuestra farsa será un fracaso; nuestra civilización se derrumba. Está cayendo por un pozo sin fondo a lo más profundo del abismo. ¡Y creedme, el único puente para cruzar el abismo es el falo!

—¡Sí, por favor! ¡Diga usted burradas, general! —exclamó Olive.

—Creo que nuestra civilización se acaba sin remedio —dijo tía Eva.

—¿Y qué vendrá después? —preguntó Clifford.

—No tengo ni la menor idea, pero algo, supongo —dijo la vieja dama.

—Connie dice que bocanadas de humo, y Olive dice que mujeres inmunizadas y niños en probetas, y Dukes dice que el falo es el puente para lo que venga después. Me pregunto qué será de verdad —dijo Clifford.

—¡No os preocupéis! Vivamos el día de hoy —dijo Olive—. Daos prisa sólo con la probeta para niños y dejadnos a las pobres mujeres en paz.

—Incluso podría haber hombres de verdad en la próxima fase —dijo Tommy

—. ¡Hombres de verdad, inteligentes, completos, y hermosas mujeres completas! ¿No sería ese un cambio, un tremendo cambio con respecto a nosotros? Nosotros no somos hombres y las mujeres no son mujeres. No somos más que sustitutivos cerebrales, experimentos mecánicos e intelectuales. Podría incluso llegar una civilización de hombres y mujeres auténticos, en lugar de nuestra camarilla de loros resabidos con una edad mental de siete años. Eso sería más impresionante que los hombres de humo o los niños de probeta.

—Oh, cuando los hombres empiezan a hablar de mujeres de verdad, yo abandono —dijo Olive.

—Lo cierto es que lo único que vale algo de nosotros es el espíritu —dijo Winterslow.

—¡Los espirituosos! —dijo Jack, bebiéndose su whisky con soda.

—¿Tú crees? ¡Yo me quedo con la resurrección del cuerpo! —dijo Dukes—. Pero llegará a su tiempo, cuando nos hayamos librado un poco de ese peso del cerebro, del dinero y lo demás. Entonces tendremos una democracia del contacto en lugar de una democracia del bolsillo.

Algo de aquello produjo un eco en Connie:

—¡Dadme la democracia del contacto, la resurrección del cuerpo!

No sabía qué quería decir, pero le producía un cierto alivio, como sucede a veces con las cosas sin sentido. De cualquier manera, todo era terriblemente estúpido y llegaba a exasperarla y aburrirla, Clifford, tía Eva, Olive, Jack, Winterslow e incluso Dukes. ¡Palabras, palabras, palabras! ¡Era un infierno aquel machaconeo continuo!

Luego, cuando todos marcharon, no por eso mejoraron las cosas. Ella siguió con aquellos paseos sin rumbo fijo, pero la exasperación y la irritación se habían apoderado de la parte inferior de su cuerpo y no había escapatoria. Los días parecían desgranarse en un extraño dolor, a pesar de que no sucedía nada. Sólo que ella adelgazaba; hasta el ama de llaves se dio cuenta y le preguntó cómo se encontraba. Incluso Tommy Dukes insistió en que debía tener algo, aunque ella contestó que se encontraba bien. Pero empezó a tener miedo de las macabras tumbas blancas, con esa desagradable blancura típica del mármol de Carrara, detestable como los dientes postizos, clavadas en la ladera de la colina al lado de la iglesia de Tevershall y cuya vista desde el parque le producía un agrio dolor. El erizamiento de los horribles dientes postizos sobre la colina la aterrorizaba sin medida. Presentía que no estaba lejos el momento en que la enterrarían allí, como un miembro más de la siniestra horda que yacía bajo las tumbas y panteones de aquellos sucios Midlands.

Necesitaba ayuda y lo sabía: escribió un pequeño *cri du coeur* a su hermana Hilda:

—No me siento bien últimamente y no sé qué me pasa.

Hilda acudió de Escocia, donde había sentado sus reales. Llegó en marzo,

sola, conduciendo un ágil dos plazas. Apareció sendero arriba tocando el claxon por la pendiente, describiendo luego una curva cerrada en torno al óvalo de césped frente a la casa, donde crecían dos hayas silvestres.

Connie había salido corriendo hacia la escalinata. Hilda detuvo su coche, salió y besó a su hermana.

—¡Pero Connie! —gritó—. ¿Qué es lo que pasa?

—¡Nada! —dijo Connie algo avergonzada; pero al compararse con Hilda se dio cuenta de lo que había sufrido.

Ambas hermanas tenían la misma piel dorada y brillante, pelo castaño suave y un físico cálido y fuerte por naturaleza. Pero Connie estaba ahora delgada, de un color terroso, con un cuello enjuto y amarillento que sobresalía de la blusa.

—¡Pero tú estás enferma, hija! —dijo Hilda con una voz suave y como jadeante que tenían en común las hermanas. Hilda era casi, pero no del todo, dos años mayor que Connie.

—No, enferma no. Aburrimiento quizás —dijo Connie con un cierto patetismo.

El ánimo dispuesto a la batalla se traslució en la cara de Hilda. Era suave y tranquila, pero con ese antiguo carácter de amazona que no está hecho para amoldarse a los hombres.

—¡Este sitio horrible! —dijo en voz baja, mientras observaba al pobre, viejo y ajado Wragby con verdadero odio.

Ella tenía el aspecto suave y terso de una pera madura y era una amazona de antigua raza.

Se acercó en silencio a Clifford. Él pensó que era hermosa, pero se retuvo. La familia de su mujer no tenía sus modales ni su idea de la etiqueta. Los consideraba un tanto extraños a su círculo, pero una vez que lograban superar la línea divisoria que les separaba, le hacían pasar por el aro.

Él permanecía rígido y cortés en su silla, con su pelo fino y rubio, la piel fresca, los ojos azul pálido y algo saltones, la expresión indescifrable pero educada. A Hilda aquello le parecía pobre y estúpido como situación; él seguía esperando. Tenía aspecto de aplomo, pero a Hilda no le importaba de qué tuviera aspecto; estaba en pie de guerra y le habría dado igual encontrarse ante el papa o el emperador.

—Connie tiene un aspecto lamentable —dijo con su voz suave, mirándole con sus ojos hermosos y ardientes. Al igual que Connie, tenía un aire absolutamente virginal; pero él reconoció el tono de la obstinación escocesa bajo aquella voz.

—Está un poco más delgada —dijo él.

—¿Y no has pensado en hacer nada?

—¿Te parece necesario? —preguntó él con su más sibilina rigidez inglesa; ambas propiedades suelen ir juntas.

Hilda le miró fijamente sin responder; la ingeniosidad no era su fuerte, ni el

de Connie; sólo le miró, y aquello le puso a él en una situación más violenta que si le hubiera dicho algo.

—La llevaré a ver a un médico —dijo Hilda tras una pausa—. ¿Sabes de alguno bueno por aquí?

—Me temo que no.

—Entonces la llevaré a Londres, donde tenemos un médico de nuestra confianza.

A pesar de estar ciego de rabia, Clifford no dijo nada.

—Supongo que no importa que me quede esta noche —dijo Hilda quitándose los guantes—, y me la llevaré mañana.

Clifford estaba amarillo de furor y por la noche el blanco de los ojos se le había puesto amarillo también. Su hígado se resentía. Pero Hilda permaneció inquebrantablemente modesta y virginal.

—Deberías encontrar una enfermera o alguien que te cuide personalmente. En realidad deberías tener un ayuda de cámara —dijo Hilda mientras tomaban café tras la cena en un ambiente de aparente calma. Ella hablaba en su estilo suave y aparentemente cortés, pero para Clifford era como si le estuviera dando en la cabeza con un mazo.

—¿Tú crees? —dijo fríamente.

—¡Estoy segura! Es necesario. O eso, o papá y yo nos tendremos que llevar a Connie por unos meses. Esto no puede seguir.

—¿Qué es lo que no puede seguir?

—¿Pero no te has fijado en la criatura? —preguntó Hilda mirándole de lleno a los ojos. En aquel momento Clifford parecía un enorme langostino cocido; al menos eso pensaba ella.

—Connie y yo discutiremos el asunto —dijo él.

—Yo ya lo he discutido con ella —dijo Hilda.

Clifford había estado durante mucho tiempo en manos de enfermeras; las detestaba porque le privaban de cualquier tipo de intimidad. ¡Y un ayuda de cámara...! No podía soportar tener a un hombre alrededor. Casi mejor una mujer, la que fuera. ¿Pero por qué no Connie?

Las dos hermanas se pusieron en marcha por la mañana. Connie, acurrucada al lado de Hilda, que llevaba el volante, parecía un cordero de Pascua. Sir Malcolm estaba fuera, pero la casa de Kensington estaba abierta.

El doctor examinó cuidadosamente a Connie y le hizo todo tipo de preguntas sobre su vida.

—A veces veo su fotografía y la de Sir Clifford en las revistas ilustradas. Son casi dos celebridades, ¿no? Eso es lo que pasa con las buenas chicas cuando crecen, aunque usted sigue siendo una niña a pesar de las revistas ilustradas. ¡No, no! Orgánicamente está todo bien, pero no podemos seguir así. ¡No se puede!

Dígale a Sir Clifford que tiene que traerla a Londres, o llevarla al extranjero

y distraerla. ¡Tiene usted que divertirse, es necesario! Su vitalidad está demasiado deprimida; no le quedan reservas ningunas. Los nervios del corazón están ya en un estado muy extraño: absolutamente. Nervios, eso es todo; un mes en Cannes o en Biarritz la dejaría nueva. Pero esto hay que acabarlo, hace falta un cambio, se lo aseguro, o no respondo de las consecuencias. Está usted malgastando su vida sin renovarla. Tiene que distraerse, divertirse bien y sanamente. Está usted gastando su vitalidad sin adquirir vitalidad ninguna. Esto no puede seguir así, ¿me entiende? ¡Depresión! ¡Evite la depresión!

Hilda apretó las mandíbulas, un gesto excesivo para ella.

Michaelis se enteró de que estaban en Londres y se presentó corriendo, con rosas.

—¿Pero qué es lo que pasa? —exclamó—. Eres una sombra de ti misma. ¡En mi vida he visto un cambio así! ¿Por qué no me has contado nada? ¡Vente conmigo a Niza! ¡Vamos a Sicilia! Decídete, ven conmigo a Sicilia. Ahora es una maravilla estar allí. ¡Te falta sol! ¡Te falta vida! ¡Te estás dejando estropear! ¡Vente conmigo! Iremos a África. ¡Al cuerno con Sir Clifford! Déjale plantado y vente conmigo. Me casaré contigo en cuanto él se divorcie. ¡Vente y tratemos de vivir! ¡Santo cielo! Ese sitio, Wragby, mataría a cualquiera. ¡Un sitio absurdo, podrido! ¡Acabaría con cualquiera! ¡Vente conmigo, vamos al sol! Sol es lo que te hace falta, desde luego, y un poco de vida normal.

Pero en la cabeza de Connie no entraba la idea de abandonar a Clifford en aquel momento. No podía hacerlo. ¡No...! No podía de ninguna manera. Tenía que volver a Wragby.

Michaelis estaba enfadado. A Hilda no le gustaba Michaelis, pero casi lo prefería a Clifford. Las dos hermanas volvieron a los Midlands.

Hilda habló con Clifford, que todavía tenía las pupilas amarillas a su vuelta. También él, a su manera, estaba abrumado; pero tuvo que oír todo lo que Hilda tenía que decirle, lo que había dicho el médico, no lo que había dicho Michaelis, desde luego, y escuchó en silencio el ultimátum.

—Esta es la dirección de un buen ayuda de cámara que sirvió a un paciente inválido del médico hasta que murió el mes pasado. Es de confianza y aceptaría casi seguro.

—Pero yo no soy un inválido y no quiero tener un ayuda de cámara —dijo Clifford como un pobre diablo.

—Y aquí tienes las direcciones de dos mujeres; a una de ellas la he visto y serviría muy bien; es una mujer de unos cincuenta años, callada, fuerte, amable y culta a su manera...

Clifford sólo frunció el ceño y no contestó nada.

—Muy bien, Clifford, si de aquí a mañana no decidimos algo, telefonearé a papá y nos llevaremos a Connie.

—¿Ella está dispuesta a irse? —preguntó Clifford.

—No le gustaría, pero sabe que tiene que hacerlo. Mamá murió de un cáncer producido por las preocupaciones. No vamos a correr ningún riesgo.

Al día siguiente Clifford sugirió a la señora Bolton, la enfermera de la parroquia de Tevershall. La idea se le había ocurrido, al parecer, a la señora Betts. La señora Bolton iba a dejar su cargo en la parroquia para dedicarse a enfermera privada. Clifford tenía un raro miedo a ponerse en manos de un extraño, pero aquella señora Bolton le había cuidado durante una escarlatina y ya la conocía.

Las dos hermanas fueron a ver inmediatamente a la señora Bolton en una de una serie de casas adosadas no poco elegantes para Tevershall. Se encontraron con una mujer de bastante buen aspecto y de unos cuarenta años con uniforme de enfermera, cuello blanco y delantal; estaba preparándose el té en un pequeño salón demasiado lleno de muebles.

La señora Bolton era muy atenta y educada y parecía bastante agradable; hablaba con un pesado acento local, pero en un inglés muy correcto, y habiéndose hecho obedecer por los mineros enfermos durante muchos años, había adquirido muy buena opinión de sí misma y un gran aplomo. En resumen, y dentro de aquel pequeño mundo, pertenecía a la clase dirigente del pueblo y era muy respetada.

—¡Sí, Lady Chatterley no tiene buena cara! Ella que era todo salud, ¿no es cierto? ¡Pero ha ido de mal en peor durante el invierno! Duro, muy duro de aguantar. ¡Pobre Sir Clifford! Eh, esa guerra ha tenido la culpa de muchas cosas.

La señora Bolton estaba dispuesta a ir inmediatamente a Wragby si el doctor Shardlow podía prescindir de ella. Le quedaban quince días como enfermera parroquial, pero podrían encontrar quien la sustituyera, ¿no les parece?

Hilda fue a ver al doctor Shardlow enseguida y al domingo siguiente la señora Bolton llegó a Wragby con dos maletas en el coche de Leiver. Hilda habló con ella; la señora Bolton siempre estaba dispuesta a hablar. ¡Y parecía tan joven! Sus mejillas pálidas enrojecían fácilmente de pasión. Tenía cuarenta y siete años.

Su marido, Ted Bolton, había muerto en la mina veintidós años antes, hacía veintidós Navidades, en Navidad justamente, dejándola con dos niñas, una de ellas todavía un bebé. Oh, el bebé, Edith, estaba casada ahora con un joven de la farmacia de Boots Cash en Sheffield. La otra era maestra de escuela en Chesterfield; venía a casa los fines de semana, cuando no la invitaban a salir. La gente joven sabía divertirse ahora, no como cuando ella, Ivy Bolton, era joven.

Ted Bolton tenía veintiocho años cuando murió en una explosión en el pozo. El compañero que iba delante les gritó que se tiraran rápidamente a tierra; eran cuatro. Y todos lo hicieron, menos Ted; allí murió. Más tarde, en la investigación, la patronal mantuvo que Ted había tenido miedo y trató de huir sin obedecer las órdenes, así que en realidad había sido culpa suya. Conque la indemnización fue sólo de trescientas libras y la concedieron más como regalo que como

indemnización legal, porque había sido realmente culpa del trabajador. Y se negaron a entregárselo de una vez; ella quería poner una pequeña tienda. ¡Pero ellos dijeron que lo malgastaría sin duda, quizás en bebida! Así que lo fue recibiendo en pagos de treinta chelines a la semana. Sí, tenía que ir todos los lunes por la mañana a la oficina y esperar allí un par de horas a que llegara su turno; sí, durante casi cuatro años tuvo que ir todos los lunes. ¿Y qué podía hacer con dos niñas pequeñas a su cargo? Pero la madre de Ted se portó muy bien con ella. Cuando la pequeña empezó a andar un poco, se quedaba con las dos niñas durante el día mientras ella, Ivy Bolton, iba a Sheffield a hacer un curso de auxiliar de ambulancia y al cuarto año pudo hacer incluso el curso de enfermera y recibir el título. Estaba dispuesta a independizarse y hacerse cargo de sus hijas. Así que durante algún tiempo fue ayudante en el Hospital Uthwaite, una pequeña institución. Pero cuando la Compañía de Minas de Tevershall, en realidad Sir Geoffrey, vio que podía abrirse camino por sí misma, se portaron muy bien con ella, la dieron la enfermería de la parroquia y la apoyaron, eso había que decirlo en su favor. Y eso es lo que había hecho desde entonces; sólo que ahora ya era demasiado trabajo para ella; necesitaba algo menos agobiante; era un trote excesivo el de una enfermera de distrito.

—Sí, la Compañía se ha portado muy bien conmigo, siempre lo digo. Pero nunca olvidaré lo que dijeron de Ted, porque era el hombre más decidido y más valiente que ha bajado nunca a la galería, y lo que dijeron era como llamarle cobarde. Claro que estaba muerto y no podía contestarles.

La mujer se expresaba con una extraña mezcla de sentimientos al hablar. Quería a los mineros, a quienes había cuidado durante tanto tiempo; pero se sentía muy superior a ellos. Se sentía casi de clase alta; pero al mismo tiempo había en ella un resentimiento contra la clase dominante. ¡Los amos! En una disputa entre los amos y los hombres, ella estaba siempre a favor de los hombres. Pero cuando no había confrontación alguna, deseaba ardientemente ser superior, pertenecer a la clase alta. Las clases altas la fascinaban, despertando en ella esa típica pasión inglesa por la distinción y la superioridad. La emocionaba ser recibida en Wragby; ¡la emocionaba hablar con Lady Chatterley, tan diferente, lo aseguro, a las vulgares mujeres de los mineros! Lo decía así, llanamente. Y sin embargo podía advertirse en ella un resentimiento contra los Chatterley; el resentimiento contra los amos.

—¡Claro, naturalmente, era demasiado para Lady Chatterley! Qué suerte haber tenido una hermana dispuesta a ayudarla. Los hombres no piensan, ni los de arriba ni los de abajo; creen que una mujer está obligada a servirles porque sí. Se lo he dicho bien claramente a los mineros muchas veces. Pero es muy duro para Sir Clifford, sabe, estando paralítico como está. Siempre fueron una familia orgullosa, un poco por encima de los demás, y tienen derecho a serlo. ¡Claro que encontrarse ahora en esa situación...! Y eso es duro para Lady Chatterley, quizás

peor que para él. ¡Todo lo que echará de menos! Yo sólo tuve a Ted tres años, pero le aseguro que mientras le tuve fue un marido del que no podré olvidarme nunca. De los que entran pocos en una docena y más alegre que nadie. ¿Quién iba a pensar que moriría? Incluso hoy me cuesta trabajo creerlo; no me lo creía ni cuando tuve que lavarle con mis propias manos. Para mí no había muerto nunca. No me ha cabido nunca en la cabeza.

Aquella era una voz nueva en Wragby, desacostumbrada para Connie, y hasta despertó en ella una nueva forma de escuchar.

Sin embargo, durante la primera semana o así, la señora Bolton estaba muy callada; perdió su seguridad y su costumbre de dar órdenes, estaba nerviosa. Con Clifford era tímida y silenciosa, casi asustadiza. A él le gustaba aquello y pronto recuperó la seguridad en sí mismo, dejando que le sirviera sin siquiera darse cuenta de su existencia.

—Es como un mueble útil —dijo.

Connie abrió los ojos asombrada, pero no le llevó la contraria. ¡Tan diferentes son las impresiones de dos personas distintas!

Y pronto llegó a adoptar una actitud de soberbia, un tanto de señor feudal, ante la enfermera. Ella casi lo había esperado y él representaba el papel sin saberlo. ¡Tan grande es nuestra tendencia a hacer lo que se espera de nosotros! Y así los mineros habían sido como niños al hablar con ella y contarle lo que les dolía, mientras ella les vendaba o les cuidaba. Siempre la habían hecho sentirse grandiosa, casi sobrehumana, al darles la medicina. Ahora Clifford la hacía sentirse mínima y como una sirvienta y ella lo aceptaba sin decir una palabra, amoldándose a las clases superiores. Se acercaba en perfecto silencio, con su cara alargada y hermosa, los ojos bajos, a llevarle los medicamentos. Y decía con una gran humildad: «¿Puedo hacer esto, Sir Clifford? ¿Puedo hacer lo otro?»

—No, déjelo de momento, y a le diré cuándo hay que hacerlo.

—Muy bien, Sir Clifford.

—Y llévese esos papelajos, por favor.

—Muy bien, Sir Clifford.

Salía sin hacer ruido y a la media hora volvía en el mismo silencio. La humillaban, pero no le importaba. Estaba conociendo a la aristocracia. Ni tenía rencor a Sir Clifford ni le desagradaba; era simplemente parte de un fenómeno natural, el fenómeno de las gentes de clase alta a las que hasta entonces no había conocido, pero que ahora había que conocer. Se sentía más a gusto con Lady Chatterley, y, después de todo, es la señora de la casa quien realmente importa.

La señora Bolton ayudaba a Clifford a acostarse por la noche y dormía al otro lado del pasillo frente a su habitación; si la llamaba por la noche, se levantaba a atenderle. Le ayudaba también por la mañana y pronto llegó a servirle por completo, llegando incluso a afeitarse a su manera delicada e indecisamente femenina. Trabajaba bien y eficazmente y pronto aprendió a

tenerle en su poder. Después de todo no era tan diferente a los mineros en el momento de enjabonarle la barquilla y pasar la brocha sobre el jabón. La distancia y la falta de comunicación no le importaban; estaba pasando por una nueva experiencia.

Sin embargo, y en su interior, Clifford nunca llegó a perdonar a Connie del todo por haber dejado su cuidado personal y haberlo puesto en manos de una extraña que lo hacía por dinero. Había matado, se decía, la verdadera flor de la intimidad entre ellos dos. Pero a Connie no le importaba. La hermosa flor de su intimidad era para ella un tanto como una orquídea, un bulbo parásito introducido en el árbol de su vida y que, en su opinión, producía una flor más bien desvaída.

Ahora disponía de más tiempo para sí, podía tocar suavemente el piano en su habitación y cantar: No toques la ortiga... que los lazos del amor no se pueden soltar. No se había dado cuenta hasta hacía poco de lo difíciles que eran de desatar aquellos lazos del amor. ¡Pero gracias a Dios ella lo había hecho! La llenaba de felicidad estar sola, sin tener que hablar con él todo el tiempo. Cuando estaba solo daba, y daba, y daba sobre las teclas de la máquina, hasta el infinito. Pero cuando no estaba «trabajando» y la tenía a ella allí, hablaba, siempre hablaba; análisis infinitos y minuciosos de gente, motivaciones, resultados, caracteres y personalidades, hasta acabar por aburrirla. Durante años le había gustado, luego la había aburrido y de repente le pareció insoportable. Estaba contenta de estar sola.

Era como si miles y miles de pequeñas raíces e hilos de consciencia en él y ella hubieran ido creciendo entrelazados en una maraña a la que se le había acabado el espacio de crecimiento y ahora la planta estuviera muriendo. Ahora, con paciencia y sutilmente, ella iba desentrelazando aquella maraña, rompiendo con cuidado los hilos uno a uno con la constancia y la impaciencia de liberarse. Pero las ataduras de un amor así son más difíciles de deshacer que la mayor parte de las ligaduras; a pesar de que la llegada de la señora Bolton había significado una gran ayuda.

Pero él seguía deseando disfrutar de las antiguas charlas con Connie al atardecer: charlar o leer en voz alta. Sólo que ahora podía arreglárselas ella para que la señora Bolton entrara a las diez a interrumpirles. A las diez en punto Connie podía subir a su habitación y estar sola. Clifford quedaba en buenas manos con la señora Bolton.

La señora Bolton comía con la señora Betts en el salón del ama de llaves, puesto que se llevaban bien todos. Y era curioso que las habitaciones del servicio parecieran estar ahora mucho más cerca; parecían haber llegado a las mismas puertas del estudio de Clifford, cuando antes eran algo tan remoto. Porque la señora Betts iba a veces a la habitación de la señora Bolton y Connie las oía hablar en voz apagada y sentía de alguna forma la vibración fuerte y diferente de las clases trabajadoras invadiendo casi el cuarto de estar cuando ella y

Clifford estaban solos. Tanto había cambiado Wragby con la simple llegada de la señora Bolton.

Y Connie se sintió aliviada, en otro mundo, respiraba de otra manera. Pero la intranquilizaba aún cuántas de sus raíces, quizás vitales, seguían sin separarse de las de Clifford. Y sin embargo respiraba con mayor libertad, iba a comenzar una nueva fase de su vida.

CAPITULO 8

La señora Bolton extendía también sobre Connie su manto protector, dándose cuenta de que tenía que incluirla en sus cuidados femeninos y profesionales. Siempre estaba azuzando a su excelencia para que saliera a pasear, fuera en coche a Uthwaite, le diera el aire. Porque Connie había adquirido la costumbre de sentarse en silencio ante la chimenea, fingiendo leer o coser un poco, sin salir casi nunca.

Fue un día de viento, poco después de que Hilda se hubiera marchado, cuando la señora Bolton dijo:

—¿Por qué no sale usted a dar un paseo por el bosque y a ver los narcisos al otro lado de la casa del guarda? Es lo más hermoso que hay. Y puede traerse algunos para la habitación; los narcisos salvajes tienen siempre un aspecto tan alegre, ¿verdad?

A Connie le pareció bien, incluso lo de salvajes en lugar de silvestres. ¡Narcisos silvestres! Después de todo, no se podía vivir tan encerrada en sí misma. Venía la primavera... *Volverán las estaciones, y a mí no vuelve el día, ni se acercan, dulces, la noche o la mañana.*

¡Y el guardabosque, con su cuerpo fino y blanco como el pistilo solitario de una flor invisible! Había llegado a olvidarle en su indescriptible depresión. Pero ahora había algo que despertaba... *Pálido, más allá del umbral y la puerta...* Había que traspasar umbrales y puertas.

Estaba más fuerte, podía andar mejor, y en el bosque el viento no era tan fatigante como había sido su azote al atravesar el parque. Quería olvidar; olvidar el mundo y toda aquella gente horrible con cuerpo de carroña. ¡Has de nacer de nuevo! ¡Creo que el cuerpo resucita! A no ser que el grano caiga a tierra y muera, volverá a germinar sin duda. ¡Cuando brote el azafrán, también yo me alzaré y veré el sol! Al viento de marzo, un desfile infinito de versos recorrió su mente.

Pequeñas ráfagas de sol iban y venían, con una extraña brillantez, iluminando los ranúnculos de los confines del bosque, bajo los avellanos, con una luminosidad amarilla. Y el bosque estaba silencioso, muy silencioso, pero agitado por el sol en sus apariciones y desapariciones. Habían brotado las primeras anémonas y todo el bosque parecía blanqueado por la infinidad de flores que salpicaban el agitado

suelo. El mundo blanqueado por tu aliento. Pero esta vez era el aliento de Perséfona; había salido del infierno en una mañana fría. Llegaban ráfagas de aire frío y arriba se oía la furia del viento enredado en las ramas. También el viento se sentía atrapado y trataba de liberarse como Absalón. Qué frío parecían tener las anémonas alzando sus hombros blancos y desnudos sobre el miriñaque de una falda de verdor. Pero lo aguantaban. Junto al sendero también las primeras primulas desvaídas y capullos amarillos que se abrían.

Arriba el furor del viento y el temblor de las ramas, abajo sólo las frías corrientes. Connie se sentía extrañamente excitada en el bosque, le vino el color a las mejillas y ardía el azul de sus ojos. Avanzaba con dificultad, recogiendo algunas primulas y las primeras violetas de un olor dulce y frío; dulce y frío. Y vagabundeo sin saber dónde estaba.

Hasta llegar al claro, al final del bosque, y ver la casa de piedra con verdín, de un aspecto casi rosado como la carne bajo la copa de una seta, con la cantería templada por un rayo de sol. Y había un brillo de jazmín amarillo junto a la puerta; la puerta cerrada. Pero ni un ruido; la chimenea sin humo; ningún ladrido de perro.

Fue en silencio hacia la parte trasera, donde se alzaba el terraplén; tenía una excusa, ver los narcisos.

Y allí estaban aquellas flores de tallo corto, doblándose, balanceándose y temblando, tan brillantes y vivas, sin poder ocultar sus caras al volverlas de espaldas al viento.

Sacudían sus brillantes y soleados harapos en ataques de malestar. Pero quizás les gustaba realmente; quizás disfrutaban con el castigo.

Constance se sentó con la espalda contra un pino de pocos años que se apretaba contra ella con una extraña vida, elástico, fuerte y erecto. ¡Aquella cosa rígida y viva con la copa al sol! Y veía los narcisos teñirse de amarillo en un rayo de sol que calentaba su regazo y sus manos. Olía incluso el ligero y alquitranado aroma de las flores. Y luego, tan tranquila y solitaria, le pareció que ella misma se zambullía en la corriente de su propio destino. Había estado sujeta por una cuerda, dando tumbos y bandazos como una barca fija a las amarras; ahora estaba libre y a flote.

La luz del sol cedió al frío; en la sombra los narcisos se doblaban silenciosamente. Así permanecerían todo el día y a lo largo de la fría noche, tan fuertes en su fragilidad.

Se levantó algo rígida, cortó algunos narcisos y comenzó a bajar. No le gustaba cortar las flores, pero quería una o dos que le hicieran compañía. Tendría que volver a Wragby y sus muros y ahora no podía soportarlo, especialmente los gruesos muros. ¡Muros! ¡Siempre muros! Y sin embargo eran necesarios con aquel viento.

Cuando llegó a casa, Clifford le preguntó:

—¿A dónde has ido?

—¡Atravesando el bosque! Mira los pequeños narcisos. ¿No son adorables? ¡Y pensar que salen de la tierra!

—Y del aire y del sol —dijo él.

—Pero están modelados en la tierra —replicó ella, llevándole la contraria con tanta rapidez que se sorprendió un poco.

A la tarde siguiente volvió al bosque. Siguió el amplio sendero que culebreaba entre los alerces hasta llegar a una fuente llamada John's Well. Hacía frío en aquella ladera de la colina y no crecía ni una flor a la sombra de los alerces. Pero el helado manantial brotaba de su lecho de guijarros limpios, de un blanco rojizo. ¡Tan frío y tan claro! ¡Brillante! El guarda nuevo había colocado allí sin duda guijarros limpios. Escuchó el leve tintineo del agua que rebosaba lentamente y resbalaba por la pendiente. Incluso por encima del rumor silbante del bosque de alerces que extendía su oscuridad erizada, sin hojas, lobuna, sobre la pendiente, se oía el susurro de pequeñas campanitas de agua.

Aquel lugar era un poco siniestro, frío, húmedo. Y sin embargo el manantial debía haber sido un sitio de aguada durante cientos de años. Ahora ya no lo era. El pequeño claro que lo rodeaba era verde, frío y triste.

Se levantó y se dirigió lentamente hacia casa. Al andar oyó un débil golpeteo a la derecha y se detuvo a escuchar. ¿Era un martillo o un pájaro carpintero? Era seguramente un martillo.

Siguió andando mientras escuchaba. Y entonces advirtió un caminillo entre abetos jóvenes, un paso que no parecía llevar a ningún lado. Pero se dio cuenta de que alguien había pasado por allí. Se metió por él a la aventura, entre los densos abetos que pronto dejaron lugar al viejo bosque de robles. Siguió el sendero, y el martilleo se fue acercando en el silencio que el viento dejaba en el bosque; los árboles producen silencio incluso en medio del ruido del viento.

Vio un claro reducido y oculto y una pequeña cabaña escondida hecha de troncos rústicos. ¡Nunca había estado allí antes! Se dio cuenta de que era el lugar tranquilo donde se cuidaban las crías de faisán; el guardabosque, en camisa, estaba arrodillado martilleando. La perra avanzó corriendo con un ladrido corto y agudo y el guarda levantó los ojos repentinamente y la vio. Tenía una expresión de sobresalto.

Se puso derecho y saludó, observándola en silencio mientras ella avanzaba con menos y menos aplomo. No le gustaba la intrusión; apreciaba su propia soledad y su única y última libertad en la vida.

—Me preguntaba qué era ese martilleo —dijo ella sintiéndose débil y sin aliento y al tiempo algo cohibida por lo directo de su mirada.

—Estoy arreglando el gallinero para los pajaritos —dijo él en dialecto vulgar.

—Ella no sabía qué decir y se encontraba muy débil.

—Me gustaría sentarme un momento —dijo.

—Venga y siéntese en la choza —dijo él, adelantándose hacia la cabaña, empujando a un lado algunos maderos y herramientas y sacando una silla rústica hecha de astillas de avellano.

—¿Quiere que encienda una hoguera? —preguntó con la curiosa ingenuidad del dialecto.

—Oh, no se moleste —contestó ella.

Pero él le miró a las manos; estaban azuladas. Llevó rápidamente algunas ramas de alerce a la pequeña chimenea de ladrillo del rincón y un momento más tarde la llama amarilla ascendía por el tiro. Hizo sitio junto al hogar de ladrillo.

—Siéntese aquí un momento y caliéntese —dijo él. Ella le obedeció. Tenía esa extraña clase de autoridad protectora que le hizo obedecer inmediatamente. Se sentó y se calentó las manos a la lumbre, luego echó unos troncos al fuego mientras él seguía martilleando fuera. En realidad no quería quedarse acurrucada en una esquina junto al fuego; le hubiera gustado más mirar desde la puerta; pero aquello se había hecho con intención de cuidarla y tuvo que someterse.

La cabaña era bastante acogedora, con paredes de tabla de pino sin barnizar, una pequeña mesa rústica y una banqueta además de la silla, un banco de carpintero, un cajón grande, herramientas, tablones nuevos, clavos, y muchos objetos colgados de ganchos: hacha, azuela, trampas, cosas en talegos, su chaqueta. No había ventana, la luz entraba a través de la puerta abierta. Era un revoltijo, pero al mismo tiempo una especie de pequeño santuario.

Volvió a escuchar el martilleo; no había felicidad en el ruido. Se sentía oprimido. ¡Una intromisión en su vida privada, y una intromisión peligrosa! ¡Una mujer! Había llegado a un punto en que todo lo que quería en la vida era estar solo. Y sin embargo no estaba en sus manos defender su intimidad; era un asalariado y aquella gente eran sus amos.

En especial se negaba a volver a relacionarse con una mujer. Lo temía; los antiguos contactos habían dejado una gran herida en él. Presentía que si no podía estar solo, si no le dejaban solo, habría de morir. Su rechazo del mundo exterior era completo; su último refugio era aquel bosque; ¡vivir allí escondido!

Connie empezó a entrar en calor con el fuego, que se había convertido en una gran hoguera: luego empezó a asarse. Fue a sentarse en la banqueta junto a la puerta, observando al hombre en su trabajo. Él parecía no darse cuenta, pero lo sabía. A pesar de todo siguió trabajando como absorto y su perra marrón estaba sentada junto a él, vigilando un mundo digno de poca confianza.

Enjuto, silencioso y ágil, el hombre terminó la jaula que estaba haciendo, le dio la vuelta, probó la puertecilla corredera y luego la dejó a un lado. Después se levantó, fue a por una jaula vieja y la llevó al tajo de madera donde estaba trabajando. En cuclillas, probó los barrotes; algunos se rompieron en sus manos; empezó a sacar los clavos. Luego le dio la vuelta y se quedó pensando sin

consciencia aparente de la presencia de la mujer.

Así Connie podía mirarle atentamente. Y el mismo aislamiento solitario que había podido ver en él cuando estaba desnudo era evidente ahora que estaba vestido: solitario y concentrado, como un animal que trabaja solo, pero también ensimismado como un ser que se aísla por completo de todo contacto humano. Silenciosamente, con paciencia, huía de ella incluso en aquel momento. Era esa especie de paciencia silenciosa e intemporal de un hombre impaciente y apasionado lo que afectaba de tal modo al vientre de Connie. Lo veía en su cabeza inclinada, en sus manos rápidas y tranquilas, en el pliegue de sus lomos esbeltos y sensibles con algo de paciente y recoleto. Ella notaba que la experiencia del hombre había sido más profunda y más amplia que la suya; más profunda, más amplia y quizás más aniquilante. Y aquello la liberaba de sí misma; se sentía casi irresponsable.

Estaba sentada a la puerta de la choza como en un sueño, absolutamente olvidada del tiempo y de los detalles concretos. Estaba tan ausente que él pudo echarle una mirada furtiva y ver su expresión expectante y de una absoluta tranquilidad. Para él era una expresión expectante. Y una pequeña lengua de fuego se encendió repentinamente en sus muslos, en la raíz de su espalda y sintió un gemido interior. Temía, con una repulsión casi mortal, volver a tener un contacto humano íntimo. Deseaba por encima de todo que ella se marchara y le dejara su intimidad no compartida. Temía su voluntad, su voluntad femenina y su insistencia de mujer moderna. Y por encima de todo temía su impudicia fría, de clase alta, de alguien dispuesto a conseguir lo que se propone. Porque, después de todo, él no era más que un asalariado. Rechazaba la presencia de aquella mujer.

Connie volvió en sí con una desazón repentina. Se puso en pie. La tarde se estaba transformando en atardecer, y sin embargo no era capaz de irse. Se acercó al hombre, que se puso firme, la cara de rasgos maduros rígida e inexpresiva, sus ojos vigilándola.

—Es tan agradable este sitio, tan tranquilizante —dijo ella—. Nunca había estado aquí.

—¿No?

—Creo que vendré a sentarme aquí de vez en cuando.

—¿Sí?

—¿Cierra usted la choza cuando no está?

—Sí, excelencia.

—¿Y cree que podría conseguir una llave para que yo pueda venir? ¿Hay dos llaves?

—No, yo sólo sé de una.

Había vuelto al dialecto local. Connie dudó; notaba su resistencia. Después de todo, ¿era de él la choza?

—¿Podríamos conseguir otra llave? —preguntó con una voz dulce, teñida en

parte por el timbre de una mujer dispuesta a llegar a donde se ha propuesto.

—¡Otra! —dijo él, mirándola con un relámpago de furia mezclado de burla.

—Sí, una copia —dijo ella ruborizándose.

—Puede que Sir Clifford lo sepa —dijo él desentendiéndose.

—¡Sí! —dijo ella—, quizás tenga otra. Si no, podemos mandar hacer una copia de la suya. Estaría en un día o dos, supongo. Puede prescindir de ella durante ese tiempo.

—¡No lo sé, excelencia! No conozco a nadie que haga llaves por aquí.

De repente Connie se puso roja de ira.

—¡Muy bien! —dijo—. Yo me encargaré de eso.

—De acuerdo, excelencia.

Sus ojos se encontraron. En los de él había una mirada fría y fea de asco y desprecio, al mismo tiempo que una indiferencia total ante lo que pudiera suceder. Los de ella ardían de odio.

Pero el corazón de Connie se vino abajo, se daba cuenta de cómo la odiaba él cuando ella se le oponía. Y le vio caer en una especie de desesperación.

—¡Buenas tardes!

—¡Buenas tardes, excelencia! —saludó y se volvió bruscamente.

Ella había despertado en él los perros dormidos de la antigua furia voraz, furia contra la mujer entestada. Se encontraba indefenso, indefenso. ¡Y lo sabía!

Y ella estaba enfurecida con el macho obstinado. ¡Y además un criado! Despechada, volvió a casa.

Se encontró bajo el haya grande de la parte alta del parque con la señora Bolton, que la estaba buscando.

—Me preguntaba si llegaría usted, excelencia —dijo la mujer amablemente.

—¿Llego tarde? —preguntó Connie.

—Oh... es sólo que Sir Clifford estaba esperando para el té.

—¿Y por qué no lo ha preparado usted?

—Oh, creo que no hubiera estado bien. Me parece que a Sir Clifford no le habría gustado, excelencia.

—No sé por qué no —dijo Connie.

Entró al estudio de Clifford, donde la vieja pava de cobre para el agua humeaba sobre la bandeja.

—¿Me he retrasado, Clifford? —dijo ella mientras dejaba las escasas flores y recogía la lata de té, de pie, con sombrero y bufanda, ante la bandeja—. ¡Lo siento! ¿Por qué no le dijiste a la señora Bolton que te preparara el té?

—No se me ocurrió —dijo él irónicamente—. No acabo de imaginármela presidiendo la mesa.

—No hay nada sacrosanto en una tetera de plata —dijo Connie.

Él levantó la mirada hacia ella con curiosidad.

—¿Qué has hecho toda la tarde? —dijo.

—Pasear y sentarme en un sitio tranquilo. ¿Sabes que el acebo grande tiene bayas todavía?

Se quitó la bufanda, conservando el sombrero, y se sentó a preparar el té. Las tostadas debían estar ya resacas como el cuero. Puso la funda sobre la tetera y se levantó a buscar un florero para las violetas. Las pobres flores colgaban alicaídas de sus tallos.

—¡Se pondrán derechas! —dijo, colocándolas en el florero ante él para que pudiera olerlas.

—Más dulces que los párpados de los ojos de Juno —citó él.

—No veo la menor relación con las violetas de verdad —dijo ella—. Los poetas isabelinos exageran un poco.

Le sirvió el té.

—¿Crees que hay una copia de la llave de la choza de al lado de John's Wells, donde se crían los faisanes? —dijo ella.

—Quizás sí. ¿Por qué?

—La descubrí hoy por casualidad; no la había visto nunca. Creo que es una monería de sitio. Podría ir a sentarme allí a veces, ¿no crees?

—¿Estaba allí Mellors?

—Sí. Por eso la descubrí: el martilleo. No pareció gustarle que yo apareciera. En realidad se portó casi como un grosero cuando le pregunté si había otra llave.

—¿Qué dijo?

—No, nada: sólo la forma de comportarse, y dijo que no sabía nada de llaves.

—Puede que haya una en el estudio de mi padre. Betts las distingue, están todas allí. Le diré que mire.

—¡Sí, por favor! —dijo ella.

—Conque Mellors se portó casi como un grosero.

—¡Oh, en realidad no ha sido nada! Pero me parece que no le ha gustado del todo la idea de que invadan su castillo.

—Me lo puedo imaginar.

—Pero sigo sin entender por qué le importa. ¡Después de todo él no vive allí! No es su residencia privada. Y no entiendo por qué no voy a poder ir a sentarme un rato allí si quiero.

—¡Desde luego! —dijo Clifford—. Es un poco creído ese hombre.

—¿Crees que sí?

—¡Sin ninguna duda! Se cree algo excepcional. Sabes, estaba casado y no se llevaba bien con su mujer, así que se enroló en mil novecientos quince y le mandaron a la India, me parece. En cualquier caso fue herrero de caballería en Egipto durante algún tiempo; siempre ha estado relacionado con caballos, y para eso vale mucho. Luego le cayó bien a algún coronel de la India y le ascendieron a teniente. Sí, le hicieron oficial. Creo que volvió a la India con su coronel, a la frontera del noroeste. Cayó enfermo; le han dado una pensión. No dejó el

ejército hasta el año pasado, creo; naturalmente no es fácil para un hombre así volverse a amoldar a su clase. Es natural que pierda el sentido del equilibrio. Pero, por lo que a mí respecta, hace bien su trabajo. Lo único que no tolero es que trate de comportarse como el teniente Mellors.

—¿Cómo pudieron ascenderle a teniente hablando ese vulgar dialecto de Derbyshire?

—No lo habla más que cuando quiere. Puede hablar perfectamente para un hombre como él. Supongo que piensa que si ha vuelto a ser soldado raso, es mejor hablar como un soldado raso.

—¿Por qué no me has hablado de él antes?

—Oh, esas historias románticas me aburren. Acaban con cualquier clase de orden establecido. Y es una verdadera lástima que sucedan.

Connie se sentía inclinada a darle la razón. ¿Para qué servían los descontentos que no tenían lugar en ningún sitio?

Aprovechando la racha de buen tiempo, Clifford decidió ir también al bosque. El viento era frío, pero no insoportable, y el sol era cálido y pleno como la vida.

—Es asombroso —dijo Connie— lo diferente que se siente uno cuando hace un día fresco y agradable. Normalmente parece que el aire está muerto. La gente está matando hasta el aire.

—¿Crees que es la gente? —preguntó él.

—Lo creo. Los vapores de tanto aburrimiento, tanto descontento y tanta ira matan la vitalidad del aire. Estoy segura.

—Quizás sea que algo que haya en la atmósfera disminuya la vitalidad de la gente —dijo él.

—No, es el hombre el que envenena el universo —aseguró ella.

—Pudre su propio nido —señaló Clifford.

La silla de motor avanzaba traqueteante. En el macizo de avellanos colgaban los amentos de un color dorado pálido, y en los lugares a donde llegaba el sol, las anémonas silvestres estaban abiertas, como proclamando la alegría de vivir, como en los buenos tiempos en que la gente podía hacer lo mismo que ellas. Soltaban un ligero aroma de flor de manzano. Connie recogió algunas para Clifford.

Él las tomó y las observó con curiosidad.

—Tú, esposa aún inviolada de la calma —citó—. Parece más apropiado para las flores que para las urnas griegas.

—¡Inviolada es una palabra tan horrorosa! —dijo ella—. Sólo la gente es capaz de violar cosas.

—No sé, no sé... Los caracoles y tal... —dijo él.

—Incluso los caracoles lo único que hacen es comérselas, y las abejas no violan.

Estaba enfurecida con él por su manía de transformarlo todo en palabras. Las

violetas eran los párpados de Juno, y las anémonas esposas invioladas. Cómo odiaba las palabras, siempre interponiéndose entre ella y la vida: ellas violaban, si es que algo lo hacía; palabras y frases hechas, sorbiendo la savia de todo lo vivo.

El paseo con Clifford no podía llamarse un éxito. Había entre él y Connie una tensión que ambos pretendían ignorar, pero que estaba allí. Repentinamente, con toda la fuerza de su instinto femenino, ella le rechazaba. Quería librarse de él, y especialmente de su egoísmo, de sus palabras, de su obsesión por sí mismo, de su inacabable obsesión de noria por sí mismo y sus propias palabras.

El tiempo volvió a ser lluvioso. Pero después de un día o dos ella salió, a pesar de la lluvia, y se dirigió al bosque. Una vez allí fue hacia la choza. Llovía, pero no hacía demasiado frío y el bosque emanaba silencio y recogimiento, inaccesible en la neblina de la lluvia.

Llegó al claro. ¡No había nadie! La choza estaba cerrada con llave, pero se sentó en los escalones de troncos bajo el porche rústico y se arrebujó en su propio calor. Así permaneció sentada, mirando la lluvia y escuchando sus muchos sonidos silenciosos y los extraños lamentos del viento en las ramas superiores, a pesar de que no parecían moverse. Los viejos robles la rodeaban con sus troncos grises, potentes, ennegrecidos por la lluvia, redondos y vitales, llenos de audaces brotes nuevos. El terreno no era abundante en maleza, las anémonas brotaban, había un matorral o dos de saúco o bola de nieve y una maraña púrpura de zarzadoras: el canela viejo de los helechos desaparecía casi bajo los collarines verdes de las anémonas. Quizás era aquel uno de los lugares inviolados. ¡Inviolados! El mundo entero estaba violado.

Hay cosas que no pueden violarse. No puede violarse una lata de sardinas. Y hay tantas mujeres que son así...; y hombres. ¡Pero la tierra...!

La lluvia estaba cediendo. Desaparecía la oscuridad de entre los robles. Connie quería irse; pero siguió sentada, aunque empezaba a tener frío; aun así, la inercia invencible de su resentimiento interno la sujetaba a aquel lugar como paralizada.

¡Violada! Hasta qué punto puede una sentirse violada sin que la toquen siquiera. Violada por palabras muertas que se vuelven innobles y por ideas muertas que se transforman en obsesiones.

Una perra marrón, húmeda, llegó corriendo, sin ladrar, levantando la empapada pluma de su rabo. Le siguió el hombre, con una chaqueta de cuero negro mojada, como un chófer, y la cara algo sofocada. Ella notó que había aminorado su paso impetuoso al verla. Connie se puso en pie en el reducido espacio seco bajo el porche rústico. Él saludó sin hablar y se fue acercando lentamente. Ella empezó a retirarse.

—Ya me iba —dijo.

—¿Estaba esperando para entrar? —preguntó él, mirando a la choza y no a ella.

—No, sólo me he sentado unos minutos para resguardarme —dijo ella con una tranquila dignidad. Él la miró, ella parecía tener frío.

—¿No tiene llave Sir Clifford? —preguntó él.

—No, pero no importa. Puedo resguardarme perfectamente bajo el porche.
¡Buenas tardes!

Le disgustaba que utilizara siempre el dialecto.

Él la observó con detenimiento mientras se alejaba. Luego se levantó la chaqueta y metió la mano en el bolso del pantalón, sacando la llave de la choza.

—Entonces es mejor que se quede con esta llave. Ya encontraré otro nido para los pájaros.

Ella le miró.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Quiero decir que puedo buscar otro sitio que valga para criar los faisanes. Si quiere usted venir aquí, no le gustará que yo le esté estorbando todo el tiempo. Ella le miró, tratando de comprenderle entre las brumas del dialecto.

—¿Por qué no habla usted inglés normal? —dijo fríamente.

—¡Yo! Creía que era normal —contestó en dialecto.

Ella enmudeció un momento, enfurecida.

—Si quiere la llave, será mejor que la coja. O quizás será mejor que se la dé mañana y saque todos los cacharros. ¿Le parece bien?

Ella se enfureció aún más.

—No quiero su llave —dijo—. No quiero que saque nada. ¡No se me ha ocurrido ni por un instante echarle de su choza, gracias! Sólo quería poder venirme a sentar aquí alguna vez, como hoy. Pero puedo sentarme perfectamente bajo el porche, así que se acabó.

Él volvió a mirarla con sus ojos azules, perversos.

—Bueno —comenzó él en su dialecto lento y vulgar—. Su excelencia puede disponer con gusto de la choza, de la llave y de todo como está. Lo único es que en esta época del año hay que atender a las crías, y yo tengo que venir muchas veces y cuidarlas y todo eso. En invierno no necesito venir aquí casi nunca. Pero ahora es primavera y Sir Clifford quiere que se crien los faisanes... Y su excelencia no querrá que yo la ande molestando todo el tiempo cuando ella venga a descansar.

Ella le escuchaba con un ligero matiz de asombro.

—¿Y por qué iba a importarme que esté usted aquí? —preguntó.

Él la miró con curiosidad.

—¡Por el estorbo! —dijo cortante pero de modo significativo.

Ella se ruborizó.

—¡Muy bien! —dijo ella finalmente—. No le molestaré. Pero no creo que me hubiera importado verle trabajar con los faisanes. Hasta me hubiera gustado. Claro que si usted cree que eso le impide trabajar, no voy a molestarle, no tenga

miedo. Es usted el guarda de Sir Clifford, no el mío.

La frase sonaba fuera de lugar, no sabía por qué. Pero la pronunció.

—No, excelencia. La choza es de su excelencia. Las cosas serán como quiera su excelencia, en cualquier momento. Puede usted despedirme cuando quiera con una semana de preaviso. Era sólo que...

—¿Que qué? —preguntó ella desconcertada.

Él se echó el sombrero atrás de una forma extrañamente cómica.

—Sólo que quizás a usted le gustara disfrutar sola de este sitio cuando viniera, sin que yo anduviera estorbando.

—Pero ¿por qué? —dijo ella con enfado—. ¿No es usted un ser humano civilizado? ¿Cree que debo asustarme de usted? ¿Por qué iba a fijarme en usted y en si está aquí o no? ¿Qué importancia tiene?

La miró con una cara resplandeciente de risa malvada.

—Ninguna, excelencia. Absolutamente ninguna importancia —dijo.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó ella.

—¿Desea entonces su excelencia que le consiga otra llave?

—¡No, gracias! No la quiero.

—La mandaré hacer de todas maneras. Es mejor tener dos llaves de la cerradura.

—Creo que es usted un insolente —dijo Connie, subida de color y jadeando levemente.

—¡No, no! —dijo él apresuradamente—. ¡No diga usted eso! ¡No, no! No quería decir nada. Sólo pensaba que si usted venía aquí tendría que sacar las cosas, y es un trabajo enorme instalarse en otra parte. Pero si su excelencia no va a fijarse en mí, entonces... la choza es de Sir Clifford y todo se hará como quiera su excelencia, como a su excelencia le guste y desee, siempre que a su excelencia no le importe que yo esté haciendo las cosas que tengo que hacer.

Connie se marchó completamente anonadada. No estaba segura de si la habían insultado y ofendido mortalmente o no. Quizás aquel hombre había querido decir realmente lo que había dicho: que creía que ella prefería no tenerle alrededor. ¡Como si ella hubiera siquiera pensado en ello! Como si pudieran tener alguna importancia él y su estúpida presencia.

Se dirigió a casa dentro de una gran confusión, sin saber qué pensar o qué sentir.

CAPITULO 9

Connie misma se sorprendía de la aversión que sentía hacia Clifford. Y lo que es más, se daba cuenta de que siempre le había disgustado en el fondo. No se trataba de odio: no intervenía en ello la pasión. Era una profunda antipatía física. Casi, le parecía, se había casado con él porque le repelía de una forma secreta, física. Aunque, desde luego, se había casado con él en realidad porque desde un punto de vista mental la atraía y la excitaba. De alguna forma, y a pesar de ella misma, le había parecido su dueño.

Ahora la emoción mental había pasado por el desgaste y la destrucción y sólo le quedaba la conciencia de la aversión física. Emanaba de sus mismas entrañas: y se daba cuenta ahora de que había ido consumiendo su vida.

Se sentía débil e infinitamente abandonada. Deseaba que algo viniera de fuera en su ayuda. Ayuda que de modo ninguno se presentaba. La sociedad era horrible porque estaba loca. La sociedad civilizada es un despropósito. El dinero y el llamado amor son sus dos grandes manías; con el dinero muy a la cabeza. En su inconexa locura el individuo se identifica a sí mismo de esas dos formas: dinero y amor. ¡Michaelis, por ejemplo! Su vida y su actividad eran una simple locura. Su amor era una especie de enajenación.

Lo mismo sucedía con Clifford. ¡Toda aquella palabrería! ¡Todo aquel emborronar páginas! ¡Toda aquella lucha feroz para trepar! Lisa y llanamente locura, cada vez más acentuada; de maníacos.

Connie se sentía agostada por el temor. Pero al menos Clifford estaba trasladando su tiranía de ella a la señora Bolton. Él no lo sabía. Como sucede con tantos locos, su locura podía medirse por las cosas de las que no se daba cuenta; los grandes espacios desiertos de su consciencia.

La señora Bolton era admirable en muchos sentidos. Pero tenía esa extraña especie de mandonería, ese infinito siempre tener razón, que es uno de los signos de locura en la mujer moderna. Pensaba que era absolutamente servil y que vivía para otros. Clifford la fascinaba porque siempre, o muy a menudo, frustraba sus intenciones, como provisto de un instinto más fino. Tenía una voluntad de autoafirmación más refinada, más sutil, que la de ella misma. Y en eso residía su encanto para ella.

Aquel había sido quizás también su encanto para Connie.

—¡Hace un día hermoso! —podía decir la señora Bolton con su voz

convinciente y acariciadora—. Supongo que disfrutaría usted saliendo a dar una vuelta en la silla, fijese qué sol.

—¿Sí? ¿Quiere pasarme ese libro, ese, el amarillo? Y pienso que sería mejor sacar de aquí esos jacintos.

—¡Pero si son lindísimos! —lo decía con la «ese» alargada así: ¡lindísimos!—. Y el perfume es una maravilla.

—Es el perfume lo que no me gusta —decía él—. Es un poco fúnebre.

—¿Usted cree? —exclamaba ella sorprendida, como ofendiéndose, pero impresionada.

Y se llevaba los jacintos de la habitación, afectada por tan exquisita delicadeza.

—¿Desea que le afeite hoy, o preferiría hacerlo usted mismo?

Siempre la misma voz, suave, acariciante, servil y sin embargo autoritaria.

—No lo sé. ¿No le importa esperar un poco? La llamaré cuando esté listo.

—Muy bien, Sir Clifford —contestaba ella, siempre tan suave y tan obediente, mientras se retiraba en silencio.

Pero cualquier signo de rechazo no hacía más que reforzar su voluntad.

Cuando la llamaba, después de un tiempo, ella aparecía inmediatamente y él decía:

—Creo que sería mejor que hoy me afeitara usted. Su corazón daba un pequeño vuelco y contestaba con una suavidad especial:

—¡Muy bien, Sir Clifford!

Era muy hábil, ligera, volátil, algo lenta. Al principio a él le desagradaba el contacto infinitamente suave de sus dedos sobre la cara. Pero ahora empezaba a gustarle con una creciente voluptuosidad. Hacía que le afeitara casi cada día: con su cara cerca de la suya, y sus ojos tan concentrados en el esfuerzo de hacerlo bien. Gradualmente las puntas de sus dedos llegaron a conocer perfectamente sus mejillas y labios, sus mandíbulas, barbilla y cuello. Estaba bien alimentado y terso; su cara y su cuello eran bastante hermosos; un caballero.

También ella era hermosa, pálida, de cara un tanto alargada y absolutamente serena, de ojos brillantes pero reservados. Gradualmente, con una suavidad infinita, con amor casi, le sujetaba del cuello y él se entregaba.

Era ella quien hacía ahora casi todo lo que él necesitaba, y él se sentía más a gusto con ella, menos avergonzado de aceptar su ayuda cotidiana, que con Connie.

A ella le gustaba manejarle. Le encantaba tener su cuerpo a su cargo, absolutamente, hasta en los cuidados más humildes. Un día le dijo a Connie:

—Todos los hombres son como niños cuando se llega hasta el fondo. Sí, he tenido a mi cargo a algunos de los hombres más duros que hayan bajado al pozo de Tevershall. Pero basta que algo les duela y que te necesiten para que se conviertan en niños, niños grandes. ¡No hay mucha diferencia entre ellos!

Al principio la señora Bolton había pensado que existía una diferencia en el caso de un caballero, un caballero de verdad, como Sir Clifford. Y así Clifford había jugado con aquella ventaja sobre ella al principio. Pero poco a poco, a medida que ella le había ido llegando al fondo, por usar sus propias palabras, fue descubriendo que era como los demás, un niño que había crecido hasta llegar a las proporciones de un hombre: pero un niño de mal humor y buenos modales, con el poder en sus manos y todo tipo de extraños conocimientos que ella nunca había soñado que existieran y con los que todavía podía apabullarla.

A veces Connie sentía la tentación de decirle:

—¡Por Dios, no te dejes dominar tan terriblemente por esa mujer!

Pero a la larga se daba cuenta de que él ya no le importaba tanto como para decirselo.

Seguían teniendo la costumbre de pasar juntos las últimas horas del día, hasta las diez. Hablaban, leían juntos o repasaban lo que estaba escribiendo. Pero ya no había ninguna emoción en ello. Sus escritos la aburrían. Pero ella seguía pasándose los a máquina, aunque con el tiempo la señora Bolton se ocuparía incluso de aquello.

Porque Connie le había sugerido que aprendiera a escribir a máquina. Y la señora Bolton, siempre dispuesta, había comenzado inmediatamente y practicaba con asiduidad. De modo que ahora Clifford le dictaba de vez en cuando una carta y ella la copiaba, lentamente pero sin faltas. Él tenía una gran paciencia, deletreaba las palabras difíciles o las frases ocasionales en francés. Para ella era tan emocionante que casi se convertía en un placer ir la enseñando.

Connie a veces se quejaba de dolor de cabeza como excusa para retirarse a su habitación después de la cena.

—Quizás la señora Bolton pueda jugar al piquet contigo —le dijo a Clifford.

—Oh, no te preocupes. Vete a tu habitación y descansa, querida.

Pero no había acabado de irse cuando ya estaba llamando a la señora Bolton para decirle que jugara con él una partida de *piquet*, *bezique* o incluso de ajedrez. Le había enseñado todos aquellos juegos. Y a Connie le parecía curiosamente rechazable ver a la señora Bolton, ruborosa y temblando como una niña, tocando una reina o un rey con los dedos inseguros y retirando la mano de nuevo, mientras Clifford sonreía levemente con una superioridad medio en broma y decía:

—¡Tiene que decir usted *j'adoube!*

Ella le miraba con los ojos brillantes y sorprendidos y luego murmuraba tímida y obediente:

—*J'adoube!*

Sí, la estaba educando. Aquello le divertía y le daba una sensación de fuerza. Y ella estaba emocionada. Estaba llegando poco a poco a poseer todos los conocimientos de la aristocracia, todo lo que les convertía en clase alta: aparte

del dinero. Aquello la encantaba. Y al mismo tiempo estaba haciendo que él deseara tenerla allí haciéndole compañía. Era un halago sutil y profundo para él; el auténtico encanto que emanaba de ella.

Para Connie, Clifford parecía estarse manifestando bajo su verdadero aspecto: algo vulgar, algo común y falto de inspiración; más bien gordete. Los trucos de Ivy Bolton y su humilde autoritarismo eran también demasiado evidentes. Pero Connie se maravillaba de la auténtica emoción que Clifford producía en aquella mujer. Decir que estaba enamorada de él no hubiera sido exacto. Estaba deslumbrada por el contacto con un hombre de clase alta, aquel caballero con título, aquel autor que podía escribir libros y poemas y cuya foto aparecía en la prensa ilustrada. Aquello despertaba en ella una extraña pasión. Y el que la estuviera «educando» despertaba en ella una apasionada emoción y una reacción mucho más profunda que cualquier relación amorosa. En realidad el hecho mismo de la imposibilidad de una relación amorosa la dejaba libre para vibrar hasta la médula con aquella otra pasión, la pasión específica de saber, saber como él sabía.

No cabía duda alguna de que la mujer estaba de alguna forma enamorada de él: demos la fuerza que demos a la palabra amor. Su aspecto era hermoso y joven y sus ojos grises eran a veces maravillosos. Al mismo tiempo había en ella una satisfacción sosegada y latente, casi triunfante e íntima. ¡Uff, aquella satisfacción íntima! ¡Cómo la despreciaba Connie!

¡Pero no era extraño que Clifford se hubiera dejado atrapar por la mujer! Ella le adoraba absolutamente, de forma constante, y se ponía absolutamente a su servicio para que hiciera con ella lo que quisiera. ¡No era extraño que se sintiera halagado!

Connie escuchaba largas conversaciones entre los dos. Aunque más bien era la señora Bolton la que hablaba siempre. Ella había sacado a la palestra la larga cadena de cotilleo sobre el pueblo de Tevershall. Era más que cotilleo. Eran la señora Gaskell, George Eliot y la señorita Mitford en una sola persona, con muchas otras cosas que aquellas mujeres se habían dejado en el tintero. Una vez que empezaba a hablar, la señora Bolton era mejor que cualquier libro sobre la vida de la gente. Los conocía a todos tan íntimamente y sentía un interés tan ardiente y tan peculiar por todos sus asuntos, que era maravilloso escucharla, si bien algo humillante. Al principio no se había atrevido a «pasar lista a Tevershall», como ella decía, ante Clifford. Pero una vez que hubo comenzado siguió adelante. Clifford escuchaba en busca de «material» y lo encontró en abundancia. Connie se dio cuenta de que su supuesto genio no era más que eso: un notable talento para la murmuración, inteligente y aparentemente desinteresado. La señora Bolton, desde luego, era muy explícita cuando «pasaba lista a Tevershall». De hecho se entusiasmaba. Y era maravilloso las cosas que sucedían y todo lo que ella sabía al respecto. Podría haber llenado docenas de

volúmenes.

A Connie le fascinaba escucharla. Pero luego se sentía algo avergonzada. No debería escuchar con aquella extraña y ávida curiosidad. Después de todo, uno puede escuchar las cosas más íntimas de otra gente, pero siempre con un espíritu de respeto hacia esa cosa convulsiva y apaleada que es cualquier alma humana, y con un espíritu de simpatía delicada y personal. Porque incluso la sátira es una forma de simpatía. Es la forma en que nuestra simpatía fluye y refluye lo que realmente determina nuestras vidas. En esto reside la enorme importancia de la novela cuando el tratamiento es el adecuado. Puede informarnos y trasladar a nuevos lugares el curso de nuestra consciencia solidaria, o puede hacer que nuestra simpatía se repliegue como rechazo a las cosas que han muerto. Por eso la novela, con un tratamiento adecuado, puede poner al descubierto los recovecos más secretos de la vida: porque son los lugares pasionalmente secretos de la vida, por encima de todo, los que la marea de la conciencia sensible debe cubrir y dejar al descubierto, limpiar y refrescar.

Pero la novela, como el cotilleo, puede también excitar simpatías y rechazos ilícitos, mecánicos y letales para la mente. La novela puede glorificar los sentimientos más corrompidos, siempre que sean convencionalmente «puros». En ese caso la novela, como la maledicencia, acaba estando viciada y, como la maledicencia, tanto más viciada en cuanto que siempre está de modo ostensible del lado de los ángeles. El cotilleo de la señora Bolton siempre estaba del lado de los ángeles. «Él era un hombre tan malo, y ella una mujer tan buena.» Mientras que, como Connie podía ver, incluso deduciéndolo de las habladurías de la señora Bolton, la mujer había sido simplemente una bocazas y el hombre un bruto honesto. Pero la brutalidad honesta le convertía en un «hombre malo», y la charlatanería la hacía a ella una «buena mujer» en la forma convencional y viciada que la señora Bolton tenía de canalizar sus simpatías.

Por esta razón el cotilleo era humillante. Y por la misma razón la mayoría de las novelas, especialmente las populares, son humillantes también. Actualmente el público responde sólo positivamente cuando se apela a sus vicios.

En cualquier caso, a través de las charlas de la señora Bolton se adquiría una nueva visión de Tevershall. Era como un terrible crisol de sordideces; y no en absoluto esa llanura gris que parecía desde fuera Clifford, desde luego, conocía de vista a la mayoría de la gente de que se hablaba. Connie sólo conocía a uno o dos. Pero realmente parecía más un recuento de la jungla centroafricana que de un pueblo inglés.

—¡Supongo que ya han oído que la señorita Allsopp se casó la semana pasada! ¡Imagínense! La señorita Allsopp, la hija del viejo James Allsopp, el zapatero. Ya saben que se hicieron una casa en Pye Croft. El viejo se murió el año pasado después de una caída; tenía ochenta y tres años y estaba fuerte como un chaval. Pero se cayó en Bestwood Hill por la pista de nieve que los chicos

habían hecho el invierno pasado y se rompió la cadera; eso acabó con él, pobre hombre, una verdadera pena. Bueno, pues le dejó todo el dinero a Tattie: ni una perra para los chicos. Y Tattie, yo lo sé, tiene cinco años más..., sí, hizo cincuenta y tres el otoño pasado. ¡Y ya saben que eran muy de iglesia, pero mucho! Ella había enseñado la catequesis los domingos durante treinta años; hasta que murió su padre. Y entonces empezó a liarse con uno de Kinbrook, no sé si le conocen ustedes, uno ya mayor, con la nariz roja, muy señorito, Willcoock que trabaja en el aserradero de Harrison. Bueno, pues o tiene sesenta y cinco años o no tiene ninguno; pues viéndolos así, cogiditos del brazo, dándose el pico en la puerta, parecían una pareja de tórtolos: sí, y ella sentada en sus rodillas en la ventana que da a la calle de Pye Croft, que los podía ver todo el mundo. Y él tiene hijos de más de cuarenta años: sólo hace dos años que se murió su mujer. Si el viejo James Allsopp no se ha levantado de su tumba es porque los muertos no resucitan: ¡porque la tenía amarrada bien corto! Ahora se han casado y se han ido a vivir a Kinbrook, y dicen que ella se pasea en salto de cama de la mañana a la noche, hecha una visión. ¡Horrible, a la vejez viruelas! Claro, si son peores que los viejos, y mucho más sucias. Para mí que la culpa la tiene el cine. Pero no hay manera de acabar con las películas. Yo siempre decía: se puede ir a ver una buena película, una película instructiva, pero que no vayan a ver esos melodramas y esas películas de amores. ¡O por lo menos que no las vean los niños! Pero, ya ven, los mayores son peor todavía que los niños: y los viejos los peores. ¡Háblenles de moral! A nadie le importa nada. La gente hace lo que le da la gana, y la verdad es que hay que reconocer que les va mejor así. Pero van a tener que apretarse los cinturones ahora que las minas van tan mal y todo el mundo anda sin dinero. Y cómo se quejan, es horrible, especialmente las mujeres. ¡Los hombres son tan buenos y tienen tanta paciencia...! ¿Qué pueden hacer los pobres? ¡Pero las mujeres no se cansan nunca! No les gusta más que presumir: ponen dinero para un regalo de bodas para la princesa Mary y cuando ven lo estupendos que son los regalos se enfurecen: « ¡Se habrá creído que es mejor que los demás! ¿Por qué no me da a mí Swan & Edgar un abrigo de pieles, en lugar de darle seis a ella? ¡Si lo llego a saber no doy los seis chelines! ¿Qué es lo que me va a dar ella a mí? Me gustaría saberlo. Mi padre trabaja como un burro y yo no puedo comprarme un abrigo de entretiempo y a ella se los regalan por toneladas. Ya es hora de que los pobres tengan algo de dinero para gastar; bastante tiempo lo han tenido los ricos. A mí me hace falta un abrigo de entretiempo, me hace falta de verdad, ¿y quién va a dármelo?» Yo les digo: « ¡Podéis estar contentas de estar alimentadas y bien vestidas sin todos esos lujos inútiles!» Y me sueltan: « ¿Por qué no se contenta la princesa Mary con unos harapos y con no tener nada? A la gente como ella les dan carretadas de cosas y yo no puedo tener ni un abrigo de entretiempo. Es una vergüenza. ¡Princesa! ¡El dinero es lo importante, y como ella tiene mucho le dan más todavía! A mí nadie

me da nada y tengo tanto derecho como el que más. No me hables de educación. Es el dinero lo que cuenta. Yo necesito un abrigo de entretiempo, porque lo necesito, pero me quedo sin él porque no hay dinero... Eso es lo único que les importa, trapos. Les da igual gastarse siete u ocho guineas en un abrigo de invierno —hijas de mineros, imagínense y dos guineas en un gorrito de verano para el niño. Y así se presentan en la capilla metodista con su sombrerito de dos guineas niñas que habrían estado orgullosas en mis tiempos de tener uno de cuatro chelines. ¡Yo he oído decir que en el aniversario metodista de este año, cuando instalan una plataforma para los niños de la catequesis, un catafalco que casi llega hasta el techo, he oído decir a la señorita Thompson, la que da la primera catequesis de niñas, le he oído que iba a haber más de mil libras de ropa de domingo encima de la plataforma! ¡Y eso con los tiempos que estamos viviendo! Pero no hay manera de pararlas. La ropa las vuelve locas. Y con los chicos pasa igual. Se gastan hasta la última perra: ropa, tabaco, bebidas en la cantina de la Asociación de Mineros y una escapada a Sheffield dos o tres veces a la semana. ¡Cómo ha cambiado el mundo! ¡Los jóvenes no tienen miedo a nada ni respetan nada! Los viejos tienen paciencia, son buena gente; la verdad es que dejan que las mujeres hagan lo que quieran. Así pasa lo que pasa. Las mujeres son peor que demonios. Pero los chicos no han salido como sus padres. No están dispuestos a sacrificarse por nada, por nada: no piensan más que en sí mismos. Si se les dice que piensen en ahorrar un poco para comprarse una casa, dicen: “Eso puede esperar, no hay prisa, lo que hay que hacer es divertirse uno mientras pueda. ¡Y todo lo demás que espere!” Son brutales y egoístas. Y todo se echa sobre las espaldas de los viejos; mala pinta tienen las cosas».

Clifford había comenzado a adquirir una idea diferente de su propio pueblo. Un pueblo que siempre le había asustado, pero que él consideraba hasta entonces más o menos estable. ¿Y ahora?

—¿Hay mucho socialismo, bolchevismo, entre la gente?—preguntó.

—¡Oh! —dijo la señora Bolton—. Hay algunos que abren demasiado la boca. Pero la mayoría son mujeres que tienen deudas. Los hombres no se preocupan de eso. No creo que nadie logre convertir a los hombres de Tevershall en rojos. Demasiado buena gente para eso. Los jóvenes a veces se van de la lengua. Pero no es que les preocupe en realidad. Lo único que quieren es algo de dinero en el bolsillo para gastar en el casino de los obreros o para ir a dar una vuelta a Sheffield. Eso es lo único que les importa. Cuando andan sin una perra, entonces escuchan la palabrería de los rojos. Pero en el fondo nadie cree una palabra.

—¿O sea, que usted cree que no hay peligro?

—¡Claro que no! Si los negocios marchan bien no hay ninguno. Pero si las cosas marcharan mal durante mucho tiempo, a los jóvenes les daría por pensar tonterías. Ya le digo, son un montón de gente egoísta y mimada. Pero no creo que llegaran a hacer nada. Nunca toman nada en serio, excepto presumir de moto y

bailar en el Palais-de-danse en Sheffield. Y nada les hará volverse serios. Los más formales se ponen un traje por la tarde y van al Pally a presumir delante de las chicas y bailar esos nuevos charlestons y lo que se les ocurra. A veces el autobús está lleno de jóvenes de traje oscuro, mineros, que van al Pally: además de los que van con sus chicas en moto o en motocicleta. Y no se paran a pensar en nada ni un segundo; a no ser en las carreras de Doncaster y en el Derby: porque todos apuestan en las carreras. ¡Y el fútbol! Aunque ni siquiera el fútbol es lo que era, en absoluto. Se parece demasiado al trabajo, dicen. No, prefieren ir en motocicleta a Sheffield o a Nottingham los sábados por la tarde.

—¿Pero qué hacen una vez allí?

—Oh, dar vueltas y tomar té en algún sitio elegante como el Mikado, luego ir al Pally, o al cine, o al Empire, con alguna chica. Las chicas son tan libres como ellos. Hacen lo que les da la gana.

—¿Y qué hacen cuando no tienen dinero para esas cosas?

—Parece que se las arreglan siempre para sacarlo de algún lado. Es entonces cuando dicen cosas malas. Pero no veo cómo van a hacerse bolcheviques si lo único que quieren es tener dinero y divertirse; y las chicas lo mismo con la ropa elegante: es lo único que les preocupa. No tienen inteligencia para hacerse socialistas. Les falta seriedad para tomarse algo realmente a pecho, y no la tendrán nunca.

Connie pensó que las clases bajas parecían una copia exacta de todas las demás clases. Siempre la misma copla una y otra vez, fuera en Tevershall, en Mayfair o en Kensington. Sólo había una clase hoy día: chicos con dinero. El chico con dinero y la chica con dinero; la única diferencia era cuánto se tenía y cuánto se quería tener.

Bajo la influencia de la señora Bolton, Clifford comenzó a sentir de nuevo interés por las minas. Comenzó a sentir que era parte de ellas. Comenzó a adquirir una nueva especie de seguridad en sí mismo. Después de todo, él era el verdadero amo de Tevershall, él era las minas. Era una nueva sensación de poder, algo que, por miedo, había evitado hasta entonces.

Las minas de Tevershall eran cada vez menos productivas. Sólo quedaban dos minas: Tevershall mismo y New London. Tevershall había sido en tiempos una mina famosa y había producido un dinero famoso. Pero su mejor época había pasado ya. New London no había sido nunca una mina muy rica y en tiempos normales daba justo lo suficiente para seguir adelante no mal del todo. Pero aquella era una mala época y eran las minas como New London las que se cerraban.

—Muchos de los hombres de Tevershall se han despedido y se han ido a Stacks Gate y a Whiteover —dijo la señora Bolton—. Usted no ha visto las nuevas fábricas de Stacks Gate que abrieron después de la guerra, ¿no es verdad, Sir Clifford? Tiene usted que ir un día, son totalmente nuevas: con grandes complejos

químicos en la boca del pozo, no se parece en nada a una mina. Dicen que sacan más dinero de los derivados químicos que del carbón; ya no me acuerdo de lo que fabrican. ¡Y las casas nuevas y grandes para los hombres, verdaderos palacios! Claro que eso ha hecho que venga la peor gente de todo el país. Pero muchos hombres de Tevershall se han ido allí, y les va bien, mucho mejor que a los que se han quedado. Dicen que Tevershall está muerto, acabado: sólo es cuestión de algunos años más y tendrá que cerrar. Y que New London cerrará primero. La verdad es que va a ser poco divertido cuando el pozo de Tevershall deje de funcionar. Ya es duro cuando hay huelga, pero la verdad es que si se cierra del todo será como el fin del mundo. Cuando yo era niña era el mejor pozo del país, y un hombre se consideraba afortunado si podía trabajar aquí. Cuidado que se ha ganado dinero en Tevershall. Y ahora los hombres dicen que es un barco que se va a pique y que ya es hora de que se vayan todos. ¿No le parece horrible? Pero desde luego hay muchos que sólo se irán si no les queda otro remedio. No les gustan esas minas nuevas, tan de colmillo retorcido, tan profundas y con tanta maquinaria. A muchos les asustan esos obreros metálicos, como les llaman, esas máquinas que desmenuzan el carbón, algo que siempre hacían antes los hombres. Y además dicen que se pierde mucho carbón con ese sistema. Pero lo que se pierde en carbón se gana en sueldos; más todavía. Casi parece que pronto los hombres no servirán para nada sobre la superficie de la tierra, no habrá más que máquinas. Pero eso mismo dicen que es lo que dijo la gente cuando hubo que dejar de trabajar en los viejos telares. Yo me acuerdo todavía de uno o dos. Pero, lo que yo digo, ¡cuantas más máquinas, parece que hay más gente! Dicen que no salen los mismos productos químicos de Tevershall que de Stacks Gate; y, qué raro, si no están ni a tres millas. Pero lo dicen. Todo el mundo dice que es una vergüenza que no se pueda hacer algo para que a los hombres les vaya mejor y las chicas tengan trabajo. ¡Todas las chicas a Sheffield, a dar vueltas por allí todos los días! —Lo que yo digo, qué cosa si las minas de Tevershall respiraran un poco, después de que todo el mundo haya dicho que se han acabado, y eso del barco que se hunde y que los hombres tendrían que dejarlas como al barco que se va a pique que no se queda ni una rata. Pero la gente habla demasiado. Desde luego todo fue muy bien durante la guerra, cuando Sir Geoffrey logró hacerse apoderado y puso el dinero a buen recaudo para siempre, fuera como fuera. ¡Eso es lo que dicen! Pero dicen que ahora ni los amos ni los dueños sacan mucho del asunto. ¡Casi no puede creerse! ¿Verdad? Yo siempre he creído que la mina no se acabaría nunca. ¿Quién se lo hubiera imaginado cuando yo era niña? Pero New England está cerrada y lo mismo pasa con Colwick Wood: sí, es una bonita excursión atravesar el bosquecillo y ver Colwick Wood abandonada entre los árboles, los matorrales tapando la boca de la mina y los railes oxidados. Es como la muerte misma; una mina muerta. ¿Qué íbamos a hacer si se cerrara Tevershall? No le cabe a una en

la cabeza. Siempre hemos visto ese bullicio de la mina, menos cuando había huelgas, e incluso entonces no se paraban los ventiladores hasta que no habían subido los caballos. La verdad es que el mundo es una locura, nunca se sabe qué va a pasar al año siguiente, no hay manera de saberlo.

Fueron las conversaciones con la señora Bolton lo que realmente despertó un nuevo espíritu combativo en Clifford. Sus rentas, como ella le hizo notar, estaban seguras gracias al fideicomiso establecido por su padre, aunque la cantidad no era excesiva. Las minas no le interesaban realmente. Era otro mundo el que quería conquistar, el mundo de la literatura y la fama; el mundo del prestigio, no el del trabajo.

Ahora se daba cuenta de la diferencia entre el éxito popular y el éxito laboral: el populacho del placer y el populacho del trabajo. Él, como individuo privado, había estado sirviendo con sus narraciones al populacho del placer. Y había triunfado. Pero por debajo del populacho del placer estaba el populacho del trabajo, siniestro, deprimente y un tanto horrible. También ellos tenían que tener sus proveedores. Y era un asunto mucho más siniestro cubrir las necesidades del populacho del trabajo que las del populacho del placer. Mientras él escribía sus historias y «salía a flote» en el mundo, Tevershall se estaba hundiendo.

Se daba cuenta ahora de que la diosa bastarda del éxito tenía esencialmente dos apetitos: uno, el de la adulación, la lisonja, las caricias y cosquilleos que le proporcionaban los escritores y artistas; pero el otro era un apetito más siniestro de sangre y huesos. Y la sangre y los huesos para la diosa bastarda los proporcionaban los hombres que ganaban su dinero en la industria.

Sí, había dos grandes familias de perros disputándose el favor de la diosa bastarda: el grupo de los aduladores, los que le ofrendaban diversión, novelas, películas, obras de teatro; y los otros, menos espectaculares pero mucho más salvajes, que le proporcionaban carne, la verdadera sustancia del dinero. Los perros exhibicionistas y bien educados de la diversión se disputaban entre mutuos ladridos los favores de la diosa bastarda. Pero aquello no era nada en comparación con la muda lucha a muerte que se desarrollaba entre los indispensables, los proveedores de carnaza.

Pero bajo la influencia de la señora Bolton, Clifford se sentía tentado a entrar en aquel otro tipo de pugna, a hacerse con las riendas de la diosa bastarda a través de los caminos brutales de la producción industrial. De alguna manera había llegado a armarse de valor. En un cierto sentido la señora Bolton le había convertido en un hombre, algo de lo que Connie había sido incapaz. Connie le había mantenido aislado, había despertado su sensibilidad y le había hecho consciente de sí mismo y de sus estados de ánimo. La señora Bolton sólo despertaba su consciencia de las cosas externas. Su interior comenzó a ablandarse como un puré. Pero exteriormente empezó a cobrar existencia.

Se forzó incluso a volver una vez más a las minas: una vez allí bajó en una

cuba y en una cuba le pasearon por las instalaciones. Lo que había aprendido antes de la guerra, y que parecía haber olvidado por completo, le volvía ahora a la memoria. Allí estaba, paralítico, en una cuba, mientras el capataz le enseñaba el filón con una potente linterna. Él apenas dijo nada. Pero su cerebro se puso en funcionamiento.

Comenzó a leer de nuevo obras técnicas sobre la minería del carbón, analizó los informes del gobierno y comenzó a estudiar minuciosamente lo último que se había escrito en alemán sobre minería y sobre el tratamiento químico del carbón y las pizarras bituminosas. Naturalmente, los descubrimientos más valiosos se mantenían en secreto todo el tiempo posible. Pero una vez que se adentraba uno en el campo de la minería del carbón, en el estudio de métodos y procedimientos, en el análisis de los subproductos y las posibilidades químicas del carbón, eran asombrosos el ingenio y la casi misteriosa inteligencia de la moderna mentalidad técnica, como si realmente el demonio mismo hubiera prestado una inteligencia maligna a los científicos técnicos de la industria. Aquella ciencia técnica industrial era muchísimo más interesante que el arte, más que la literatura, materias puramente afectivas y faltas de contenido. En aquel campo los hombres eran como dioses, o como demonios, poseídos de una inspiración que les conducía a efectuar descubrimientos y a luchar por llevarlos a la práctica. En esta actividad los hombres estaban más allá de cualquier edad mental calculable. Pero Clifford sabía que cuando se trataba de la vida sentimental y humana, aquellos hombres que se habían hecho a sí mismos tenían una edad mental de unos trece años, eran pobres niños. La discrepancia era enorme y apabullante.

Pero tanto daba. Que el hombre se sumiera en un estado general de idiotéz en el terreno de la mente emotiva y «humana» era algo que no preocupaba a Clifford. Todo aquello podía irse al cuerno. Lo que le interesaba era el aspecto técnico de la moderna minería del carbón y sacar a Tevershall del agujero.

Bajaba al pozo día tras día, estudiaba, sometía al director general, al director técnico de superficie y al de las galerías, a los ingenieros, a una presión que no habían imaginado antes. ¡Poder! Un nuevo sentido del poder se había apoderado de él: poder sobre todos aquellos hombres, sobre los cientos y cientos de mineros. Descubría y descubriría: y poco a poco tomaba el control en sus manos.

Parecía haber nacido realmente de nuevo. ¡La vida penetraba en él! Con Connie había ido gradualmente muriendo en la vida privada y aislada del artista, del ser consciente. Ahora todo aquello podía desaparecer, dormir. Sentía que la vida le salía al encuentro desde la mina, desde el carbón. El mismo aire pútrido de la mina era para él mejor que el oxígeno. Le daba un sentido de fuerza, de poder. Estaba haciendo algo e iba a hacer algo. Iba a ganar, a vencer: no como había vencido con sus obras literarias, mera notoriedad en medio de un despliegue de energía y maldad, sino una victoria de hombre.

Al principio pensó que la solución estaba en la electricidad: transformar el carbón en energía eléctrica. Luego tuvo una nueva idea. Los alemanes habían inventado una nueva locomotora con un motor que se autoalimentaba y no necesitaba fogonero. Y había que suministrarle un nuevo combustible que ardía a gran temperatura en pequeñas cantidades bajo determinadas condiciones.

La idea de un nuevo combustible concentrado que ardía con una enorme lentitud a temperaturas altísimas fue lo que primero atrajo a Clifford. Tenía que haber alguna especie de estímulo externo para la combustión de un aceite así, algo más que la simple provisión de aire. Comenzó a experimentar y contrató a un joven inteligente que había demostrado su brillantez en el campo químico para que le ayudara.

Y tuvo la impresión de haber triunfado. Por fin había logrado salir de su encerramiento. Había logrado su anhelo de toda la vida: salir de sí mismo. El arte no había sido capaz de lograrlo. Más bien había agravado la situación. Pero ahora lo había conseguido.

No era consciente de lo mucho que la señora Bolton estaba tras él. No sabía lo mucho que dependía de ella. Pero, con eso y con todo, era evidente que cuando estaba con ella su voz descendía a un agradable ritmo de intimidad, casi ligeramente vulgar.

Con Connie se manifestaba un tanto envarado. Se daba cuenta de que le debía todo, absolutamente todo, y le mostraba el mayor respeto y consideración, siempre que ella le manifestara un simple respeto externo. Pero era evidente que sentía un temor interno ante ella. El nuevo Aquiles que se había despertado en él tenía un talón vulnerable, y en aquel talón la mujer, una mujer como Connie, su mujer, podía infligir una herida fatal. Sentía ante ella un miedo casi servil que le hacía extremar la cortesía. Pero su voz se agarrotaba un tanto cuando hablaba con ella y empezó a mantenerse en silencio cuando ella estaba presente.

Únicamente cuando estaba a solas con la señora Bolton se sentía realmente amo y señor, y su voz se hacía tan fluida y dicharachera como la de ella misma. Y dejaba que ella le afeitara o le limpiara todo el cuerpo con una esponja como si fuera un niño, realmente como un niño.

CAPITULO 10

Connie estaba a menudo sola ahora. Venían menos visitas a Wragby. Clifford ya no las quería. Rechazaba incluso al círculo de los íntimos. Era un ser extraño. Había llegado a preferir la radio que había instalado con no poco gasto y que había llegado a conseguir que funcionara bastante bien. A veces lograba oír Madrid o Frankfurt incluso allí, en la atmósfera turbulenta de los Midlands.

Y se quedaba sentado durante horas escuchando los chirridos del altavoz. Para Connie era algo asombroso y desconcertante. Pero él permanecía sentado allí con una expresión vacía, en trance, como alguien que saliera de sí mismo para escuchar, o parecer escuchar, lo innumerable.

¿Escuchaba realmente? ¿O era para él una especie de soporífero que tomaba mientras algo diferente cocía en su interior? Connie no lo sabía. Se refugiaba entonces en su habitación o fuera, en el bosque. Una especie de terror le asaltaba a veces, terror a la incipiente locura de toda la especie civilizada.

Pero ahora que la corriente le llevaba a Clifford a aquella otra enfermedad de la actividad industrial, transformándose casi en un engendro, con un caparazón exterior de dureza y eficacia y un interior pastoso, uno de los increíbles centollos y langostas del moderno mundo industrial y financiero, invertebrado del orden de los crustáceos, con conchas de acero, como máquinas, y un interior blandengue y gelatinoso, Connie misma se sentía totalmente a la deriva.

Ni siquiera era libre, porque Clifford tenía que tenerla allí. Parecía sentir un horror nervioso a que ella le abandonara. Su parte extrañamente gelatinosa, su parte sentimental y emocionalmente humana, dependía de ella con terror, como un niño, casi como un idiota. Tenía que estar allí, allí en Wragby, una Lady Chatterley, su mujer. De otra forma se sentiría perdido, como un idiota en un terreno pantanoso.

Connie se dio cuenta de aquella inconcebible dependencia con una especie de pánico. Ella le oía hablar con los directivos de la mina, con los miembros de su consejo de administración, con los jóvenes científicos, y le asombraba su hábil captación de las cosas, su fuerza, su asombroso poder material sobre lo que se llama gente práctica. Él mismo se había convertido en un hombre práctico; uno asombrosamente astuto y lleno de poder, un amo. Connie lo atribuía a la influencia de la señora Bolton sobre él en el momento más crítico de su vida.

Pero aquel hombre astuto y práctico era casi un idiota cuando se quedaba a

solas con su vida sentimental. Adoraba a Connie. Era su mujer, un ser superior, y la adoraba con una idolatría extraña y cobarde, como un salvaje; una idolatría basada en un enorme miedo, y un odio incluso, al poder del ídolo, el temido ídolo. Lo único que quería era que Connie jurara que no le abandonaría, que no renunciaría a él.

—Clifford —dijo ella, una vez que tuvo en su poder la llave de la choza—, ¿de verdad te gustaría que tuviera un hijo alguna vez?

Él la miró con una inquietud furtiva en sus ojos un tanto prominentes y pálidos.

—No me importaría si eso no cambiara las cosas entre nosotros —dijo él.

—¿No las cambiara en qué? —dijo ella.

—Entre tú y yo; en el amor que nos tenemos. Si va a afectarnos en eso, entonces estoy en contra. ¡Sin contar con que hasta es posible que un día yo mismo pudiera tener un hijo!

Ella le miró desconcertada.

—Quiero decir que eso... podría volverme uno de estos días.

Ella siguió mirándole desconcertada y él se sintió incómodo.

—¿Entonces no te gustaría que tuviera un hijo? —dijo ella.

—Ya te he dicho —contestó él inmediatamente, como un perro acorralado— que estoy totalmente dispuesto, siempre que eso no afecte a tu amor por mí. Si lo afectara estoy decididamente en contra.

Connie pudo sólo mantenerse en silencio con un frío temor y desprecio. Aquella manera de expresarse parecía más bien el balbuceo de un imbécil. Clifford ya ni siquiera sabía de qué hablaba.

—Oh, no cambiaría en nada mis sentimientos hacia ti —dijo con un cierto sarcasmo.

—¡Eso es! —dijo él—. ¡Eso es lo importante! En ese caso no me importa en absoluto. Quiero decir que sería una maravilla tener un niño corriendo por la casa, y saber que se está construyendo un futuro para él. Entonces tendría algo por lo que luchar, y sabría que se trata de tu hijo, ¿no es verdad, querida? Y sería lo mismo que si fuera mío. Porque lo que importa eres tú en esas cosas. Eso ya lo sabes, ¿no es cierto, querida? Yo no cuento para nada, no soy más que un número. Tú eres el gran yo, por lo que se refiere a la vida. Y eso lo sabes, ¿no? Quiero decir, por lo que a mí respecta. Quiero decir que si no es por ti y para ti, yo no soy absolutamente nada. Vivo por ti y por tu futuro. Yo mismo no soy nada.

Connie le escuchaba con un creciente desánimo y repulsión. Aquella era una de las siniestras verdades a medias que envenenan la existencia humana. ¿Qué hombre sensato se atrevería a decir aquellas cosas a una mujer? Pero los hombres carecen de sentido. ¿Qué hombre con un resquicio de sentido del honor habría echado aquella siniestra carga de responsabilidad ante la vida sobre los

hombros de una mujer, para dejarla luego allí, en el vacío?

Y aún más, media hora después Connie oyó a Clifford hablando con la señora Bolton, con una voz excitada e impulsiva, mostrándose con una especie de pasión desapasionada ante la mujer, como si fuera mitad su amante, mitad su madre adoptiva. Y la señora Bolton le estaba vistiendo un traje oscuro, porque había importantes hombres de negocios de visita.

En aquella época Connie creía a veces que iba a morir. Se sentía aplastada por la opresión de las burdas mentiras y la asombrosa crueldad de la estupidez. La extraña eficacia de Clifford para los negocios la aniquilaba en cierto sentido, y su declaración de adoración privada la llenó de pánico. No había nada entre ellos. Ahora ya ni siquiera le tocaba y él nunca la tocaba a ella. Ni siquiera le tomaba la mano y la mantenía tiernamente. No, y justamente porque estaba tan fuera de contacto, la torturaba con aquella declaración de idolatría. Era la crueldad de la impotencia absoluta. Y ella sentía que llegaría a perder la razón o morir.

Se refugiaba en el bosque siempre que le era posible. Una tarde en que estaba perezosamente sentada observando las frías burbujas del manantial en John's Well, el guarda se había acercado a ella.

—Ya me han hecho su llave, excelencia —dijo saludando militarmente y ofreciéndole la llave.

—¡Muchas gracias! —dijo ella asustada.

—La choza no está muy limpia. Espero que no le importe —dijo—. He quitado del medio lo que he podido.

—¡No quería que se hubiera molestado! —dijo ella.

—Oh, no ha sido molestia. Meteré los polluelos en una semana más o menos. Y tendré que ocuparme de ellos por la mañana y por la noche, pero la molestaré lo menos posible.

—No me molesta en absoluto —insistió ella—. Preferiría no ir siquiera a la choza si le voy a estorbar.

La miró con sus ojos azules y despiertos. Parecía amable pero distante. Por lo menos era sano y robusto, aunque pareciera delgado y enfermizo. Parecía molestarle la tos.

—Está usted acatarrado —dijo ella.

—No es nada, un resfriado. La última pulmonía me ha dejado con algo de tos, pero no es nada.

Se mantenía apartado de ella, sin avanzar un paso. Ella empezó a ir a menudo a la choza por la mañana o por la tarde, pero él nunca estaba allí. Era evidente que la evitaba adrede. Quería mantener su propia intimidad.

Había limpiado la choza. Había colocado la mesita y la silla junto a la chimenea; había dejado una pequeña pila de astillas y troncos y retirado lo más posible la herramienta y las trampas, como borrando su presencia. Fuera, junto

al claro, había construido un pequeño cobertizo de ramas y paja para abrigar a los faisanes; bajo él estaban las cinco jaulas. Un día, al llegar, vio dos gallinas marrones sentadas alerta y orgullosas en las jaulas, incubando los huevos de faisán, ahuecando el plumaje, altivas y esponjosas, con el calor de la sangre femenina en ebullición. El corazón de Connie dio un vuelco. Ella misma se encontraba tan olvidada y desusada que casi no era una hembra, sino una simple criatura aterrorizada.

Más tarde las cinco jaulas fueron ocupadas por gallinas, tres marrones, una ceniza y una negra. Todas ellas, de la misma manera, se apretaban sobre los huevos con la suave languidez del instinto femenino, de la naturaleza femenina, ahuecando las plumas. Observaban con ojos brillantes a Connie cuando se agachaba ante ellas, y emitían un cacareo de alarma y furor, aunque era esencialmente la ira de la hembra cuando alguien se le acerca.

Connie encontró grano en un arcón de la choza. Se lo ofreció a las gallinas en la palma de la mano. No querían comerlo. Sólo una de ellas se lanzó sobre la mano con un picotazo feroz que asustó a Connie. Pero tenía un enorme deseo de dar algo a aquellas madres incubadoras que ni comían ni bebían. Les llevó agua en una latita y le llenó de placer ver cómo bebía una de las gallinas.

Empezó a ir todos los días a verlas, eran lo único en el mundo que daba algo de calor a su corazón. Las aseveraciones de Clifford la dejaban fría de pies a cabeza. La voz de la señora Bolton la dejaba fría y lo mismo sucedía con los hombres de negocios que les visitaban. Alguna carta espaciada de Michaelis producía en ella el mismo efecto de frialdad. Se sentía morir si aquello duraba mucho más tiempo.

Sin embargo era primavera y las campanillas comenzaban a abrirse en el bosque y los pimpollos de los avellanos brotaban como una ducha de lluvia verde. ¡Qué cosa tan horrible que fuera primavera y todo estuviera helado, sin corazón! ¡Sólo las gallinas, maravillosamente cluecas sobre los huevos, emitían el calor de sus cuerpos femeninos creando nueva vida! Connie se sentía perennemente a punto de perder el sentido.

Luego, un día, un maravilloso día de sol lleno de grandes manojos de primulas bajo los avellanos, y cantidades de violetas punteando los senderos, se acercó por la tarde a las jaulas y había allí un polluelo minúsculo y descarado pavoneándose en torno a una de las jaulas, con la gallina madre cacareando de horror. El polluelo era de un marrón ceniciento con marcas oscuras y era el pedacito de criatura más vivo sobre la faz de la tierra en aquel momento. Connie se agachó para observarlo en una especie de éxtasis. ¡Vida, vida! ¡Vida pura, burbujeante, libre de miedos! ¡Vida nueva! ¡Tan diminuto y tan absolutamente desprovisto de temores! Incluso cuando se dio a la fuga volviendo titubeante a la jaula y desapareciendo bajo las plumas de la gallina en respuesta a los salvajes gritos de alarma de la madre, lo hizo sin estar realmente asustado, sino más bien

como un juego, el juego de la vida. Porque un momento más tarde una cabecita aparecía bajo las plumas marrón dorado de la gallina, mirando al cosmos.

Connie estaba fascinada. Y al mismo tiempo, nunca había sentido de una forma tan aguda la agonía de su condición de mujer abandonada, que se estaba convirtiendo en algo insoportable.

Sólo tenía un deseo en aquella época: acercarse al claro del bosque. Lo demás era una especie de sueño doloroso. Pero a veces sus deberes de anfitriona la mantenían todo el día en Wragby. Y entonces se sentía como si ella también estuviera cayendo en el vacío, el vacío y la locura.

Una tarde, con invitados o sin ellos, se escapó después del té. Era tarde y atravesó corriendo el parque, como quien teme que le llamen para que vuelva. El sol se estaba poniendo, con un color rosado, cuando entró en el bosque, pero ella se apresuró entre las flores. Arriba la luz duraría aún mucho tiempo.

Llegó al claro del bosque sofocada y semiinconsciente. Allí estaba el guarda en mangas de camisa, acabando de cerrar las jaulas para que los diminutos ocupantes estuvieran a salvo durante la noche. Aun así, un pequeño trío seguía triscando sobre sus piecitos bajo el cobertizo de paja, pequeñas criaturas despiertas y parduzcas, negándose a escuchar la llamada de la madre inquieta.

—¡He tenido que venir a ver a los polluelos! —dijo jadeante, mirando tímida al guarda, casi sin prestar atención a su presencia—. ¿Hay alguno más?

—Treinta y seis hasta ahora —dijo él—. ¡No está mal!

También a él le producía un extraño placer ver salir a los animalitos.

Connie se agachó frente a la última jaula. Los tres polluelos habían entrado. Pero sus cabecitas asomaban todavía abriéndose paso entre las plumas amarillas para retirarse de nuevo. Luego una sola cabeza aventurándose a mirar desde el vasto cuerpo de la madre.

—Me gustaría tocarlos —dijo, metiendo los dedos con prudencia entre los barrotes de la jaula.

Pero la gallina madre le lanzó un picotazo feroz y Connie se apartó temerosa y asustada.

—¡Cómo quiere picarme! ¡Me odia! —dijo con voz desconcertada—. ¡Pero si no voy a hacerles ningún daño!

El hombre, que estaba de pie a sus espaldas, rio, se agachó a su lado con las rodillas separadas y metió la mano en la jaula con una confianza llena de tranquilidad. La gallina le lanzó un picotazo, pero no tan feroz. Y lentamente, suavemente, con dedos seguros y amables, tentó entre las plumas y sacó en el puño cerrado un polluelo que cacareaba débilmente.

—¡Aquí está! —dijo, extendiendo la mano hacia ella. Ella cogió aquella criaturita parduzca entre sus manos y la vio quedarse allí sobre sus patitas imposiblemente finas, como un átomo de vida en equilibrio temblando sobre la mano a través de unos pies minúsculos y casi sin peso. Pero levantó

valientemente la cabecita, hermosa y bien formada, miró fijamente alrededor y emitió un pequeño « pío » .

—¡Qué adorable! ¡Qué monada! —dijo ella en voz baja.

El guarda, agachado a su lado, observaba también con una expresión divertida al polluelo que tenía en las manos. De repente vio que una lágrima caía sobre una de las muñecas de Connie.

Y se levantó apartándose hacia la otra jaula. Porque repentinamente se había dado cuenta de que la antigua llama despertaba y se apoderaba de sus caderas, aunque la había creído dormida para siempre. Luchó contra ello, poniéndose de espaldas a Connie. Pero seguía descendiendo y descendiendo por sus piernas hasta llegar a las rodillas.

Se volvió a mirarla de nuevo. Estaba arrodillada, extendiendo lentamente las dos manos hacia delante, sin mirar, para que el polluelo pudiera volver con la gallina madre. Y había un algo tan silencioso y desamparado en ella que sus entrañas ardieron de compasión hacia Connie.

Sin ser consciente de ello, volvió rápidamente a su lado, se agachó de nuevo junto a ella, y cogiéndole el polluelo de las manos al darse cuenta de que la asustaba la gallina, lo devolvió a la jaula. En el dorso de sus caderas el fuego se encendió de repente con una llama más viva.

La miró aprensivamente. Su cara estaba vuelta al otro lado y lloraba de una forma ciega, con toda la angustia desesperada de su generación. Su corazón se fundió repentinamente como una gota de fuego y extendió la mano, poniendo sus dedos sobre la rodilla de ella.

—No debe llorar —dijo suavemente.

Pero ella se llevó las manos a la cara y se dio cuenta de que su corazón estaba realmente destrozado y que ya nada tenía importancia.

Él puso la mano sobre su hombro, y suavemente, con ternura, empezó a bajarla por la curva de su espalda, ciegamente, con un movimiento acariciador, hasta la curva de sus muslos en cuclillas. Y allí su mano, suavemente, muy suavemente, recorrió la curva de su cadera con una caricia ciega e instintiva.

Ella había encontrado su minúsculo pañuelo y trataba de secarse la cara.

—¿Quiere venir a la choza?—dijo él con una voz apagada y neutral.

Y aferrando suavemente su antebrazo con la mano, la ayudó a levantarse y la condujo lentamente hacia la choza sin soltarla hasta estar dentro. Luego echó a un lado la mesa y la silla y sacó del cajón de las herramientas una manta marrón del ejército, extendiéndola lentamente. Ella le miraba a la cara y permanecía inmóvil.

La cara de él estaba pálida y sin expresión, como la de un hombre que se somete a la fatalidad.

—Échese ahí —dijo con suavidad, y cerró la puerta. Todo quedó oscuro, completamente oscuro.

Con una extraña obediencia ella se echó sobre la manta. Luego sintió la mano suave, insegura, desesperadamente llena de deseo, tocando su cuerpo, buscando su cara. La mano acarició su cara suavemente, muy suavemente, con una infinita ternura y seguridad, y al fin sintió el contacto suave de un beso en su mejilla.

Ella permanecía silenciosa, como durmiendo, como en un sueño. Luego se estremeció al sentir que su mano vagaba suavemente, y sin embargo con una extraña impericia titubeante, entre sus ropas. Pero la mano sabía cómo desnudarla en el sitio deseado. Fue tirando hacia abajo de la fina envoltura de seda, lentamente, con cuidado, hasta abajo del todo y luego sobre los pies. Después, con un estremecimiento de placer exquisito, tocó el cuerpo cálido y suave, y tocó su ombligo durante un momento en un beso. Y tuvo que entrar en ella inmediatamente, penetrar la paz terrena de su cuerpo suave y quieto. Para él fue el momento de la paz pura la entrada en el cuerpo de la mujer.

Ella permanecía inmóvil, en una especie de sueño, siempre en una especie de sueño. La actividad, el orgasmo, eran de él, sólo de él; ella no era capaz de hacer nada por sí misma. Incluso la firmeza de sus brazos en torno a ella, hasta el intenso movimiento de su cuerpo y el brote de su semen en ella se reflejaban en una especie de sopor del que ella no quiso despertar hasta que él hubo acabado y se reclinó contra su pecho jadeando dulcemente.

Entonces se preguntó, sólo vagamente, se preguntó ¿por qué? ¿Por qué era necesario aquello? ¿Por qué la había liberado de una gran nube que la encerraba y le había traído la paz? ¿Era real? ¿Era real?

Su cerebro atormentado de mujer moderna seguía sin sosegar. ¿Era real? Y se dio cuenta de que si se entregaba al hombre era algo real. Pero si reservaba su yo para sí misma no era nada. Era vieja, se sentía con una edad de millones de años. Y al final ya no podía soportar la carga de sí misma. Estaba allí y no había nada más que tomarla. Nada más que tomarla.

El hombre yacía en una misteriosa quietud. ¿Qué estaría sintiendo? ¿Qué estaría pensando? Ella no lo sabía. Era un extraño para ella, no le conocía. Sólo tenía que esperar, porque no se atrevía a romper su misterioso silencio. Estaba echado allí, con sus brazos en torno a ella, su cuerpo sobre el de ella; su cuerpo húmedo tocando el suyo, tan cercano. Y completamente desconocido. Pacificante sin embargo. Su misma inmovilidad era tranquilizante.

Lo supo cuando por fin se levantó y se separó de ella. Fue como una deserción. Le bajó el vestido hasta las rodillas y permaneció en pie unos segundos, aparentemente ajustándose su propia ropa. Luego abrió la puerta con cuidado y salió.

Ella vio una luna pequeña y brillante que dominaba la última luz del atardecer sobre los robles. Se levantó rápidamente y se arregló; todo estaba en orden. Luego se dirigió hacia la puerta de la choza.

La parte inferior del bosque estaba en penumbra, casi en oscuridad. Pero arriba el cielo era claro como el cristal, aunque no emitía apenas claridad alguna. Él se acercó entre las sombras con la cara levantada, como una mancha pálida.

—¿Le parece que nos vayamos?

—¿A dónde?

—La llevaré hasta la cerca.

Ordenó las cosas a su manera. Cerró la puerta de la choza y la siguió.

—No lo lamenta usted, ¿no? —preguntó mientras andaba a su lado.

—¡No! ¡No! ¿Y usted? —dijo ella.

—¡Eso! ¡No! —dijo. Luego, tras una pausa, añadió—: Pero está todo lo demás.

—¿Qué es todo lo demás? —dijo ella.

—Sir Clifford. La otra gente. Todas las complicaciones.

—¿Por qué complicaciones? —dijo ella desengañada.

—Siempre las hay. Para usted y para mí. Siempre hay complicaciones.

Siguió avanzando firmemente en la oscuridad.

—¿Y usted, lo lamenta? —preguntó ella.

—¡Por un lado sí! —contestó él mirando al cielo—. Creí que me había librado de todo esto. Y ahora he vuelto a empezar.

—¿A empezar qué?

—La vida.

—¡La vida! —repitió ella como un eco con un raro estremecimiento.

—Es la vida —dijo él—. No hay forma de dejarla a un lado. Y si se hace, casi es mejor morir. Si tiene que abrirse otra vez la herida, que se abra.

Ella no era totalmente de la misma opinión, pero aun así...

—Es amor simplemente —dijo ella con alegría.

—Sea lo que sea —contestó él.

Continuaron a través del bosque, cada vez más oscuro, en silencio, hasta llegar casi a la cerca.

—No me odia usted por eso, ¿no? —dijo ella anhelante.

—No, no —contestó él. Y de repente la estrechó contra su pecho de nuevo, con la misma pasión de antes—. No, para mí ha sido maravilloso, maravilloso. ¿Para usted también?

—Sí, para mí también —contestó ella faltando a la sinceridad, porque no había sido consciente de gran cosa.

La besó suavemente, muy suavemente, con besos de ternura.

—Si no hubiera tanta otra gente en el mundo... —dijo él lúgubre.

Ella rio. Estaba a la puerta del parque. Él abrió para que pasara.

—Me quedaré aquí —dijo él.

—¡Sí! —y extendió la mano, como para estrechar la de él. Pero él la tomó entre las suyas.

—¿Puedo volver?—preguntó ella anhelante.

—¡Sí! ¡Sí!

Ella le dejó y cruzó el parque.

Él se quedó atrás, viendo cómo desaparecía en la oscuridad contra la palidez del horizonte. La vio marcharse casi con amargura. Había vuelto a atarle cuando quería estar solo. Había tenido que pagar el precio de esa amarga intimidad de un hombre que acaba queriendo únicamente estar solo.

Volvió hacia la oscuridad del bosque. Todo era silencio, la luna se había puesto. Pero él percibía los ruidos de la noche, las máquinas de Stacks Gate, el tráfico en la carretera principal. Lentamente fue subiendo por la colina desnuda. Y desde la cumbre pudo ver el paisaje, filas de lámparas brillantes en Stacks Gate, luces más pequeñas en el pozo de Tevershall, las luces amarillas del pueblo y puntos de luz por todas partes, aquí y allá, en el paisaje oscuro, con el estallido distante de los hornos, débil y rosáceo, en aquella noche clara, el color rosa del vertido del metal al rojo vivo. ¡Luces eléctricas intensas y malignas de Stacks Gate! ¡Con un indefinible fondo de maldad en ellas! Y todo el desasosiego, el miedo inestable de la noche industrial de los Midlands. Podía oír los motores de las jaulas de Stacks Gate bajando al pozo a los mineros de las siete. La mina trabajaba en tres turnos.

Volvió a la oscuridad y al recogimiento del bosque. Pero sabía que aquel recogimiento era ilusorio. Los ruidos de las industrias rompían la soledad; las luces penetrantes, aunque no se vieran, se burlaban de ella. Un hombre ya no podía vivir solo y retirado. El mundo no permite la existencia de eremitas. Y ahora había tomado a la mujer y se había echado encima un nuevo ciclo de dolor y miserias. Ya sabía por experiencia lo que aquello significaba.

No era culpa de la mujer, ni siquiera era culpa del amor o del sexo. La culpa estaba allí, allí fuera, en aquellas luces malignas y en el traqueteo diabólico de las máquinas. Allí, en aquel mundo de lo mecánicamente avaricioso, el avaricioso mecanismo y la avaricia mecanizada, cuajado de luces, vomitando metal caliente, y ensordecido por el tráfico; allí estaba el interminable mal dispuesto a devorar a quien no se ajustara a sus normas. Pronto destruiría el bosque y las campanillas dejarían de brotar. Todas las cosas vulnerables deben perecer bajo el paso y el peso del acero.

Recordó a la mujer con una infinita ternura. Pobre cosita desamparada, era mejor de lo que ella misma se imaginaba y demasiado buena para la canalla con la que estaba en contacto. Pobre; también ella tenía algo de la vulnerabilidad de los jacintos silvestres, no era en absoluto de plástico y platino como las chicas modernas. ¡Y acabarían con ella! Sin ninguna duda acabarían con ella como acaban con todo lo que es tierno por naturaleza en la vida. ¡Tierna! De alguna manera era tierna, con la ternura de los jacintos en crecimiento, algo que ha desaparecido en la mujer de celuloide de nuestros días. Pero él la protegería con

su corazón durante algún tiempo. Un breve espacio de tiempo hasta que el insaciable mundo de acero y el Mammon de la avaricia mecanizada acabara con los dos, con él y con ella.

Con su escopeta y su perra volvió a casa, a la oscura casa de labor. Encendió la luz, hizo fuego en la chimenea y tomó su cena de pan y queso, cebollas recientes y cerveza. Estaba solo, rodeado de un silencio que le gustaba. Su habitación era limpia y ordenada, pero más bien desnuda. Y sin embargo el fuego era vivo, el hogar blanco, la lámpara de petróleo colgaba brillante sobre la mesa con su hule blanco. Trató de leer un libro sobre la India, pero aquella noche no lograba leer. Se quedó sentado en camisa junto al fuego, sin fumar, pero con una jarra de cerveza al alcance de la mano. Y pensó en Connie.

A decir verdad sentía lo que había sucedido, quizás más por ella que por sí mismo. Tenía como un mal presagio, no un sentido de haber hecho mal o de pecado; su conciencia no le decía nada en ese sentido. Sabía que la conciencia era esencialmente miedo a la sociedad, o miedo a sí mismo. No tenía ningún miedo de sí mismo. Pero temía conscientemente a la sociedad, de la cual sabía por instinto que era una bestia maligna y rayana en la locura.

¡La mujer! ¡Si pudiera estar allí con él y no existiera nadie más en el mundo! El deseo despertó de nuevo, su pene comenzó a excitarse como un pájaro vivo, pero al mismo tiempo sintió una especie de opresión, un temor a exponerse él y exponerla a ella a aquel mundo exterior reflejado brutalmente en las luces eléctricas y que parecía cargar sobre sus hombros. Ella, pobrecita, no era para él más que una joven criatura femenina; pero una joven criatura femenina en la que él había penetrado y a la que deseaba de nuevo.

Estirándose, con ese extraño bostezo del deseo, puesto que había vivido solo y al margen de hombre o mujer durante cuatro años, se levantó y volvió a coger la chaqueta y el arma, bajó la luz de la lámpara y salió con la perra a la noche estrellada. Conducido por el deseo y por el miedo a aquella cosa maligna del exterior, hizo su ronda por el bosque lentamente, en silencio. Le gustaba la oscuridad y se acoplaba a ella. Se adaptaba a la turgidez de su deseo, que a pesar de todo era como una riqueza; ¡la bulliciosa inquietud de su pene, el inquieto fuego de su bajo vientre! Oh, si al menos hubiera otros hombres con quienes hacer causa común para luchar contra aquella brillante cosa eléctrica del exterior y conservar la ternura de la vida, la ternura de las mujeres y la riqueza natural del deseo. ¡Si al menos hubiera otros hombres para luchar codo con codo! Pero los hombres estaban todos fuera, al otro lado, glorificando a la cosa, triunfando o siendo destrozados en la vorágine de la avaricia mecanizada o del mecanismo avaricioso.

Por su lado, Constance había atravesado corriendo el parque en dirección a casa, casi sin pensar. Todavía no había llegado a ninguna conclusión. Estaría a tiempo para la cena.

Sin embargo, la desconcertó el hecho de que las puertas estuvieran cerradas con llave, de modo que tuvo que llamar. La señora Bolton abrió la puerta.

—¡Ah, está aquí, excelencia! ¡Estaba empezando a temer que se hubiera perdido! —dijo con un tanto de picardía—. Sir Clifford no ha preguntado por usted, sin embargo; está con el señor Linley, hablando de algo. Parece como si fuera a quedarse a cenar, ¿no le parece a su excelencia?

—Casi lo parece —dijo Connie.

—¿Le parece que retrase la cena un cuarto de hora? Eso le daría tiempo para vestirse con tranquilidad.

—Quizás sería lo mejor.

El señor Linley era el director general de las minas, un anciano del norte, no lo bastante emprendedor para el gusto de Clifford; inadecuado para las condiciones de la posguerra e inadecuado para los mineros de posguerra, con su tendencia a ir directamente « al bollo ». Pero a Connie le gustaba el señor Linley, aunque estaba encantada de verse libre de la adulación servil de su mujer.

Linley se quedó a cenar y Connie se comportó como esa anfitriona que tanto gusta a los hombres, modesta y al mismo tiempo atenta y despierta, con sus ojos grandes, amplios, azules y un suave reposo en su persona que bastaba para ocultar lo que realmente estaba pensando. Connie había representado aquel papel tantas veces que casi era una segunda naturaleza para ella; decididamente secundaria en todo caso. Y sin embargo era curioso hasta qué punto todo desaparecía de su consciencia cuando representaba aquel personaje.

Esperó pacientemente hasta poder subir a su habitación y dedicarse a sus propios pensamientos. Siempre estaba esperando, aquel parecía ser su fuerte.

Sin embargo, una vez en su habitación siguió sintiéndose desconcertada y confusa. No sabía qué pensar. ¿Qué clase de hombre era aquel realmente? ¿La quería de verdad? No mucho, presentía. Y, sin embargo, era amable. Había algo, una especie de amabilidad cálida e ingenua, curiosa y repentina, que casi había forzado a su vientre a abrirse a él. Pero ella pensaba que podía ser quizás así de amable con cualquier otra mujer. Aunque, aun así, era extrañamente sedante, reconfortante. Y era un hombre apasionado, sano y apasionado. Aunque quizás un tanto falto de personalidad; podría comportarse con cualquier mujer de la misma forma que se había comportado con ella. Realmente le faltaba personalidad. Para él ella no era más que una hembra.

Pero quizás era mejor así. Y después de todo había sido amable con la hembra que había en ella, como ningún hombre lo había sido antes. Los hombres eran amables con la persona que era ella, pero más bien crueles con la hembra, despreciándola e ignorándola por completo. Los hombres eran tremendamente amables con Constance Reid o con Lady Chatterley, pero con su vientre no tenían ninguna amabilidad en absoluto. Y él ignoraba por completo a Constance o a Lady Chatterley; simplemente acariciaba con ternura su vientre o sus pechos.

Al día siguiente fue al bosque. Hacía una tarde gris, sin viento; la grama, de un color verde oscuro, se extendía bajo los macizos de avellanos y todos los árboles realizaban un esfuerzo silencioso para abrir sus yemas. Aquel día podía sentir casi en su propio cuerpo el impulso inmenso de la savia en los grandes árboles, ascendiendo hasta las puntas de los capullos para abrirse allí en pequeñas hojas flamíferas de un bronce sanguinolento. Era como una marea disparándose hacia arriba y esparciéndose por el cielo.

Llegó al claro, pero él no estaba allí. Sólo a medias había esperado verle. Los polluelos de faisán corrían fuera de las jaulas, ligeros como insectos, mientras las gallinas cacareaban inquietas. Connie se sentó, observándoles y esperando. Simplemente esperaba. Apenas se fijaba siquiera en los polluelos. Esperaba.

El tiempo pasaba con una lentitud de sueño y él no venía. Sólo le había esperado a medias. Tampoco vino por la tarde. Tenía que volver a casa para el té. Pero tuvo que obligarse para poder dejar aquel lugar.

Mientras avanzaba hacia casa cayó una ligera llovizna.

—¿Otra vez lloviendo? —dijo Clifford al verla sacudir el sombrero.

—Unas gotas.

Sirvió el té en silencio, absorta en una especie de obstinación. Quería haber visto al guardabosque aquel día, convencerse de que existía realmente. Si aquello existía realmente.

—¿Quieres que te lea alguna cosa luego? —dijo Clifford.

Ella le miró. ¿Se habría dado cuenta de algo?

—Me siento rara con la primavera; había pensado en descansar un poco — dijo.

—Como quieras. ¿No te encontrarás mal?, ¿no?

—¡No! Sólo un poco cansada; es la primavera. ¿Quieres que venga la señora Bolton y juegue a algo contigo?

—No. Me parece que voy a escuchar un poco la radio.

Notó la extraña satisfacción en su voz. Subió a su habitación. Desde allí se oía gritar al altavoz con una voz afectada, estúpida y aterciopelada; era un programa sobre los diferentes pregones de los vendedores ambulantes, la quintaesencia de la estupidez educada imitando a los pregoneros. Se puso su viejo impermeable verde y se escabulló de la casa por la puerta lateral.

El goteo de la lluvia era como un velo que cubriera el mundo, misterioso, apagado, sin frío. Entró en calor al apresurarse a través del parque. Tuvo que desabotonarse el ligero impermeable.

El bosque estaba en silencio, callado y secreto en la llovizna del atardecer; lleno del misterio de los huevos y de los capullos a medio abrir, y de las flores en brote. En su penumbra todos los árboles brillaban desnudos y oscuros como si se hubieran desprovisto de su ropa, y las cosas verdes sobre la tierra parecían canturrear de verdor.

Seguía sin haber nadie en el claro. Los polluelos se habían refugiado casi todos bajo las alas de las gallinas madre, sólo uno o dos, los más atrevidos, correteaban sobre el terreno seco bajo el cobertizo de paja. Y no estaban muy seguros de sí mismos.

—¡Así que todavía no había estado allí! Se mantenía alejado adrede. O quizás algo marchaba mal. Quizás debiera ir a su casa a asegurarse.

Pero ella había nacido para esperar. Abrió la choza con su llave. Todo estaba en orden, el grano en el arca, las mantas plegadas en el estante, la paja limpia en una esquina: un nuevo haz de paja. La lámpara de petróleo colgaba de un clavo. La mesa y la silla habían vuelto a su anterior emplazamiento.

Se sentó en una banqueta junto a la puerta. ¡Qué en silencio estaba todo! La lluvia fina dejaba oír su rumor suave y esparcido, pero el viento no hacía ruido alguno. Nada hacía ningún ruido. Los árboles se mantenían erectos como criaturas vigorosas, en penumbra, apagados, silenciosos y vivos. ¡Cuánta vida había en todo!

La noche se acercaba de nuevo; tendría que irse. Él estaba evitando verla.

Pero de repente apareció a grandes zancadas en el claro, con su chaquetón de chófer, brillante de lluvia. Echó una mirada furtiva a la choza, medio saludó, se volvió a un lado y fue hacia las jaulas. Una vez allí se agachó en silencio, observándolo todo muy atento para luego cerrar cuidadosamente a las gallinas y a los polluelos, protegiéndolos contra la noche.

Después se acercó lentamente hacia ella. Seguía sentada en la banqueta, y ante ella se detuvo en el porche.

—Así que ha venido —dijo, utilizando la entonación del dialecto.

—Sí —dijo ella, levantando la mirada hacia él—. ¡Llega usted tarde!

—¡Ya! —contestó él, volviendo la mirada hacia el bosque.

Ella se levantó lentamente, echando a un lado la banqueta.

—¿Iba usted a entrar? —preguntó ella.

Él la miró fijamente.

—¿No va a empezar la gente a pensar mal si viene usted aquí todas las tardes? —dijo.

—¿Por qué? —le miró sin llegar a entender—. Dije que vendría. Y nadie más lo sabe.

—Pero pronto lo sabrán —contestó él—. Y entonces, ¿qué?

Ella no sabía qué contestar.

—¿Por qué habrían de saberlo?

—La gente siempre acaba por saberlo —dijo él con tono de fatalidad.

El labio de ella tembló ligeramente.

—Eso es algo que yo no puedo evitar —susurró ella.

—No —dijo él—. Puede evitarlo no viniendo, si quiere —añadió él en un tono más bajo.

—Eso es algo que no quiero hacer —murmuró ella.

Él volvió la cabeza hacia el bosque y se quedó en silencio.

—¿Pero qué pasará cuando la gente lo descubra? —preguntó por fin—. ¡Imagínese! Piense lo humillada que se va a sentir; uno de los criados de su marido. Ella miró su cara vuelta hacia el otro lado.

—Es que... —vaciló—, ¿es que no quiere saber nada de mí?

—¡Piense! —dijo él—. Imagínese si la gente lo descubre. Sir Clifford y todo el mundo, y todo el mundo hablando.

—Bueno, puedo irme de aquí.

—¿A dónde?

—¡A cualquier sitio! Tengo mi propio dinero. Mi madre me dejó un fondo de veinte mil libras y Clifford no puede tocarlo. Puedo marcharme.

—Pero quizás no quiera marcharse.

—¡Sí, sí! No me importa lo que pase.

—¡Sí, eso es lo que le parece ahora! ¡Pero le importará! Tendrá que importarle, como le pasa a todo el mundo. No debe olvidar que su excelencia se ha liado con un guardabosque. No es como si yo fuera un caballero. Sí, le importaría. Le importaría.

—En absoluto. ¡Qué me importa a mí mi excelencia! La odio con toda mi alma. Me parece que la gente se burla cada vez que lo dice. ¡Y realmente se burlan! Incluso usted lo toma a broma cuando lo dice.

—¡Yo!

Por primera vez la miró directamente a los ojos.

—No me burlo de usted —dijo.

Y mirando a los ojos de ella observó que sus propios ojos se oscurecían y sus pupilas se dilataban.

—¿No le preocupa el riesgo? —preguntó con la voz apagada—. Debería preocuparle ahora para no lamentarlo cuando sea demasiado tarde.

Había en su voz un ruego que era una extraña advertencia.

—No tengo nada que perder —dijo ella casi de mal humor—. Si usted supiera en qué consiste pensaría que debía alegrarme de perderlo. Y usted, ¿tiene miedo por sí mismo?

—¡Sí! —dijo él rápidamente—. Lo tengo. Tengo miedo. Tengo miedo. Tengo miedo a las cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó ella.

Sacudió de forma curiosa la cabeza hacia atrás, indicando el mundo exterior.

—¡Las cosas! ¡Todo el mundo! Todos ellos.

Luego se inclinó y besó de repente su cara infeliz.

—No, no me importa —dijo él—. Adelante y que se vaya todo a la mierda. ¡Pero si supiera que va usted a lamentar haberlo hecho...!

—No me deje —rogó ella.

Él puso sus dedos sobre la mejilla de Connie y volvió a besarla repentinamente.

—Entraré, entonces —dijo él suavemente—. Quitese el impermeable.

Colgó la escopeta, se quitó la chaqueta de cuero húmeda y cogió las mantas.

—He traído otra manta —dijo—, para que podamos taparnos si quiere.

—No puedo quedarme mucho tiempo —dijo ella—. La cena es a las siete y media.

La miró de pasada y luego consultó el reloj.

—Muy bien, dijo.

Cerró la puerta y encendió la lámpara con una llama baja.

—Alguna vez estaremos mucho tiempo juntos —dijo. Desplegó las mantas sobre el suelo con cuidado, una de ellas doblada para que ella reposara la cabeza. Luego se sentó un momento en la banqueta y la atrajo hacia sí, sujetándola firmemente con un brazo y buscando su cuerpo con la mano libre. Ella oyó la suspensión de su aliento cuando lo encontró. Bajo la ligera combinación estaba desnuda.

—¡Oh! ¡Qué maravilla tocarte! —dijo, mientras su dedo acariciaba la piel delicada, cálida y oculta de su cintura y caderas.

Bajó la cabeza y pasó la mejilla sobre su vientre y muslos una y otra vez. Y de nuevo ella se asombraba de la especie de éxtasis que aquello le producía a él. No comprendía qué belleza encontraba en ella a través del tacto de su cuerpo vivo y secreto, el éxtasis de la belleza pura. Porque sólo la pasión es consciente de ello. Y cuando la pasión está muerta o está ausente, el maravilloso impulso de la belleza es incomprensible e incluso un tanto despreciable; la belleza viva y cálida del contacto, tanto más profunda que la belleza de la visión. Ella sentía el deslizamiento de su mejilla sobre sus muslos, su vientre, los botones de sus pechos, y el cepilleo cercano de su bigote y de su pelo espeso y suave, y sus rodillas comenzaron a estremecerse. Muy dentro de sí misma sentía una nueva excitación, una nueva desnudez aflorando. Y sintió algo de miedo. Casi deseaba que él no la acariciara de aquella forma. De alguna manera la estaba llevando a compartir su ritmo. Y, sin embargo, ella seguía esperando, esperando.

Y cuando él la penetró en un más intenso solaz y consumación que eran para él la paz en su forma más pura, ella seguía esperando. Se sentía un poco al margen. Y sabía que en parte sólo ella tenía la culpa. Ella misma había buscado aquella distancia. Y ahora estaba quizás condenada a ella. Se mantuvo inmóvil, sintiendo sus movimientos dentro de ella, su intensa concentración, su repentino estremecimiento al brote del semen y luego el empuje cada vez más lento. Aquel movimiento de las nalgas era desde luego un poco ridículo. Si se era mujer y se consideraba aquello desde alguna distancia, no había duda de que el movimiento de las nalgas del hombre era absolutamente ridículo. ¡No había duda de que el hombre era intensamente ridículo en aquella postura y en aquel acto!

Pero ella siguió inmóvil, sin retirarse. Ni siquiera cuando él hubo terminado trató de excitarse a sí misma para llegar a su propia satisfacción, como había hecho con Michaelis; siguió inmóvil y las lágrimas afloraron lentamente y cayeron de sus ojos.

Él también estaba inmóvil. Pero la mantenía abrazada y trataba de cubrir sus pobres piernas desnudas con las suyas para mantenerlas calientes. Estaba sobre ella con una ternura íntima y llena de entrega.

—¿Tiene frío? —preguntó con una voz suave, recogida, como si ella estuviera cercana, junto a él. Y, sin embargo, permanecía lejos, distante.

—¡No! Pero tengo que irme —dijo ella con amabilidad.

Él suspiró, la apretó aún más contra sí, luego aflojó el abrazo para reposar de nuevo.

No había adivinado sus lágrimas. Creía que estaba allí, con él.

—Tengo que irme —repitió ella.

Él se incorporó, se arrojó un momento a su lado, besó la parte interior de sus muslos, luego bajó su falda y se abotonó sus propias ropas despreocupado, sin volverse de lado siquiera, a la luz difusa de la lámpara de petróleo.

—Tienes que venir un día a mi casa —dijo, mirándola con una expresión cálida, segura y libre de preocupaciones.

Pero ella seguía tendida, inerte, mirándole y pensando: « ¡Eres un extraño! ¡Extraño! » Incluso le molestaba un poco su presencia.

Él se puso la chaqueta y buscó su sombrero que había caído al suelo, luego se echó la escopeta al hombro.

—¡Vamos! —dijo, mirándola con aquellos ojos cálidos y mansos.

Ella se levantó lentamente. No quería irse. Pero al mismo tiempo le molestaba quedarse. La ayudó a ponerse el fino impermeable y vio que todo en ella estaba en orden.

Luego abrió la puerta. El exterior estaba oscuro. La perra, fiel, bajo el porche, se levantó contenta al verle. El manto de llovizna atravesaba las tinieblas con su grisalla. La oscuridad era completa.

—Te dejaré la linterna —dijo—. No habrá nadie. Avanzó delante de ella por el estrecho sendero, balanceando el farol e iluminando la hierba húmeda, las raíces de los árboles brillantes y negras como serpientes, las pálidas flores... El resto era una neblina de lluvia gris y la oscuridad total.

—Has de venir a mi casa alguna vez —dijo—; ¿lo harás? Tanto da que le cuelguen a uno por un cordero como por una oveja.

La desconcertaba el extraño e insistente deseo que había despertado en él, aunque no había nada entre ellos, aunque en realidad nunca hablaba con ella, y además, aunque trataba de evitarlo, le molestaba el dialecto. Su « has de venir » no parecía dirigido a ella, sino a alguna mujer vulgar. Reconoció las plantas de dedalera del camino de entrada y se dio cuenta de dónde estaban más o menos.

—Son las siete y cuarto —dijo—, llegarás a tiempo. Había cambiado el tono de su voz, parecía haberse dado cuenta de su apartamento. Al pasar la última curva del camino antes del seto de avellanos y la cerca apagó la luz de un soplo.

—Desde aquí se ve bien —dijo tomándola suavemente del brazo.

Era difícil avanzar, la tierra bajo sus pies era un misterio, pero él encontraba el camino tanteando: estaba acostumbrado. En la cancela le dio su linterna eléctrica.

—En el parque hay más claridad —dijo—, pero llévala por si pierdes el camino.

Era cierto, en el espacio abierto del parque parecía haber una fosforescencia gris espectral. De repente la atrajo hacia sí y metió su mano de nuevo bajo el vestido, palpando su cuerpo caliente con la mano húmeda y fría.

—Una mujer como tú me hace morir de ganas de tocarla —dijo con una voz gutural—. Quédate otro minuto.

Ella sintió con qué fuerza repentina la deseaba de nuevo.

—No, tengo que darme prisa —dijo de una forma un tanto alocada.

—Sí —contestó él, cambiando instantáneamente de tono, y la soltó.

Ella se dio la vuelta para irse, e inmediatamente se volvió de nuevo hacia él, diciendo:

—Bésame.

Se inclinó hacia ella sin llegar a distinguir bien y la besó en el ojo izquierdo. Ella le presentó la boca y él la besó suavemente, pero se retiró enseguida. No le gustaban los besos en la boca.

—Volveré mañana —dijo ella retirándose—; si puedo —añadió.

—¡Sí! Pero no tan tarde —dijo él desde la oscuridad.

Ella ya no llegaba a verle.

—Buenas noches —dijo ella.

—Buenas noches, excelencia —contestó su voz.

Ella se detuvo y echó una mirada a la húmeda oscuridad. Sólo llegaba a distinguir su contorno.

—¿Por qué ha dicho usted eso?

—No —contestó él—. Buenas noches, entonces; corre.

Ella desapareció en la noche de un gris oscuro tangible. Encontró abierta la puerta lateral y desapareció en su habitación sin ser vista. Al tiempo que cerraba la puerta se oyó el gong, pero se bañaría de todas formas; tenía que bañarse. «Pero no volveré a retrasarme —se dijo a sí misma—; es demasiado incómodo.»

Al día siguiente no fue al bosque. En lugar de ello se acercó a Uthwaite con Clifford. Ahora podía salir de vez en cuando en el coche; había contratado a un joven corpulento como chófer y podía ayudarle a bajar del vehículo si era necesario. Deseaba especialmente ver a su padrino, Leslie Winter, que vivía en

Shipleigh Hall, no lejos de Uthwaite. Winter era actualmente un caballero anciano y rico, uno de aquellos acaudalados dueños de minas que habían conocido su época de esplendor en los tiempos del rey Eduardo. El rey Eduardo se había alojado más de una vez en Shipleigh para asistir a las cacerías. Era un hermoso y viejo palacio de ladrillo enfoscado, elegantemente decorado, porque Winter era soltero y se enorgullecía de su gusto; pero estaba rodeado de minas por todas partes. Leslie Winter le tenía afecto a Clifford, pero personalmente no sentía un gran respeto por él a causa de la literatura y las fotos en la prensa ilustrada. El viejo era un dandy de la escuela del rey Eduardo, que pensaba que la vida era la vida y la gente que emborronaba cuartillas era otra cosa diferente. El caballero se mostraba siempre galante con Connie; la consideraba una virgen recatada y atractiva un tanto malgastada con Clifford, y era una verdadera lástima que no tuviera oportunidad de dar un heredero a Wragby. El mismo no tenía descendencia.

Connie se preguntaba qué habría dicho si supiera que el guardabosque de Clifford se había acostado con ella y le había dicho «has de venir a mi casa alguna vez». La habría detestado y despreciado, porque había llegado casi a hacersele insoportable el ascenso de las clases trabajadoras. Con un hombre de su propia clase no le hubiera importado, porque Connie estaba dotada por naturaleza con aquella apariencia de virginidad modesta y sometida, y quizás estaba hecha para amar. Winter la llamaba «querida niña», y le regaló una preciosa miniatura de una dama del siglo XVIII un tanto contra su voluntad.

Pero a Connie le preocupaba su relación con el guarda. Después de todo, Leslie Winter, que era un caballero y un hombre de mundo, la trataba como una persona, como individuo; no la incluía en un paquete con el resto de las hembras humanas.

No fue al bosque aquel día ni al siguiente; tampoco el día después. Dejó de ir mientras presentía, o imaginaba que presentía, al hombre esperándola, deseándola. Pero al cuarto día se sintió terriblemente incómoda e inquieta. A pesar de todo, seguía negándose a ir al bosque y abrir sus muslos una vez más para el hombre. Pensó en todas las cosas posibles que podía hacer —conducir hasta Sheffield, visitar a alguien—, y la idea de todas aquellas cosas le repugnaba. Por fin se decidió a dar un paseo; no hacia el bosque, sino en dirección opuesta; iría a Marehay, pasando por la pequeña puerta de hierro al otro lado del muro del parque. Era un día gris y tranquilo de primavera; hacía casi calor. Vagaba sin rumbo fijo, absorta en pensamientos de los que no era siquiera consciente. En realidad no era consciente de nada fuera de sí misma, hasta que la asustó el potente ladrido del perro de la granja Marehay. ¡Marehay Farm! Sus prados llegaban hasta el muro del parque de Wragby, así que eran vecinos, pero hacía bastante tiempo desde que Connie les había visitado la última vez.

—¡Bell! —le dijo al gran bull-terrier blanco—. ¡Bell! ¿Ya no me conoces? ¿Te has olvidado de mí?

Le daban miedo los perros, y Bell siguió quieto gruñendo; ella trataba de pasar a través del patio de la granja hasta el camino del coto.

Apareció la señora Flint. Era una mujer de la misma edad de Constance; había sido maestra de escuela, pero Connie sospechaba que era una criaturilla bastante falsa.

—¡Pero si es Lady Chatterley! ¡Vaya!

Los ojos de la señora Flint volvieron a brillar y ella se ruborizó como una niña.

—Bell, Bell. ¡Qué haces! ¡Ladrlarle a Lady Chatterley! ¡Bell! ¡Cállate!

Se abalanzó hacia adelante, trató de dar al perro con un paño blanco que tenía en la mano y avanzó hacia Connie.

—Antes me conocía —dijo Connie estrechándole la mano.

Los Flint eran aparceros de Chatterley.

—¡Claro que la conoce, excelencia! No hace más que presumir —dijo la señora Flint, radiante y levantando la mirada con una especie de desconcierto ruboroso—, pero hace tanto tiempo que no la ha visto. Espero que se encuentre usted mejor.

—Sí, gracias, me encuentro muy bien.

—Casi no la hemos visto en todo el invierno. ¿Quiere entrar a ver al bebé?

—Bueno —Connie dudaba—. Sólo un segundo.

La señora Flint entró corriendo como una loca a poner algo de orden y Connie la siguió lentamente; se quedó indecisa en la cocina, bastante oscura, donde el agua cocía junto al fuego. La señora Flint volvió.

—Espero que me disculpe —dijo—. ¿Quiere pasar por aquí?

Pasaron al cuarto de estar, donde había un bebé sentado en la alfombra ante la chimenea y la mesa estaba descuidadamente preparada para el té. Una criada joven retrocedía por el pasillo, tímida y cohibida.

El bebé era una cosita descarada de como un año, pelirrojo como su padre y ojos traviosos azul pálido. Era una niña y no se asustaba por nada. Estaba sentada entre cojines y rodeada de muñecas de trapo y otros juguetes, con el típico exceso moderno.

—¡Oh, es un cielo! —dijo Connie—. ¡Y cómo ha crecido! ¡Ya es una mujercita! ¡Una mujercita!

Le había regalado una toquilla cuando nació y unos patitos de celuloide por Navidad.

—¡Mira, Josephine! ¿Quién ha venido a verte? ¿Quién es esta, Josephine? Lady Chatterley. Ya conoces a Lady Chatterley, ¿no?

La extraña criaturita miraba desvergonzadamente a Connie. Las excelencias no le producían todavía ninguna impresión.

—¡Ven! ¿Vienes conmigo? —le dijo Connie al bebé. Al bebé le daba lo mismo una cosa que otra, así que Connie la cogió y la puso en su regazo. Qué agradable y qué tierno era tener un niño en el regazo, y aquellos bracitos y aquella hermosura inconsciente de piernecitas.

—Me iba a tomar sola una taza de té sin muchas ceremonias. Luke ha ido a la feria, así que puedo tomarla cuando me parezca. ¿Quiere usted una taza, Lady Chatterley? Me imagino que no está acostumbrada a esta sencillez, pero si quiere...

Connie quería, aunque no le gustaba que le recordaran a lo que estaba acostumbrada. Hubo un gran revuelo sobre la mesa y salieron las mejores tazas y la mejor tetera.

—Por favor, no se moleste —dijo Connie.

Pero si la señora Flint no se molestaba, ¿dónde quedaba la diversión? Connie jugaba con la niña, le gustaba su descaro femenino y encontraba un profundo placer voluptuoso en su suave calor infantil. ¡Una vida joven! ¡Y tan libre de miedos! Tan libre de miedos por estar tan indefensa. ¡Y el resto de la gente tan agobiada por los miedos!

Tomó una taza de té más bien cargado, pan y mantequilla muy buenos y ciruelas rojas en conserva. La señora Flint estaba radiante, parlanchina y extrovertida como si hubiera recibido la visita de un caballero medieval. Mantuvieron una conversación verdaderamente femenina y ambas disfrutaron con ella.

—No es una manera muy fina de servir el té —dijo la señora Flint.

—Mucho mejor que en casa —dijo Connie sinceramente.

—¡Oooh! —dijo la señora Flint, naturalmente sin creérselo.

Por fin Connie se puso en pie.

—Tengo que irme —dijo—. Mi marido no tiene ni idea de dónde estoy. Estará pensando que me ha pasado cualquier cosa.

—Nunca adivinará que está usted aquí —rio excitada la señora Flint—. Mandará al pregonero a buscarla.

—Adiós, Josephine —dijo Connie, besando al bebé y acariciando su pelo rojizo y ensortijado.

La señora Flint insistió en abrir la puerta delantera, que estaba cerrada con candado y travesaño. Connie salió al pequeño jardín delantero de la granja, rodeado de un seto de aligustres; había dos hileras de primulas a lo largo del sendero, hermosas y aterciopeladas.

—¡Qué hermosas orejas-de-oso! —dijo Connie.

—Pensamientos, como las llama Luke —dijo riendo la señora Flint—. Lévese algunas.

Y se puso a recoger un ramo de aquellas primulas aterciopeladas.

—¡Ya basta! ¡Es bastante! —dijo Connie.

Llegaron a la pequeña puerta del jardín.

—¿En qué dirección iba usted? —preguntó la señora Flint.

—Hacia el coto.

—¡Espere! Ah, sí, las vacas están ahora en el cercado. No se habrán recogido todavía, pero estará cerrada la cancela. Va a tener que saltar.

—Puedo saltar —dijo Connie.

—Quizás podría bajar con usted hasta el cercado.

Bajaron por el prado devastado por los conejos. Los pájaros cantaban con un salvaje entusiasmo vespertino en el bosque. Un hombre estaba llamando a las últimas vacas que remoloneaban lentamente entre el escaso pasto.

—Van retrasados para ordeñar hoy —dijo la señora Flint severamente—. Saben que Luke no volverá hasta después de anochecido.

Llegaron a la valla, tras la cual comenzaba la espesura del bosque de abetos. Había una puertecilla, pero estaba cerrada con llave. Dentro, sobre la hierba, había una botella vacía.

—Ahí está la botella para la leche del guardabosque —explicó la señora Flint—. Se la traemos hasta aquí y él viene a recogerla.

—¿Cuándo? —dijo Connie.

—Oh, en cualquier momento que pase por aquí. Casi siempre por la mañana. ¡Bueno, adiós, Lady Chatterley! Y vuelva alguna otra vez. Ha sido una alegría volver a verla.

Connie saltó la valla y se metió por la estrecha vereda entre los abetos densos y erizados. La señora Flint volvió corriendo por el prado con la cabeza cubierta por una capota, como corresponde a una verdadera maestra de escuela. A Constance no le gustaba aquella parte nueva del bosque con un exceso de arbolado; parecía demasiado siniestra y agobiante. Se apresuró con la cabeza baja, pensando en la niña de los Flint. Era una preciosidad, pero iba a tener las piernas torcidas como su padre. Era algo que podía observarse ya, aunque quizás se le corrigiera con el crecimiento. ¡De alguna manera, qué cosa tan tierna y tan plena de satisfacciones tener un bebé, y cómo presumía de ello la señora Flint! De todas formas tenía algo que no tenía Connie y que en apariencia no podía llegar a tener. Sí, la señora Flint había hecho ostentación de su maternidad. Y Connie se había sentido un poco celosa, sólo un poco. No había podido evitarlo.

Salió repentinamente de su ensimismamiento con un ligero grito de miedo. Un hombre.

Era el guarda. Estaba en medio de la vereda, como la burra de Balaán, cortándole el paso.

—¿Pero qué es esto? —dijo sorprendido.

—¿Cómo aparece usted aquí? —jadeó ella.

—¿Y usted? ¿Ha estado en la choza?

—¡No! ¡No! He ido a Marehay.

La miró con curiosidad, inquisitivo, y ella bajó la cabeza algo avergonzada.

—Y ahora, ¿iba a la choza? —preguntó con una cierta tozudez.

—¡No! No puedo. He estado un rato en Marehay. Nadie sabe dónde estoy. Me he retrasado. Tengo que darme prisa.

—Dándome el esquinazo, ¿eh? —dijo con una ligera sonrisa irónica.

—¡No! ¡No! No es eso. Sólo que...

—Entonces ¿qué es? —dijo él.

Y se acercó a ella y la rodeó con los brazos. Ella sintió la delantera de su cuerpo enormemente cercana al suyo, y viva.

—Ahora no, ahora no —exclamó, tratando de rechazarle.

—¿Por qué no? Son sólo las seis. Le queda media hora. ¡Sí! ¡Sí! Me haces falta.

La apretó fuertemente y ella sintió su deseo urgente. Su viejo instinto la llevaba a luchar por liberarse. Pero algo en ella se iba haciendo extraño, inerte y pesado. Su cuerpo apremiaba contra el de Connie y cualquier ánimo de resistencia la abandonó.

Él miró en torno.

—¡Ven... ven aquí! Por aquí —dijo, echando una mirada penetrante a la espesura de los abetos aún jóvenes y de poca altura.

Se volvió a mirarla. Ella vio sus ojos tensos, brillantes, salvajes, sin rastro de amor. Pero ya no tenía fuerza de voluntad. Sentía un extraño peso en sus extremidades. Estaba abandonándose, aceptando.

La condujo a través del muro de árboles punzantes, difícil de penetrar, hasta un lugar donde había un pequeño espacio abierto y un montón de ramas. Apartó unas cuantas de las secas y tendió sobre las otras la chaqueta y el chaleco; ella tuvo que tumbarse allí bajo las ramas del árbol, como un animal, mientras él esperaba de pie en pantalón y camisa, mirándola con ojos ávidos. Pero la hizo tomar, precavido, una postura mejor, más cómoda. Y, sin embargo, rompió la cinta de su ropa interior porque ella no le ayudaba, simplemente estaba allí tendida, inmóvil.

También él se había desnudado la delantera de su cuerpo y ella sintió su carne desnuda cuando la penetró. Durante un momento permaneció inmóvil dentro de ella, túrgido y palpitante. Luego, cuando empezó a moverse, en el repentino orgasmo inevitable, despertaron en ella nuevas y extrañas sensaciones encrespantes. Oleando, oleando, oleando, como el aleteo repetido de suaves llamas, suaves como la pluma, deshaciéndose en puntitos brillantes, exquisitos, y fundiéndola hasta convertirla toda ella por dentro en un fluido. Era como un suave ruido de campanillas ascendiendo hasta la culminación. Siguió echada, inconsciente de los pequeños gritos que emitió al final. Pero había terminado demasiado pronto, demasiado pronto, y ya no pudo llegar a forzar su conclusión con su propia actividad. Aquella vez había sido diferente, tan diferente. No podía

hacer nada. No podía endurecerse y aferrarse a él para llegar a su propia satisfacción. Sólo quedaba esperar, esperar y quejarse interiormente cuando le sintió retirarse, retirarse y contraerse, llegando al terrible momento en que se deslizaría fuera de ella y todo habría concluido. Mientras todo su vientre seguía abierto y suave, reclamando dulcemente, como una anémona bajo las olas, reclamando que volviera a entrar y la satisficiera. Se apretó a él, inconsciente de pasión, y él no llegó a salir por completo; sintió su suave capullo agitándose en su interior y los extraños ritmos que ascendían hasta ella en un movimiento creciente y extrañamente acompasado, dilatándose y dilatándose hasta llenar toda su consciencia dividida, y luego comenzando de nuevo aquel movimiento indescriptible que no era realmente movimiento, sino puramente remolinos de sensaciones cada vez más profundas que calababan cada vez más hondo en sus tejidos y en su mente, hasta llegar a convertirla en un fluido perfectamente concéntrico de sentimientos y quedar yacente entre gritos inconscientes e inarticulados. ¡La voz de lo más profundo de la noche, la vida! El hombre los escuchaba bajo de sí con una especie de terror, mientras su vida se inyectaba en ella. Y a medida que se iba calmando, fue distendiéndose él también y permaneció en una absoluta inmovilidad, sin saber, mientras su presión sobre él iba aflojando lentamente hasta quedar inmóvil a su lado. Y siguieron echados sin saber nada, ni siquiera el uno del otro, perdidos ambos. Hasta que por fin él comenzó a incorporarse y darse cuenta de la propia desnudez indefensa, y ella se dio cuenta de que el cuerpo de él iba perdiendo la proximidad al suyo. Se estaba separando; pero dentro de su corazón se daba cuenta que no podía soportar que la dejara sin cubrir. Debía cubrirla ahora para siempre.

Pero él se retiró finalmente y la besó, la tapó y empezó a vestirse él mismo. Ella estaba tendida, mirando a las ramas del árbol, incapaz de moverse aún. Él se puso en pie y se abrochó los pantalones, mirando alrededor. Todo era espesura y silencio, a excepción de la perra asustada, con el morro entre las patas delanteras. Él volvió a sentarse sobre las ramas y tomó la mano de Connie en silencio.

Ella se volvió y le miró.

—Esta vez hemos acabado juntos —dijo él. Ella no contestó.

—Está muy bien cuando eso sucede. La mayor parte de la gente vive toda una vida y no llega a saber lo que es eso —dijo, hablando como en un ensueño.

Ella miró su cara embelesada.

—¿Es cierto? —dijo—. ¿Estás contento?

Él la miró a los ojos.

—Contento, sí, pero no hablemos ahora.

No quería entrar en una conversación. Se inclinó sobre ella y la besó, y ella sintió que debería permanecer besándola así siempre.

Al final Connie se sentó.

—¿No suele acabar la gente al mismo tiempo?—preguntó con una curiosidad ingenua.

—Muchos nunca. Se ve en la sequedad de sus caras. Hablaba de mala gana, lamentando haber empezado.

—¿Has acabado de esta manera con otras mujeres?

La miró un tanto divertido.

—No lo sé —dijo—. No lo sé.

Y ella se dio cuenta de que nunca le contaría nada que no quisiera contarle. Le miró a la cara, y la pasión que sentía por él penetró hasta sus entrañas. Se resistía a aquel sentimiento hasta donde era capaz, porque significaba la entrega de sí misma a sí misma.

Él se puso el chaleco y la chaqueta y abrió de nuevo camino hasta el sendero.

Los últimos rayos horizontales de sol caían sobre el bosque.

—No iré contigo —dijo—; será mejor que no.

Ella le miró ardentemente antes de volverse. La perra esperaba impaciente que él se pusiera en marcha, y ella parecía no tener nada que decir. Nada más.

Connie volvió lentamente a casa, descubriendo la profundidad de aquella otra cosa que había en ella. Otro yo había surgido a la vida, ardiendo, diluido y suave en su vientre y en sus entrañas, y con aquel yo ella le adoraba. Una adoración que hacía temblar sus rodillas mientras andaba. En su vientre y en sus entrañas había ahora un nuevo flujo y vida, y se había hecho vulnerable e indefensa como la más ingenua de las mujeres en su adoración por él. Parece como si fuera un niño, se dijo a sí misma; es como si llevara un niño dentro. Aquella era la sensación, como si su vientre, que siempre había estado cerrado, se hubiera abierto y llenado de una nueva vida, casi una carga, y sin embargo adorable.

« ¡Si tuviera un niño! —pensó para sí—. ¡Si lo tuviera a él dentro de mí como un niño!»

Y sus miembros se ablandaron al imaginarlo y se dio cuenta de la inmensa diferencia entre tener un hijo para una sola y tener un hijo de un hombre a quien se llamaba desde lo más profundo de las entrañas. Lo primero parecía vulgar en cierto modo, pero tener un hijo de un hombre a quien se adoraba con las entrañas y con el vientre le hacía darse cuenta de que era muy diferente a como había sido en su antigua personalidad; como si estuviera sumergiéndose profundamente, profundamente, hacia el centro de toda femineidad y hacia el sueño de la creación.

No era la pasión lo que era nuevo para ella, era la adoración sin límites. Se dio cuenta de que siempre había temido algo así, porque la dejaba sin defensas; aun ahora lo temía, porque si llegaba a adorarlo en exceso desaparecería ella, se borraría, y no quería llegar a borrarse, convertirse en una esclava, como una salvaje. No quería llegar a ser una esclava. Temía la adoración que sentía por él y sin embargo no estaba dispuesta a luchar inmediatamente contra aquel

sentimiento. Sabía que podía resistirse. Alimentaba una obstinación demoníaca en su pecho capaz de combatir toda la suave y ardiente adoración de su vientre y destruirla. Incluso ahora era capaz de hacerlo, o por lo menos lo creía, y dominar su pasión y controlarla a voluntad.

¡Oh sí, volverse apasionada como una bacante, huyendo a través del bosque en una bacanal, para encontrarse con Iacos, el falo brillante sin personalidad propia que no fuera la de puro dios-servidor de la mujer! Al hombre, al individuo, le estaba vedada toda intrusión. No era más que un servidor del templo, el portador y guardián del falo brillante que sólo a ella pertenecía.

Así, en el flujo del nuevo despertar, la pasión dura y antigua ardió en ella durante algún tiempo, y el hombre se redujo a un objeto despreciable, el simple portador del falo que habría de ser destrozado una vez efectuado su servicio. Sentía la fuerza de las bacantes en sus miembros y en su cuerpo, la mujer ardiente y vertiginosa que subyuga al macho; pero cuando sentía aquello su corazón se agobiaba bajo el peso. Se resistía, era algo conocido y yermo, estéril; la adoración era su tesoro. Era algo tan inefable, tan suave, tan profundo y desconocido. No, no, renunciaría a su dura y brillante fuerza de hembra; estaba harta de ella, endurecida por ella; se sumergiría en el nuevo baño vital, en las profundidades de su propio vientre y en sus entrañas que entonaban el cantar mudo de la adoración. Era pronto aún para empezar a temer al hombre.

—Fui a dar un paseo hasta Marehay y tomé el té con la señora Flint —le dijo a Clifford—. Quería ver al bebé. Es adorable, con un pelo como las telas de araña rojas. ¡Una preciosidad! El señor Flint había ido a la feria, así que ella, yo y el bebé tomamos el té juntas. Te preguntarías dónde estaba.

—Bueno, la verdad es que sí, pero ya me imaginé que te habrías quedado a tomar el té en alguna parte —dijo Clifford, celoso.

Con una especie de sexto sentido notaba algo nuevo en ella, algo incomprensible para él, pero lo atribuía al bebé. Pensaba que todo lo que atormentaba a Connie era no tener un bebé, no poder dar a luz uno de forma automática, por así decirlo.

—La vi atravesar el parque hacia la puerta de hierro, excelencia —dijo la señora Bolton—; así que pensé que habría ido a la rectoría.

—Estuve a punto de hacerlo, pero luego me acerqué a Marehay.

Los ojos de ambas mujeres se encontraron: los de la señora Bolton grises, brillantes e inquisitivos; los de Connie azules, velados y extrañamente hermosos. La señora Bolton estaba casi segura de que tenía un amante, pero ¿cómo podía ser y quién podía ser? ¿Dónde había allí un hombre?

—Oh, le hará mucho bien salir un poco y tener a veces algo de compañía —dijo la señora Bolton—. Ya le había dicho a Sir Clifford que lo que mejor le sentaría a su excelencia es salir y ver gente.

—Sí, me alegro de haber ido, y qué preciosidad de criaturita traviesa, Clifford

—dijo Connie—. Tiene un pelito como las telas de araña, de un color naranja brillante, y los ojos más preciosos y descarados, de un color de china azul pálido. Desde luego es una niña, o no sería tan atrevida, más atrevida que cualquier Sir Francis Drake pequeñín.

—Tiene usted razón, excelencia, es una Flint en pequeño. Siempre fueron una familia de pelirrojos descarados —dijo la señora Bolton.

—¿No te gustaría verla, Clifford? Les he invitado a tomar el té para que los veas.

—¿A quién? —dijo Clifford, mirando a Connie muy molesto.

—A la señora Flint y al bebé, el lunes que viene.

—Puedes servirles el té en tu habitación —dijo.

—¿Por qué? ¿No quieres ver al bebé? —exclamó.

—Sí, claro que le veré, pero no quiero estar sentado con ellos todo el tiempo.

—¡Oh! —exclamó Connie, con los ojos abiertos y borrosos.

En realidad no le veía a él, se había transformado en otra persona.

—Puede estar muy bien el té en su habitación, excelencia, y la señora Flint se sentirá más a gusto que si Sir Clifford estuviera allí —dijo la señora Bolton.

Estaba segura de que Connie tenía un amante, y un sentimiento de triunfo se apoderó de su alma. Pero ¿quién era? ¿Quién era? Quizás la señora Flint pudiera proporcionar una pista.

Connie no quiso bañarse aquella tarde. La impresión del contacto de la piel del hombre sobre la suya, su pegajosidad misma sobre ella, le era algo muy querido y en cierto sentido sagrado.

Clifford se sentía muy a disgusto. No quiso dejarla irse después de la cena, y no había otra cosa que ella deseara más que estar sola. Le miró, pero se mostraba curiosamente obediente.

—¿Quieres que juguemos algún juego, prefieres que te lea algo, o qué te gustaría? —preguntó él incómodo.

—Léeme algo —dijo Connie.

—¿Qué quieres que te lea, verso o prosa? ¿O teatro?

—Léeme a Racine —dijo ella.

Había sido uno de sus trucos en el pasado, leer a Racine en el verdadero gran estilo francés, aunque ahora estaba apollado y se sentía un tanto ridículo; en realidad prefería el altavoz de la radio. Pero Connie hacía costura; estaba haciendo una batita de seda amarilla, cortada de uno de sus vestidos, para el bebé de la señora Flint. Entre su llegada a casa y la cena la había cortado y ahora estaba sentada en un suave ensimismamiento, cosiendo, mientras, ajena, seguía el ruido de la lectura.

—En su interior podía oír el murmullo de la pasión, como el eco de campanas distantes.

Clifford le hizo algún comentario sobre Racine. Ella se dio cuenta del sentido

un momento más tarde.

—¡Sí! ¡Sí! —dijo, levantando la mirada hacia él—. ¡Es espléndido!

De nuevo se sintió atemorizado por el encendido color azul de sus ojos y su callada tranquilidad sentada allí. Nunca había sido tan dulce y tan callada. Le fascinaba sin poderlo remediar, como si algún perfume que emanara de ella le hubiera intoxicado. Así continuó inútilmente su lectura, y para ella el sonido gutural del francés era como el viento azotando las chimeneas. De Racine no escuchó ni una sílaba.

Estaba ausente en su meditado ensimismamiento, como un bosque suspirando con el susurro apagado y feliz de la primavera que presiente los nuevos brotes. Y podía sentir al hombre compartiendo su mundo, el hombre innominado, caminando sobre hermosos pies, con la belleza del misterio fálico. Y en ella misma, en todas sus venas, le sentía a él y a su niño. Su niño se expandía por todos sus vasos como la luz del crepúsculo.

«Sin manos ella, ni ojos, ni pies, ni el dorado tesoro del cabello...»

Era ella como un bosque, como la oscura red de las ramas del roble, con un susurro inaudible de miles de yemas brotando. Y mientras tanto los pájaros del deseo dormían en la vasta maraña del laberinto de su cuerpo.

Pero la voz de Clifford continuaba chasqueando y paladeando extraños sonidos. ¡Tan fuera de lo corriente! ¡Y algo tan fuera de lo corriente parecía también él mismo, inclinado sobre el libro, raro, rapaz y civilizado, ancho de hombros y falto de piernas! ¡Qué criatura tan extraña, con la voluntad cortante, fría e inflexible de un ave, pero sin calor, falto de calor en absoluto! Una de esas criaturas del futuro, sin alma, pero con una voluntad fría y extraordinariamente alerta. Se estremeció ligeramente, asustada de él. Pero luego la llama cálida y suave de la vida fue más fuerte que él y le ocultaba las cosas reales.

Terminó la lectura. Ella se estremeció. Levantó la mirada y se asustó aún más al ver a Clifford mirándola con unos ojos fríos, siniestros, como de odio.

—¡Muchas gracias! ¡Lees tan maravillosamente a Racine! —dijo en voz baja.

—Casi tan maravillosamente como tú lo escuchas —dijo él con crueldad.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él.

—Un vestido para el bebé de la señora Flint.

Él se volvió. ¡Un niño! ¡Un niño! Era una verdadera obsesión para su mujer.

—Después de todo —dijo con voz declamatoria—, en Racine se puede encontrar lo que se quiera. Las emociones contenidas y a las que se ha dado forma son más importantes que las emociones desenfrenadas.

Ella le miró con sus ojos grandes, vagos y difusos.

—Sí, desde luego que sí —dijo ella.

—El mundo moderno no ha hecho más que vulgarizar las emociones al dejarlas en libertad. Lo que nos haría falta es el control clásico.

—Sí —dijo ella con lentitud, imaginándoselo escuchando con expresión vacía las idioteces sentimentales de la radio—. La gente finge tener emociones cuando en realidad no siente nada. Supongo que en eso consiste el ser romántico.

—¡Exactamente! —dijo él.

En realidad estaba cansado. Aquella velada había llegado a fatigarle. Hubiera preferido estar entre sus libros técnicos, o con el director de la mina, o escuchando la radio.

La señora Bolton entró con dos vasos de leche malteada: a Clifford le servía para dormir y a Connie para ganar algo de peso. Era una costumbre nocturna que ella había llevado a Wragby.

Connie se alegró de poder desaparecer tras haber bebido el vaso, y daba gracias de no tener que meter a Clifford en la cama. Cogió su vaso, lo dejó en la bandeja y luego se la llevó para dejarla fuera.

—¡Buenas noches, Clifford! ¡Que duermas bien! Racine entra dentro de uno como un sueño. ¡Buenas noches!

Se había acercado a la puerta. Se iba sin darle un beso de despedida. La miró con ojos fríos y penetrantes. ¡Conque sí! Ni siquiera le daba las buenas noches con un beso, después de haberse pasado la tarde leyéndole. ¡A dónde podía llegar la ingratitud! Aunque el beso fuera un simple formulismo, es de esos formulismos de los que depende la vida. En realidad era una bolchevique. ¡Tenía instintos de bolchevique! Miró frío y enfurecido hacia la puerta por donde había salido ella. ¡Cólera!

Y de nuevo se apoderó de él el temor a la noche. Era un manojo de nervios, y cuando no estaba embebido en su trabajo con toda su energía, o no escuchaba la radio con aquella neutralidad absoluta, se sentía acosado por la ansiedad y el sentimiento de un vacío peligrosamente amenazador. Estaba asustado. Y Connie podía espantar su miedo si quería. Pero era evidente que no quería, no quería. Era insensible, fría e insensible a todo lo que él hiciera por ella. Él había sacrificado su vida por ella y su reacción era aquella insensibilidad. Iba exclusivamente a lo suyo. « La dama su agrado busca.»

Ahora era un niño lo que la obsesionaba. ¡Sólo para que fuera suyo, sólo suyo y no de él!

Clifford se encontraba muy bien de salud, teniendo en cuenta las circunstancias. Tenía tan buen aspecto, tan buen color de cara, sus hombros eran anchos y fuertes, el pecho potente, había engordado. Pero al mismo tiempo le asustaba la muerte. Un terrible vacío parecía amenazarle de alguna forma, en algún lugar, un agujero sin fondo, y en aquel vacío se agotaría su energía. Sin fuerzas, a veces se sentía muerto, realmente muerto.

Y así sus ojos pálidos, un tanto prominentes, tenían una expresión extraña, furtiva, cruel en parte, fría: y al mismo tiempo casi desvergonzada. Era algo muy raro aquella mirada carente de vergüenza: como si estuviera triunfando

sobre la vida a pesar de la vida. « Quién sabe de los misterios de la voluntad, capaz de vencer a los mismos ángeles.»

Pero su gran temor eran las noches en que no podía dormir. Aquello era lo más horrible, era entonces cuando la nada le asaltaba por todos los lados. Era entonces horroroso existir desprovisto de vida: sin vida, en la noche, existir.

Pero ahora podía llamar a la señora Bolton. Y ella venía siempre. Aquello significaba un gran alivio. Aparecía en bata, con el pelo recogido atrás en una trenza, curiosamente infantil aunque la trenza estuviera moteada de pelo gris. Y le preparaba un café o una manzanilla y jugaba con él al ajedrez o a las cartas. Tenía una extraña habilidad femenina para jugar bien incluso al ajedrez estando a medias dormida, o por lo menos lo bastante bien para que valiera la pena ganarle. Así, en la silenciosa intimidad de la noche, estaban sentados, o ella sentada y él tendido en la cama, la luz de la mesilla cubriéndolos con su luz solitaria, ella casi ausente en su sueño y él casi ausente en una especie de temor, y jugaban, jugaban juntos; luego tomaban una taza de café y una galleta juntos, sin apenas dirigirse la palabra, en el silencio de la noche, pero sirviéndose de refugio el uno al otro.

Y aquella noche ella se preguntaba quién sería el amante de Lady Chatterley. Pensaba en su propio Ted, muerto hacía tanto tiempo, pero no muerto del todo para ella. Y al pensar en él volvió a despertar su antiguo, muy antiguo, resentimiento contra el mundo y especialmente contra los amos que le habían matado. No le habían matado en realidad, pero para ella sentimentalmente eran responsables. Y a causa de ello, en lo más profundo de sí misma, era nihilista, realmente anarquista.

En su duermevela, la idea de Ted y la del desconocido amante de Lady Chatterley se entremezclaban, y entonces pensaba compartir con la otra mujer un gran resentimiento contra Sir Clifford y todo lo que él representaba. Al mismo tiempo jugaba con él partidas de cartas con una apuesta de seis peniques. Y era una fuente de satisfacción jugar a las cartas con un aristócrata e incluso llegar a perder los seis peniques.

Cuando jugaban a las cartas era siempre por dinero. A él aquello le hacía olvidarse de sí mismo. Y normalmente ganaba. Aquella noche iba ganando también. Eso significaba que no se iría a dormir hasta las primeras luces del alba. Afortunadamente empezó a amanecer hacia las cuatro y media o algo así.

Connie estaba en la cama profundamente dormida durante todo aquel tiempo. Pero el guardabosque tampoco podía dormir. Había cerrado las jaulas, hecho su ronda del bosque y luego había ido a casa y cenado. Pero no se acostó. En lugar de ello se sentó pensativo junto al fuego.

Pensó en su juventud en Tevershall y en sus cinco o seis años de vida de matrimonio. Pensaba en su mujer y siempre con amargura. Le había parecido excesivamente brutal. Pero llevaba sin verla desde 1915, en primavera, cuando

se alistó. Y sin embargo seguía allí, a menos de tres millas de distancia y más brutal que nunca. Esperaba no volver a verla en lo que le quedaba de vida.

Pensó en su vida de soldado en el extranjero. La India, Egipto y de nuevo la India; la vida ciega e irreflexiva entre caballos; el coronel que le había apreciado y a quien él había apreciado también; los varios años en que había sido oficial, teniente con buenas posibilidades de ascender a capitán. Luego la muerte del coronel, de pulmonía, y su haberse librado por poco de la muerte; su salud quebrantada; su profundo desasosiego; su salida del ejército, y su vuelta a Inglaterra para convertirse de nuevo en un obrero.

Había contemporizado con la vida. Había creído estar a salvo, por lo menos durante algún tiempo, en aquel bosque. Todavía no se cazaba allí: sólo tenía que criar los faisanes. No tendría que estar al servicio de ninguna escopeta. Estaría solo y al margen de la vida, que era todo lo que quería. Tenía que sentirse ligado a algo y allí era donde había nacido. Allí vivía incluso su madre, aunque nunca había significado mucho para él. Y podía ir tirando, existiendo día a día, sin ataduras y sin esperanzas. Porque no sabía qué hacer de sí mismo.

No sabía qué hacer de sí mismo. Desde que había sido oficial durante algunos años y había vivido entre los demás oficiales y funcionarios, con sus mujeres y familias, había perdido cualquier tipo de ambición de «llegar». Había una insensibilidad, una dureza curiosa, implacable y falta de vida entre las clases medias y altas, tal como él las había conocido, que a él le dejaba frío y le hacía sentirse diferente.

Y así había vuelto a su propia clase. Para encontrarse en ella con algo que había olvidado durante su ausencia de años, una ramplonería y una vulgaridad de costumbres absolutamente desagradable. Ahora, por fin, reconocía lo importantes que eran los modales. Reconocía también lo importante que era fingir incluso que a uno no le importaba la perra gorda y las cosas pequeñas de la vida. Pero entre la gente baja no había fingimiento. Una perra más o menos en el puchero era peor que un cambio en los Evangelios. No podía soportarlo.

Existía además el lío salarial. Habiendo vivido entre las clases poseedoras, conocía la absoluta inutilidad de esperar ninguna solución al lío salarial. No tenía solución, excepto la muerte. El único remedio era no preocuparse, olvidarse de los salarios.

Y, sin embargo, si se era pobre y miserable, había que preocuparse. En todo caso se estaba convirtiendo en la única cosa que les preocupaba. La preocupación por el dinero era como un gran cáncer que iba devorando a los individuos de todas las clases. Él se negaba a preocuparse por el dinero.

¿Entonces qué? ¿Qué ofrecía la vida aparte de la preocupación por el dinero? Nada.

Sin embargo podía vivir solo, con la débil satisfacción de estar solo y criar faisanes para que en definitiva los mataran unos cuantos hombres gordos después

de haber desayunado. Era vanidad, vanidad elevada a la enésima potencia.

¿Pero por qué molestarse, por qué preocuparse? Y él no se había molestado ni preocupado hasta ahora, cuando aquella mujer había entrado en su vida. Y él tenía mil años más de experiencia de arriba abajo. La relación entre ellos se iba haciendo más íntima. Veía llegar el momento en que la unión se haría indisoluble y tendrían que vivir juntos. « ¡Pues los lazos del amor no se pueden soltar! »

¿Y entonces qué? ¿Entonces qué? ¿Tendría que empezar de nuevo sin nada en que fundar el principio? ¿Tendría que complicar a aquella mujer? ¿Tendría que entrar en una horrible disputa con su marido paralítico? ¿Y también alguna disputa igualmente horrible afrontando la brutalidad de su esposa, que además le odiaba? ¡Misericordia y nada más que misericordia! Y él ya no era joven y vital. Ni era uno de esos seres despreocupados. Cualquiera amargura, cualquier fealdad, produciría una herida en él: ¡y en la mujer!

Pero incluso aunque se librarán de Sir Clifford y de su propia mujer, incluso aunque se librarán, ¿qué iban a hacer? ¿Qué iba a hacer él? ¿Qué iba a hacer con su vida? Porque tenía que hacer algo. No podía ser un parásito y vivir del dinero de ella y de su reducida pensión.

Era algo insoluble. Sólo se le ocurría irse a América, probar nuevos aires. No creía en absoluto en el dólar. Pero quizás, quizás, hubiera alguna otra cosa.

No lograba descansar, ni acostarse siquiera. Tras estar sentado en un estupor de amargos pensamientos hasta medianoche, se levantó de repente de la silla y cogió la chaqueta y la escopeta.

—Vamos, chica —dijo a la perra—. Estaremos mejor fuera.

Era una noche estrellada pero sin luna. Hizo una ronda lenta, escrupulosa, con pasos suaves y furtivos. Lo único que tenía que combatir eran los lazos para conejos que ponían los mineros, especialmente los mineros de Stacks Gate por el lado de Marehay. Pero era época de cría e incluso los mineros la respetaban un poco. De todas formas aquella búsqueda callada de cazadores furtivos aliviaba sus nervios y eliminaba los pensamientos de su cabeza.

Pero una vez recorrida su demarcación lenta y cautelosamente —una caminata de casi cinco millas—, se sintió cansado. Subió a la cumbre de la colina y se quedó mirando. No se oía ruido alguno, excepto el ruido, aquel ruido vagamente reptante, de la mina de Stacks Gate, que funcionaba día y noche: apenas había luces encendidas, si no eran las brillantes filas de luces eléctricas de las fábricas. El mundo dormía penumbroso y humeante. Eran las dos y media. Pero incluso en su sueño, aquel era un mundo incómodo, cruel, agitado por el ruido de un tren o algún camión grande en la carretera, alumbrado por el estallido rosado de los hornos. Era un mundo de hierro y carbón, la crueldad del hierro y el humo del carbón y la infinita, infinita, avaricia que lo movía todo. Sólo avaricia, avaricia agitada en su sueño.

Hacía frío y él tosía. Una brisa fina y fría azotaba la colina. Pensó en la

mujer. En aquel momento habría dado todo lo que tenía o incluso lo que podría llegar a tener por estrecharla tiernamente entre sus brazos, envueltos ambos en una manta y dormidos. Todas sus esperanzas de eternidad, todo lo adquirido en el pasado, todo lo habría dado por tenerla allí, envuelta con él en una sola manta, con calor y dormidos, simplemente dormidos. Parecía que dormir con la mujer en sus brazos era la única necesidad.

Fue a la choza, se envolvió en la manta y se tumbó a dormir en el suelo. Pero no pudo hacerlo por el frío. Y además sentía cruelmente su propia naturaleza incompleta. Sentía cruelmente su propia condición incompleta de soledad. La necesitaba, necesitaba tocarla, apretarla contra sí en un momento de completéz y de sueño.

Se levantó de nuevo y salió, esta vez hacia las puertas del parque: luego, lentamente, por el sendero que conducía a la casa. Eran casi las cuatro, con tiempo claro y frío todavía pero sin rastros aún del amanecer. Estaba acostumbrado a la oscuridad y podía ver bien.

Lenta, lentamente, la gran casa le iba atrayendo como un imán. Quería estar cerca de ella. No era deseo, no era eso. Era el cruel sentimiento de incompletéz y soledad que necesitaba una mujer silenciosa, recogida en sus brazos. Quizás lograra encontrarla. Quizás pudiera hacer que saliera: o encontrar alguna forma de entrar él. Porque la necesidad era imperiosa.

Lentamente, silenciosamente, fue subiendo por la pendiente que conducía al palacio, luego rodeó los grandes árboles de la cumbre de la colina para salir al camino que daba una gran curva en torno a un rombo de césped frente a la entrada. Podía ver ya las dos magníficas hayas que se destacaban en la planicie del césped frente a la casa, oscuras en la atmósfera oscura.

Allí estaba la casa, baja, alargada y oscura, con una luz encendida en el piso bajo, en la habitación de Sir Clifford. Pero en qué habitación estaba ella, la mujer que mantenía la otra punta del frágil hilo que le arrastraba de forma implacable, eso era algo que no sabía.

Se acercó algo más, con la escopeta en la mano, y se quedó inmóvil en el camino, contemplando la casa. Quizás pudiera incluso encontrarla, llegar a ella de alguna manera. La casa no era inexpugnable: él era tan hábil como cualquier ladrón. ¿Por qué no entrar hasta ella?

Permaneció inmóvil, esperando, mientras la aurora clareaba débil e imperceptiblemente tras él. Vio apagarse la luz de la casa. Pero no vio a la señora Bolton acercarse a la ventana y correr la vieja cortina de seda azul oscuro y quedarse en la oscura habitación contemplando la semipenumbra del día que se acercaba, mirando al esperado amanecer, esperando, esperando a que Clifford se tranquilizara realmente con la certeza de que llegaba el día. Porque con aquella certeza se dormiría casi inmediatamente.

Se quedó junto a la ventana, ciega de sueño, esperando. Y mientras estaba allí

de pie se asustó y estuvo a punto de gritar. Porque había un hombre fuera, en el camino, una figura negra en la penumbra. Se despertó por completo y observó sin hacer el menor ruido para no despertar a Sir Clifford.

La luz del día comenzó a agitar el mundo y la figura negra pareció hacerse más pequeña y más definida. Ella llegó a distinguir la escopeta, las polainas y la amplia chaqueta; debía ser Oliver Mellors, el guarda. ¡Sí, porque allí estaba la perra, husmeando como una sombra y esperándole!

¿Qué quería aquel hombre? ¿Quería despertar a la casa? ¿Qué hacía allí de pie, transfigurado, mirando a la casa como un perro salido ante el sitio donde se oculta la perra?

¡Cielos! El descubrimiento traspasó a la señora Bolton como un disparo. ¡Él era el amante de Lady Chatterley! ¡É! ¡É!

¡Quién lo hubiera imaginado! Claro, ella misma, Ivy Bolton, había estado algo enamorada de él una vez. Cuando era un muchacho de dieciséis años y ella una mujer de veintiséis. Era cuando ella estaba estudiando, y él la había ayudado mucho con la anatomía y otras cosas que había tenido que aprender. Había sido un muchacho inteligente, tenía una beca para la escuela de Sheffield y aprendía francés y otras cosas: y luego, después de todo, se había convertido en herrero, herrador de caballos, porque le gustaban los caballos, decía; pero en realidad porque le daba miedo salir y enfrentarse al mundo, sólo que nunca admitiría que aquella fuese la razón.

Pero había sido un chico agradable, un buen muchacho, la había ayudado mucho y era muy listo para explicar las cosas. Era tan listo como Sir Clifford, y siempre con las mujeres. Más con las mujeres que con los hombres, decían.

Hasta que fue y se casó con aquella Bertha Coutts, como para fastidiarse a sí mismo. Mucha gente se casa así por despecho, porque han sufrido algún desengaño. Y no era extraño que hubiera terminado en un fracaso. Durante años había estado fuera, todo el tiempo que duró la guerra, y había llegado a teniente: ¡un caballero, realmente todo un caballero! ¡Para acabar volviendo a Tevershall y ponerse de guarda! ¡Realmente hay gente que no sabe aprovechar las oportunidades cuando se presentan! Y haber vuelto a hablar el vulgar dialecto de Derbyshire como un zafio, cuando ella, Ivy Bolton, sabía que podía hablar como un caballero, de verdad.

¡Bien, bien! ¡Así que su excelencia se había colado por él! Bueno, su excelencia no era la primera: había algo en aquel hombre. ¡Pero imagínate! Un chico nacido y criado en Tevershall, y ella su excelencia, la señora de Wragby Hall. ¡Te juro que aquella era una puñalada traperera a los todopoderosos Chatterley!

Pero él, el guarda, a medida que llegaba la claridad del día, se había dado cuenta: ¡es inútil! Es inútil tratar de librarse de la propia soledad. La lleva uno encima toda la vida. Sólo a veces, a veces, puede llenarse ese vacío. ¡A veces!

Pero hay que esperar a que llegue el momento. Acepta tu soledad y carga con ella toda la vida. Y luego acepta los momentos en que ese vacío se llene, cuando se presenten. Pero tienen que presentarse por sí mismos. No se pueden forzar.

Repentinamente el ardiente deseo que le había impulsado tras ella desapareció. Lo hizo desaparecer él, porque así tenía que ser. Tenía que haber un acercamiento por ambas partes. Y si ella no venía hacia él, él no iba a rastrear su huella. De ninguna manera. Tenía que marcharse hasta que ella viniera.

Se volvió lentamente, pensativo, aceptando de nuevo la soledad. Sabía que era mejor así. Ella tenía que venir a él: era inútil perseguirla. ¡Inútil!

La señora Bolton le vio desaparecer seguido por su perra.

—¡Vaya, vaya! —dijo—. El único hombre que no se me había ocurrido, y el único en quien tenía que haber pensado. Se portó muy bien conmigo cuando perdí a Ted. ¡Vaya, vaya! ¡Qué diría él si se enterara!

Y miró triunfalmente a Clifford, ya dormido, mientras salía silenciosamente de la habitación.

CAPITULO II

Connie estaba ordenando uno de los trasteros de Wragby. Había varios: la casa era una verdadera almoneda y la familia no se deshacía nunca de nada. Al padre de Sir Geoffrey le habían gustado los cuadros y a la madre de Sir Geoffrey le habían gustado los muebles del *cinquecento*. A Sir Geoffrey mismo le habían gustado los viejos vargueños tallados y los arcones de sacristía. Y así de generación en generación. Clifford coleccionaba pintura muy moderna a precios muy moderados.

De modo que en el trastero había malos Sir Edwin Landseers, mediocres nidos de aves de William Henry Hunt y otras obras academicistas capaces de asustar a la hija de un miembro de la Real Academia de Pintura. Había decidido echarle un vistazo a todo aquello algún día y poner algo de orden. Aquellos muebles recargados le interesaban.

La vieja cuna de la familia, de palisandro, estaba cuidadosamente embalada para protegerla de los golpes y la humedad. Tuvo que desembalarla para poder verla. Tenía un cierto encanto: se quedó mirándola durante mucho tiempo.

—Es una verdadera pena que no pueda utilizarse —suspiró la señora Bolton, que la estaba ayudando—. Aunque estas cunas se hayan pasado ya de moda.

—Puede que llegue a hacer falta. Yo podría tener un hijo —dijo Connie con tanta naturalidad como si estuviera hablando de un sombrero nuevo.

—¡Quiere usted decir si le sucediera algo a Sir Clifford! —titubeó la señora Bolton.

—¡No! Quiero decir tal como están ahora las cosas. Lo único que tiene Sir Clifford es parálisis muscular, y eso no le afecta —dijo Connie, mintiendo con la misma naturalidad que quien se bebe un vaso de agua.

Clifford le había metido la idea en la cabeza. Había dicho:

—Desde luego yo podría tener un hijo todavía. No estoy mutilado en absoluto. La potencia podría volverme fácilmente, aunque los músculos de las caderas y de las piernas estén paralizados. Y entonces podría transferirse el semen.

Realmente se sentía, cuando tenía aquellos períodos de energía y trabajaba tan intensamente en el asunto de las minas, como si estuviera recuperando su potencia sexual. Connie le había mirado con horror. Pero había reaccionado inmediatamente para utilizar su sugestión en favor propio. Porque iba a tener un

hijo si podía, pero no de él.

La señora Bolton se quedó un momento sin aliento, desconcertada. No se lo creía: había trampa en aquello. Sin embargo, los médicos pueden hacer tantas cosas hoy día... Quizás pudieran hacer algo así como injertar el semen.

—Bien, excelencia, espero y rezo por que sea posible. Sería maravilloso para usted y para todo el mundo. ¡Cielos, un niño en Wragby, todo sería diferente!

—¿Verdad que sí? —dijo Connie.

Y eligió tres cuadros de académicos de unos sesenta años antes para enviárselos a la duquesa de Shortlands para su próxima subasta benéfica. La llamaban «la duquesa de la tómbola» y se pasaba el tiempo pidiendo a todo el mundo en el condado que le mandara cosas para vender. Estaría encantada con los tres académicos enmarcados. Quizás viniera incluso a visitarles para dar las gracias. ¡Qué furioso se ponía Clifford cada vez que venía!

«¡Dios mío! —pensaba para sí la señora Bolton—. ¿Nos está preparando para recibir a un hijo de Oliver Mellors? ¡Dios santo, eso significaría un niño de Tevershall en la cuna de Wragby, desde luego! ¡Y no sería ningún desdoro para la cuna!»

Entre otras monstruosidades había en aquel trastero una caja bastante grande de laca negra y de construcción ingeniosa, hecha unos sesenta o setenta años antes y provista de todos los departamentos imaginables. En la parte de arriba un juego de baño concentrado: cepillos, frascos, espejos, peines, cajitas e incluso tres navajitas de afeitar con fundas, bacia y todo. Debajo había una especie de juego de escritorio: secantes, plumas, tinteros, papel, sobres, agendas; luego un costurero completo con tijeras de tres tamaños, dedales, agujas, hilo y seda, huevo para zurcir, todo de la mejor calidad y de un acabado perfecto. Había además un pequeño botiquín con frascos etiquetados: láudano, tintura de mirra, esencia de clavo, etc., pero vacíos. Todo era absolutamente nuevo, y el mueblecillo, cerrado, del tamaño de una bolsa de viaje pequeña y gruesa. Dentro todo tenía su sitio exacto, como en un rompecabezas. El líquido de los frascos no podía derramarse porque no quedaba sitio para ello.

Aquel objeto estaba maravillosamente pensado y realizado, una excelente artesanía de estilo victoriano. Pero de alguna manera era monstruoso. Alguno de los Chatterley debía haberse dado cuenta de ello, porque aquella cosa no se había legado a usar nunca. Era un trasto sin alma.

Pero la señora Bolton estaba impresionada.

—¡Mire qué magníficos cepillos, tan caros, incluso las brochas de afeitar, tres brochas perfectas! ¡Oh! ¡Y estas tijeras! De lo mejor que se podía comprar. ¡Oh, son una monada!

—¿Le gusta? —dijo Connie—. Puede quedársela.

—¡Oh, no, excelencia!

—Claro que sí. Si no, estará aquí tirada hasta el Día del Juicio. Si usted no la

quiere, se lo mandaré a la duquesa con los cuadros, y no se merece tanto. ¡Llévesela usted!

—Oh, excelencia, no sé cómo podré agradecerérselo.

—Ni lo intente —rió Connie.

Y la señora Bolton descendió pomposamente con la caja grande y de un negro intenso entre los brazos, con la cara de un rubor intenso por la emoción.

El señor Betts la llevó en el calesín con la caja hasta su casa del pueblo. Y no pudo por menos de invitar a algunas amistades para que la vieran: la maestra, la mujer del boticario, la señora Weedon, esposa del ayudante del cajero. Les pareció maravillosa. Y luego comenzó el comadreo sobre el niño de Lady Chatterley.

—¡Nunca se acabarán los milagros! —dijo la señora Weedon.

Pero la señora Bolton estaba convencida de que si había niño sería hijo de Sir Clifford. ¡Así que...! Poco tiempo después el rector le dijo amablemente a Clifford:

—¿Podemos esperar realmente un heredero en Wragby? ¡Ah, eso sería una prueba de la misericordia divina, desde luego!

—¡Bien! Puede esperarse —dijo Clifford con una ligera ironía y al mismo tiempo un cierto convencimiento. Había empezado a creer que realmente era posible, incluso podría ser hijo suyo.

Luego, una tarde, llegó Leslie Winter, el caballero Winter, como le llamaba todo el mundo: delgado, imaculado y con setenta años; un caballero de pies a cabeza, como decía la señora Bolton a la señora Betts. ¡Hasta el último milímetro, desde luego! Y con su forma de hablar anticuada y afectadamente vacilante parecía más pasado de moda que las pelucas con redecilla. El tiempo, en su fugacidad, derrama estas preciosas plumas antiguas.

Discutieron sobre las minas. La idea de Clifford era que su carbón, incluso el de peor calidad, podía transformarse en un combustible de alta concentración que ardería produciendo grandes temperaturas si se le proporcionaba un determinado aire acidulado y húmedo a altas presiones. Se había observado desde hacía mucho tiempo que cuando soplaba un viento fuerte y húmedo, la escombrera ardía con un fuego muy vivo, apenas producía humos y dejaba una ceniza de un fino polvillo en vez de la gravilla rosada.

—¿Pero dónde se encontrarían los motores adecuados para quemar ese combustible? —preguntó Winter.

—Los construiré yo mismo. Y yo mismo utilizaré mi combustible. Venderé energía eléctrica. Estoy seguro de que puede hacerse.

—Si puede hacerse sería espléndido, espléndido, muchacho. ¡Aah! ¡Espléndido! Si pudiera ayudar en algo estaría encantado. Me temo que estoy algo pasado de moda y que mis minas son como yo. Pero quién sabe, cuando yo desaparezca quizás las tomen hombres como tú. ¡Espléndido! Eso dará otra vez

trabajo a todo el mundo y no te verás obligado a tener que vender el carbón o dejar de venderlo. Una idea espléndida y espero que tenga éxito. Si yo tuviera hijos, no me cabe duda de que se les ocurrirían ideas actuales para Shipley: ¡sin duda! Por cierto, muchacho, ¿tiene algún fundamento ese rumor de que hay ciertas esperanzas de que Wragby tenga un heredero?

—¿Existe ese rumor? —preguntó Clifford.

—Bueno, muchacho, Marshall, de Fillingwood, me lo preguntó, eso es todo lo que puedo decir sobre un rumor. Desde luego yo no lo repetiría por nada del mundo, a no ser que tenga alguna base.

—Pues, señor —dijo Clifford con cierta incomodidad pero con un extraño brillo en los ojos—, existe una esperanza. Existe una esperanza.

Winter cruzó la habitación y estrechó la mano de Clifford.

—¡Muchacho, muchacho, no puedes imaginarte lo que significa para mí oír eso! Y escuchar que estás dedicado al trabajo en la esperanza de tener un hijo, y que quizás puedas volver a dar trabajo a todo el mundo en Tevershall. ¡Ah, muchacho! ¡Mantener el nivel de la raza y tener un puesto disponible para todo el que quiera trabajar!

El anciano estaba realmente conmovido.

Al día siguiente, Connie estaba colocando un ramo de grandes tulipanes amarillos en un florero de cristal.

—Connie —dijo Clifford—, ¿sabías que corre por ahí el rumor de que vas a dar un hijo y heredero a Wragby?

Connie sintió un oscuro terror, pero permaneció en silencio, tocando las flores.

—¡No! —dijo—. ¿Es una broma? ¿O es mala intención?

Él hizo una pausa antes de contestar:

—Ninguna de las dos cosas, espero. Confío en que llegue a ser una profecía.

Connie siguió ocupándose de las flores.

—He recibido una carta de mi padre esta mañana —dijo ella—. Me pregunta si recuerdo que ha aceptado en mi nombre la invitación que me ha hecho Sir Alexander Cooper para pasar julio y agosto en Villa Esmeralda, en Venecia.

—¿Julio y agosto? —dijo Clifford.

—Oh, no me quedaría tanto tiempo. ¿Estás seguro de que tú no quieres venir?

—No quiero ir al extranjero —dijo Clifford sin pérdida de tiempo.

Ella llevó las flores a la ventana.

—¿Te importa que yo vaya? —dijo ella—. Ya sabes que era una promesa para este verano.

—¿Cuánto tiempo estarías?

—Tres semanas quizás.

Se produjo un silencio durante algún tiempo.

—Bien —dijo Clifford lentamente y un tanto lúgubre—. Supongo que podría

resistirlo durante tres semanas: si estuviera absolutamente seguro de que ibas a tener ganas de volver.

—Claro que las tendría —dijo ella con una tranquila sencillez cargada de convencimiento. Estaba pensando en el otro hombre.

Clifford advirtió su seguridad y de alguna forma creyó en ella, creyó que era por él. Se sintió inmensamente aliviado y repentinamente alegre.

—En ese caso creo que no habrá problema, ¿no te parece?

—Eso creo —dijo ella.

—¿Te gustará el cambio?

Lo miró con unos extraños ojos azules.

—Me gustaría volver a ver Venecia —dijo—, y bañarme en una de las islas de grava de la laguna. ¡Ya sabes que no aguanto el Lido! Y me imagino que no van a gustarme Sir Alexander Cooper y Lady Cooper. Pero si está allí Hilda y tenemos una góndola para nosotras, creo que puede ser encantador. Me gustaría que vinieras.

Lo dijo sinceramente. Le gustaría muchísimo hacerle feliz de aquella manera.

—¡Sí, pero imagínate mi papel en la Gare du Nord o en el muelle de Caiais!

—¿Y por qué no? Se ve a otros heridos de guerra llevados en camillas. Además nosotros haríamos todo el viaje en coche.

—Tendríamos que llevar dos criados.

—¡Oh, no! Podemos arreglarnos con Field. Siempre habría otro allí.

Pero Clifford sacudió la cabeza.

—¡Este año no, querida! ¡Este año no! ¡Probablemente lo intentaré al año que viene!

Ella se alejó entristecida. ¡Al año siguiente! ¿Qué traería el año próximo? Ella misma no deseaba realmente ir a Venecia: no en aquel momento en que existía el otro hombre. Pero iba a ir como una especie de disciplina, y además porque, si tuviera un niño, Clifford podría pensar que había tenido un amante en Venecia.

Ya estaban en mayo, y era en junio cuando se pondrían en marcha. ¡Siempre aquellos arreglos! ¡Siempre alguien arreglándole la vida a uno! ¡Engranajes que le hacían ponerse a uno en marcha y seguir un camino y sobre los cuales no se tenía ningún control real!

Estaban en mayo, pero el tiempo era otra vez húmedo y frío. ¡Un mayo frío y húmedo, bueno para el trigo y el centeno! ¡Como si el trigo y el centeno tuvieran alguna importancia hoy día! Connie tenía que ir a Uthwaite, que era su pequeña ciudad, donde los Chatterley eran todavía los Chatterley. Fue sola, Field conducía.

A pesar de ser mayo y del nuevo verdor de los campos, el paisaje era triste. Hacía bastante frío, el humo se mezclaba a la lluvia y había un ambiente de gases residuales en el aire. Había que apoyarse en la resistencia propia para vivir.

No era de extrañar que aquella gente fuera mala y desagradable.

El coche subía con dificultad por la hilera larga y escuálida de Tevershall, las casas de ladrillo ennegrecido, los techos de pizarra negra de rebordes brillantes, el barro negro del polvo de carbón, el pavimento negro y húmedo. Era como si la desgracia lo hubiera arrasado todo. La absoluta negación de la belleza natural, la absoluta negación de la alegría de la vida, la absoluta negación del instinto de aprecio de la belleza de formas que tiene cualquier ave, cualquier animal, la muerte absoluta de la facultad humana de intuición; en suma, era algo que causaba asombro. ¡Los montones de jabón en los ultramarinos, el ruibarbo y los limones en el frutero, los sombreros horrorosos en las modistas! Todo iba pasando, feo, feo, feo, seguido por el horror en yeso y oro del edificio del cine con sus carteles húmedos anunciando «El amor de una mujer», y la nueva capilla de la secta de los metodistas primitivos, no poco primitiva a su vez con su ladrillo desnudo y las grandes cristaleras de las ventanas en verdín y frambuesa. La capilla wesleyana, más arriba, era de ladrillo ennegrecido y se ocultaba tras rejas de hierro y matorrales negros. La capilla congregacional, que se sentía superior, estaba construida en cantería rústica y tenía un campanario, aunque no muy alto. Justamente detrás de ella estaban las nuevas escuelas, de costoso ladrillo rosa y terreno de juego con gravilla, enmarcado por verjas de hierro, todo muy impresionante y produciendo el efecto de una mezcla de capilla y prisión. Las chicas de quinto estaban en clase de canto, terminando unos ejercicios de la-mi-do-la y empezando una «preciosa canción infantil». Hubiera sido imposible imaginar algo menos parecido a una canción, a un canto espontáneo: era un extraño chillido que seguía la directriz de una melodía. No era como los salvajes: los salvajes tienen ritmos sutiles. No era como los animales: los animales quieren decir algo cuando gritan. No se parecía a nada terrestre, y se llamaba canto. Connie estaba sentada, escuchando con el corazón en los pies, mientras Field echaba gasolina. ¿Qué podía llegar a ser gente así, una gente en que la facultad intuitiva de vivir estaba tan muerta como un ladrillo y sólo conservaban gritos extrañamente mecánicos y una siniestra fuerza de voluntad?

Un carro de carbón venía cuesta abajo, chirriando en la lluvia. Field se puso en marcha cuesta arriba, pasando las grandes pero desangeladas tiendas de tejidos y confecciones, la oficina de correos, para llegar a la pequeña plaza del mercado, de aspecto abandonado, donde Sam Black, desde la puerta del «Sol» —que se llamaba parador y no fonda, y donde se hospedaban los viajantes de comercio—, hizo una inclinación al paso del coche de Lady Chatterley.

La iglesia estaba apartada a la izquierda, entre unos árboles negruzcos. El coche siguió luego cuesta abajo, pasando el «Escudo de los Mineros». Ya había dejado atrás el «Nelson», el «Wellington», los «Tres Barriles» y el «Sol»; ahora pasaba por el «Escudo de los Mineros», luego el «Salón de los Mecánicos», y después el nuevo y casi alegre «Casino Minero», para, tras

algunos « chalets» nuevos, salir a la ennegrecida carretera entre setos y campos verdes teñidos de oscuro que llevaba a Stacks Gate.

¡Tevershall! ¡Aquello era Tevershall! ¡La alegre Inglaterra! ¡La Inglaterra de Shakespeare! No, era la Inglaterra de hoy; Connie se había dado cuenta desde que había ido a vivir allí. Aquella Inglaterra estaba produciendo una nueva raza humana, supersensitiva al dinero, a lo social y a lo político, y muerta, totalmente muerta, para lo intuitivo y lo espontáneo. Semicadáveres todos ellos: pero con una consciencia terriblemente insistente en su otra mitad. Había algo tenebroso y siniestro en todo ello. Era un submundo. Imprevisible por otra parte. ¿Cómo vamos a entender las reacciones de semicadáveres? Cuando Connie veía los grandes camiones llenos de metalúrgicos de Sheffield, criaturas siniestras, deformes y diminutas con forma humana, dirigiéndose de excursión a Matlock, sentía un desvanecimiento interior y pensaba: « Dios, ¿qué ha hecho el hombre con el hombre? ¿Qué es lo que han estado haciendo los dirigentes de los hombres con sus semejantes? Les han reducido a un estado subhumano y la fraternidad se ha convertido en algo imposible. Es una pesadilla.»

Sintió de nuevo como una ola de terror la desesperanza gris y atrozante de todo aquello. Con criaturas semejantes formando las masas industriales y las clases altas tal como ella las conocía no quedaba esperanza de ninguna clase. ¡Y a pesar de todo ella quería tener un niño, un heredero para Wragby! ¡Un heredero para Wragby! Se estremeció de espanto.

¡Y sin embargo Mellors había salido de todo aquello! Sí, pero estaba tan al margen de todo como ella. Aunque no quedara en él ningún sentido de la fraternidad. Había muerto, la fraternidad había muerto. Sólo quedaba soledad y desesperanza en todo aquello. Eso era Inglaterra, la mayor parte de Inglaterra; ella lo sabía bien, habiendo partido en coche de su mismo centro.

El coche estaba subiendo hacia Stacks Gate. La lluvia aminoraba y el aire se llenó de una extraña claridad y resol de mayo. El paisaje discurría en amplias ondulaciones: al sur hacia el Pico, al este hacia Mansfield y Nottingham. Connie se dirigía hacia el sur.

Al llegar a lo alto de la meseta pudo ver a su izquierda, en una altura sobre la tierra en movimiento, la mole imponente y sombría del castillo de Warsop, de un gris oscuro, y por debajo las manchas rojizas de las casas de los mineros, nuevas aún, y más abajo todavía el penacho de humo oscuro y vapor blanco de la gran mina que suponía tantos miles de libras al año para los bolsos del duque y los demás accionistas. El viejo castillo imponente era una ruina, pero su masa seguía dominando el horizonte sobre el negro penacho de plumas y el blanco ondulado en el aire neblinoso de abajo.

Una curva y llegaron a la cota de Stacks Gate. Stacks Gate, visto desde la carretera, era sólo un enorme y maravilloso hotel de construcción reciente, « El Escudo de Coningsby », rojo, blanco y oro, en un salvaje aislamiento a un lado

de la carretera. Pero mirando atentamente se veían a la izquierda hileras de hermosas casas « modernas », asentadas como un juego de dominó, con espacios abiertos y jardines. Un siniestro juego de dominó que algunos « amos » macabros jugaban sobre la desconcertada tierra. Y tras aquellos bloques de casas, en su parte trasera, se elevaban las asombrosas y terribles construcciones en altura de una mina realmente moderna, plantas químicas, galerías enormes y largas, de formas hasta entonces desconocidas para el hombre. El pozo principal y los depósitos mismos de la mina eran algo insignificante entre el gigantismo de las nuevas instalaciones. Frente a todo ello el juego de dominó parecía paralizado perennemente en una especie de atontamiento esperando que comenzara el juego.

Aquello era Stacks Gate, nacido sobre la superficie de la tierra después de la guerra. Pero de hecho, aunque Connie no lo conocía, media milla más abajo del « hotel » estaba el viejo Stacks Gate, con una pequeña mina antigua y casas de viejo ladrillo negro, una capilla o dos, una tienda o dos y una taberna o dos.

Pero aquello ya no tenía importancia. Las enormes columnas de humo y vapor se elevaban de las nuevas instalaciones más arriba y aquello era ahora Stacks Gate: sin capillas, sin bares, sin tiendas siquiera. Sólo las grandes fábricas, que son la moderna Olimpia con templos dedicados a todos los dioses, y además las casas modernas y el hotel. En realidad el hotel no era más que un bar de mineros, a pesar de su aspecto de hotel de primera clase.

Había sido incluso después de la llegada de Connie a Wragby cuando aquel lugar nuevo se había levantado sobre la superficie de la tierra y las viviendas modernas se habían llenado de una canalla procedente de todas partes, para cazar furtivamente los conejos de Clifford, entre otras ocupaciones.

Desde el coche que avanzaba por la meseta, Connie veía desplegarse el paisaje del condado. ¡El condado! En tiempos había sido un condado orgulloso y señorial. Delante de ella, dominante y difusa en el horizonte, se veía la masa espléndida y enorme del palacio de Chadwick, con más espacio de ventanas que de muros, una de las más famosas casas isabelinas. Solitario y noble, dominando un gran parque, pero fuera de su tiempo, pasado de moda. Se mantenía aún, pero más como espectáculo que otra cosa. « Mirad la magnificencia de nuestros antepasados. »

Aquello era el pasado. El presente estaba abajo. Sólo Dios sabe dónde estará el futuro. El coche estaba ya enfilando la curva que desciende hacia Uthwaite entre pequeñas casas ennegrecidas de mineros. Y Uthwaite, en un día húmedo, exhibía un verdadero despliegue de penachos de humo y vapor en homenaje a quién sabe qué dioses. Uthwaite, en la hondonada del valle, cruzado por los hilos de acero del ferrocarril a Sheffield, con las minas de carbón y las acerías despidiendo humo y resplandores a través de largos tubos, y la patética y minúscula torre espiral de la iglesia amenazando ruina, pero atravesando aún la

humareda, producía siempre un extraño efecto en Connie. Era un antiguo pueblo de mercado, centro de los valles. Uno de los albergues principales se llamaba «El Escudo de Chatterley». Allí, en Uthwaite, Wragby se llamaba Wragby, como si fuera un pueblo entero y no simplemente una casa; no era como para los forasteros: el palacio de Wragby, cerca de Tevershall. Era Wragby, el solar de un linaje.

Las casas de los mineros, teñidas de negro, se elevaban al mismo nivel sobre el pavimento, con esa intimidad y recogimiento de los hogares mineros con más de cien años. Bordeaban todo el camino. La carretera se había convertido en calle, y al ir bajando se olvidaba inmediatamente el paisaje abierto y ondulado donde los castillos y palacios seguían teniendo una presencia dominante, pero de fantasmas. Ahora se estaba escasamente por encima de la maraña de las desnudas redes ferroviarias, y las fundiciones y otras instalaciones fabriles se alzaban ante uno hasta llegar a verse sólo muros. Y el hierro crujía con un eco repetido y enorme; grandes camiones hacían temblar la tierra y se oía el pitido de las sirenas.

Y, sin embargo, una vez que se había llegado abajo, al corazón de los vericuetos retorcidos del pueblo, detrás de la iglesia, se volvía a estar en el mundo de dos siglos atrás, en el laberinto de calles donde estaba «El Escudo de Chatterley» y la vieja farmacia, calles que solían conducir al mundo salvaje y abierto de los castillos y de los nobles palacios de recreo.

Pero en la esquina un policía levantó el brazo mientras pasaban tres camiones cargados de hierro haciendo estremecerse a la antigua iglesia. Y hasta que no hubieron pasado los camiones no pudo saludar a su excelencia.

Así era. En la vieja parte burguesa de calles retorcidas se apilaban las ennegrecidas casas de los mineros bordeando la ruta. Inmediatamente después comenzaban las alineaciones más nuevas, de color más rosado y de casas algo más grandes rellenando el valle: eran las casas de los obreros más recientes. Pasada esta zona, en la amplia región de los castillos, el humo se mezclaba con el vapor y parche tras parche de ladrillo rojizo al desnudo descubrían las nuevas instalaciones mineras, a veces ocultas en las hondonadas, a veces indecorosamente feas en el contorno de las laderas. Y entre medias de todo ello los restos desperdigados de la antigua Inglaterra de las diligencias y las casas de campo, de la Inglaterra incluso de Robin de los Bosques, donde vagaban los mineros cuando no estaban trabajando, con el ánimo deprimido de los instintos deportivos sin objeto.

¡Inglaterra, mi Inglaterra! Pero ¿cuál es mi Inglaterra? Las suntuosas mansiones de Inglaterra son buen tema para la fotografía y crean la ilusión de una continuidad con lo isabelino. Los hermosos palacios antiguos siguen ahí desde los días de la reina Ana y Tom Dones. Pero el polvillo del carbón cae y ennegrece el enlucido grisáceo que hace mucho dejó de ser de un amarillo

dorado. Y uno tras otro, como los majestuosos castillos, han ido quedando abandonados. Ahora se están demoliendo. En cuanto a los cottages de Inglaterra —ahí están—, grandes emplastos de casas de ladrillo en el campo desolado.

Ahora se destruyen los majestuosos palacios y las mansiones georgianas desaparecen también. Fritchley, un antiguo y perfecto ejemplo de arquitectura georgiana, estaba siendo demolido cuando Connie pasó con el coche. Se mantenía en perfecto estado: los Weatherley habían vivido lujosamente allí hasta la guerra. Pero ahora era demasiado grande, demasiado caro y la zona demasiado desagradable. La nobleza huía hacia lugares más placenteros donde poder gastar el dinero sin verse obligados a ver cómo se ganaba.

Esta es la historia. Una Inglaterra eliminando a la otra. Las minas habían llevado la riqueza a los palacios. Ahora estaban acabando con ellos como antes habían acabado con las casas de campo. La Inglaterra industrial acaba con la Inglaterra agrícola. Un significado elimina al otro. La nueva Inglaterra acaba con la vieja Inglaterra. Y la continuidad no es orgánica, sino mecánica.

Perteneciendo Connie a las clases altas, se había aferrado a los restos de la vieja Inglaterra. Le había costado años darse cuenta de que estaba siendo anulada por aquella terrible Inglaterra nueva e implacable y que el proceso de destrucción continuaría hasta ser completo. Fritchley había desaparecido, Eastwood había desaparecido, Shipley estaba desapareciendo: el adorado Shipley del caballero Winter.

Connie paró un momento en Shipley. Las puertas del parque, en la parte trasera, se abrían al lado del paso a nivel del tren de la mina; la mina misma estaba nada más pasar los árboles. Las puertas estaban abiertas porque el parque estaba sometido a un derecho de paso que utilizaban los mineros. Se les veía pasear por el parque.

El coche pasó los estanques ornamentales, donde los mineros tiraban sus periódicos, y enfiló el camino privado hacia la casa. Se erguía solitario, a un lado, un agradable edificio de estuco de mediados del siglo XVIII. Tenía un hermoso paseo de tejos que en tiempos había bordeado el camino hacia una casa más antigua, y el palacio se desplegaba serenamente, como si hiciera alegres guiños con sus ventanas georgianas. Detrás había unos jardines realmente hermosos.

A Connie el interior le gustaba mucho más que Wragby. Era más ligero, más vivo, más estilizado y elegante. Las habitaciones estaban revestidas de marquetería pintada en crema, los techos retocados en oro y todo se mantenía con un orden exquisito; los detalles eran perfectos, sin preocupación por el gasto. Incluso los pasillos conseguían ser amplios y agradables, suavemente curvados y llenos de vida.

Pero Leslie Winter estaba solo. Había sentido adoración por su casa. Y el parque estaba bordeado por tres de sus propias minas. Había sido un hombre de ideas generosas. Casi le había alegrado conceder el acceso de los mineros al

parque. ¿No le habían hecho ellos rico? Así, cuando veía aquellas bandas de desarrapados vagando en torno a sus estanques ornamentales no en la parte privada del parque, no, hasta ahí no llegaba su generosidad, había dicho:

—Quizás los mineros no sean tan decorativos como los ciervos, pero son mucho más productivos.

Pero aquello era en la dorada —monetariamente— última mitad del reinado de la reina Victoria. Los mineros eran entonces «buenos trabajadores».

Winter había pronunciado aquel discurso, casi disculpándose, ante su invitado el príncipe de Gales. Y el príncipe había contestado en su inglés un tanto gutural:

—Tiene usted mucha razón. Si hubiera carbón debajo de Sandringham, abriría una mina en el césped y me parecería paisajismo de la mejor calidad. Oh, a ese precio estoy más que dispuesto a cambiar los corzos por mineros. Además me han dicho que sus hombres son buenos.

Pero por aquel entonces el príncipe tenía una idea quizás exagerada de las bellezas del dinero y de las bienaventuranzas de la industrialización.

Sin embargo, el príncipe había llegado a rey, y el rey había muerto, y ahora había otro rey cuya función principal parecía ser la de inaugurar comedores sociales.

Y los buenos trabajadores estaban de alguna forma sitiando a Shipley. Los nuevos asentamientos de los mineros se apiñaban en el parque, y para el caballero aquella era en cierto modo una población extraña. Solía sentirse, de manera amable pero ampulosa, señor de sus tierras y sus mineros. Ahora, con el sutil avance de la nueva mentalidad, se había visto desplazado de alguna manera. Era él quien se había convertido en un extraño. Sin posibilidad alguna de error. Las minas, la industria, tenían una voluntad propia y aquella voluntad era opuesta al aristócrata-propietario. Todos los mineros formaban parte de aquella voluntad y era difícil levantarse en contra de ella. Acababa por barrerle a uno del sitio o de la vida sin remisión.

El caballero Winter, soldado al fin, lo había resistido. Pero ya no le gustaba pasear por el parque después de cenar. Se ocultaba casi en el interior. Una vez había ido, sin sombrero, con zapatos de charol y calcetines de seda púrpura, acompañando a Connie hasta la verja, hablando con ella con su elegante tartamudeo afectado. Pero cuando hubo que pasar entre los pequeños grupos de mineros, quietos, mirando, sin saludar ni hacer nada, Connie se dio cuenta de que aquel anciano esbelto y educado se replegaba en sí como hace el elegante macho del antílope en la jaula ante la mirada vulgar. Los mineros no sentían una hostilidad personal: en absoluto. Pero su espíritu era frío y lo mostraban a las claras. Y muy en el fondo había un profundo resentimiento. «Trabajaban para él.» Y en su mundo de fealdad se rebelaban contra su existencia elegante, bien educada y bien alimentada. «¿Y él quién es?» Esa era la diferencia que rechazaban con resentimiento.

En algún lugar secreto de su corazón inglés, con un gran poso de militar aún, él creía que tenían derecho a considerar aquella diferencia con resentimiento. Él mismo se sentía en parte injusto por disfrutar de todas las ventajas. Pero con todo y con eso, él representaba un sistema y no iba a dejarse vencer.

A no ser por la muerte. Que vino sobre él de manera repentina poco después de la visita de Connie. En su testamento se acordó generosamente de Clifford.

Los herederos dieron inmediatamente la orden para la demolición de Shipley. Costaba demasiado mantenerlo. Nadie quería vivir allí. Así que se tiró abajo. La avenida de tejos fue talada. Se cortó la madera del parque y se dividió el terreno en parcelas: estaba lo suficientemente cerca de Uthwaite. En el extraño desierto baldío de aquella tierra de nadie, una más, se elevaron nuevas callecitas de casas adosadas, todo muy apetecible. ¡La Urbanización Palacio de Shipley!

Todo había sucedido en el período de un año, desde la última visita de Connie. Allí estaba la Urbanización Palacio de Shipley, una hilera de « villas » adosadas con sus calles de nuevo trazado. Nadie hubiera sospechado que el palacio había estado allí sólo doce meses antes.

Pero esta no es más que una etapa posterior del paisajismo a lo rey Eduardo, ese tipo de paisajismo con una mina en el césped.

Una Inglaterra acaba con la otra. La Inglaterra de los caballeros Winter y de los palacios de Wragby había desaparecido, estaba muerta. Pero la eliminación no era completa todavía.

¿Qué vendría después? Connie no era capaz de imaginarlo. Sólo podía ver las nuevas calles de casas de ladrillo comiendo terreno al campo, las nuevas torres en las minas, las nuevas chicas con sus medias de seda, los nuevos jóvenes mineros apilándose en el Palacio del Baile o en el Casino Minero. La nueva generación había perdido hasta el recuerdo de la vieja Inglaterra. Había una fisura en la continuidad de la conciencia, algo casi americano: pero en realidad de raíz puramente industrial. ¿Qué sería lo siguiente?

Connie presentía que no habría continuación. En consecuencia, quería esconder su cabeza en la arena, o por lo menos en el regazo de un hombre vivo.

¡El mundo era tan complicado, tan siniestro y macabro! La gente vulgar era tanta y realmente tan horrible. Eso es lo que le parecía mientras se dirigía hacia casa y veía a los mineros alejándose lentamente de los pozos, de un gris negruzco, distorsionados, un hombre más alto que el otro, arrastrando sus pesados zuecos con herraduras. Caras de un gris subterráneo, ojos desmesuradamente blancos, cuellos doblados por el techo de la mina, hombros deformados. ¡Hombres! ¡Hombres! Y en cierta forma hombres buenos y sufridos. Pero por otra parte inexistentes. Algo que los hombres deben tener había sido extirpado en ellos. Y a pesar de todo eran hombres. Tenían hijos. Una podía tener un hijo de ellos. ¡Terrible, terrible pensamiento! Eran buenos y amables. Pero eran sólo la mitad, sólo la mitad más gris del ser humano. Hasta ahora seguían siendo

«buenos». Pero incluso aquello era sólo la bondad de su incompletez. ¡Supongamos que la parte muerta en ellos se levantara alguna vez! Pero no, era demasiado horrible pensarlo. Connie tenía un miedo total a las masas obreras. Le parecían tan siniestras. Una vida desprovista de toda belleza, sin intuición, siempre « en el pozo» .

¡Niños de hombres como aquellos! ¡Oh Dios! ¡Oh Dios!

Y sin embargo Mellors venía de un padre así. No del todo. Cuarenta años habían producido una diferencia, una tremenda diferencia en la humanidad. El hierro y el carbón habían carcomido profundamente los cuerpos y las almas de los hombres.

¡La fealdad hecha carne y además viva! ¿Qué sería de todos ellos? Quizás con la decadencia del carbón también volverían a desaparecer ellos de la faz de la tierra. Habían surgido de la nada por miles respondiendo a la llamada del carbón. Quizás eran sólo una fauna siniestra de los filones carboníferos. Criaturas de otro mundo, partículas elementales de los elementos del carbón, como los metalúrgicos eran partículas elementales de los elementos del hierro. Hombres que no eran hombres, sino ánimas de carbón, hierro y arcilla. Fauna de los elementos carbono, hierro y silicio: partículas elementales. Tenían quizás algo de la belleza siniestra e inhumana de los minerales, el lustre del carbón, el peso, el color azul y la resistencia del hierro, la transparencia del cristal. Criaturas elementales, siniestras y deformes, del mundo mineral. Eran parte del carbón, el hierro y el barro, como los peces son parte del mar y los gusanos de la madera muerta. ¡El alma de la desintegración mineral!

Connie se alegró de volver a estar en casa, de ocultar la cabeza en la arena. Se alegraba incluso de poder charlar con Clifford, porque su miedo a los Midlands mineros y metalúrgicos la afectaba con un extraño sentimiento que la invadía por completo, como la gripe.

—Naturalmente tuve que tomar el té en la tienda de la señorita Bentley — dijo.

—¿Sí? Winter te habría invitado en su casa.

—Oh, sí, pero no me atrevía a decirle que no a la señorita Bentley.

La señorita Bentley era una soltera apergaminada con una nariz más bien grande y una personalidad romántica que servía el té con atenta intensidad, digna de un sacramento.

—¿Preguntó por mí? —dijo Clifford.

—¡Desde luego! —« ¿Puedo preguntar a su excelencia cómo se encuentra Sir Clifford?» —. ¡Creo que te valora incluso por encima de la enfermera Cavell!

—Y supongo que le dirías que me va mejor que nunca.

—¡Sí! Y parecía tan extasiada como si le hubiera dicho que los cielos se habían abierto ante ti. Le dije que si venía alguna vez a Tevershall viniera a verte.

—¡A mí! ¿Para qué? ¡Verme a mí!

—Naturalmente, Clifford. No te pueden tener esa adoración sin que tú correspondas aunque sólo sea un poco. Para ella, San Jorge de Capadocia es poco comparado contigo.

—¿Y crees que vendrá?

—¡Oh, se ruborizó! ¡Y por un momento pareció hasta guapa, la pobre! ¿Por qué no se casarán los hombres con las mujeres que realmente les adorarían?

—Las mujeres empiezan a adorar demasiado tarde. ¿Pero dijo que vendría?

—¡Oh! —Connie imitaba a la jadeante señorita Bentley: « Su excelencia, no sé si me atreveré a tomarme esa libertad.»

—¡Tomarse la libertad! ¡Qué absurdo! Pero deseo por lo más sagrado que no aparezca por aquí. ¿Y qué tal su té?

—Oh, « Lipton's » y muy fuerte. Pero, Clifford, ¿te das cuenta de que eres el Roman de la Rose de la señorita Bentley y de muchas como ella?

—Pues no me siento nada halagado.

—Aprecian como un tesoro cada una de tus fotos en las revistas y probablemente rezan por ti todas las noches. A mí me parece maravilloso.

Subió a su habitación a cambiarse. Aquella noche él le dijo:

—¿No crees que hay algo de eterno en el matrimonio?

Ella le miró.

—Pero, Clifford, haces que la eternidad suene como una tapadera o como una cadena muy larga, muy larga, que hubiera que llevar a rastras siempre por lejos que uno vaya.

Él la miró desconcertado.

—Lo que quiero decir es que si vas a Venecia no irás con la esperanza de una aventura amorosa que puedas tomar *au grand sérieux*, ¿no?

—¿Una aventura amorosa en Venecia *au grand sérieux*? No. ¡Te lo aseguro! No, nunca me tomaría una aventura amorosa en Venecia más allá de *au très petit sérieux*.

Hablaba con una extraña especie de desprecio. Él arrugó las cejas al mirarla.

Al bajar por la mañana se encontró con Flossie, la perra del guardabosque, sentada en el pasillo ante la puerta de Clifford y gimiendo ligeramente.

—¡Pero Flossie! —dijo ella en voz baja—. ¿Qué haces aquí?

Y abrió en silencio la puerta de Clifford. Clifford estaba sentado en la cama, con la mesa de cama y la máquina de escribir a un lado; el guarda estaba en posición de firmes a los pies de la cama. Flossie entró corriendo. Con un ligero gesto de cabeza y ojos, Mellors le ordenó que volviera a salir y ella se retiró con las orejas bajas.

—¡Oh, buenos días, Clifford! —dijo Connie—. No sabía que estabas ocupado.

Luego miró al guarda, dándole los buenos días. Él pronunció su respuesta entre dientes, mirándola vagamente. Pero ella sintió una ráfaga de pasión provocada por su simple presencia.

—¿Te he interrumpido, Clifford? Lo siento.

—No, no es nada de importancia.

Se deslizó de nuevo fuera de la habitación y subió al peinador azul del primer piso. Se sentó a la ventana y le vio descender por el sendero con su curiosa manera de andar, en silencio, humilde. Tenía una especie natural de distinción callada, un orgullo altanero y un cierto aire de fragilidad al mismo tiempo. ¡Un asalariado! ¡Uno de los asalariados de Clifford! *La culpa, querido Bruto, no es de nuestras estrellas, sino de nosotros mismos, pobres sumisos.*

¿Era él un ser sometido? ¿Lo era? ¿Qué pensaba él de ella?

Hacía un día de sol y Connie estaba trabajando en el jardín con ayuda de la señora Bolton. Por alguna razón las dos mujeres se compenetraban ahora en uno de esos inexplicables flujos y reflujos de simpatía que se producen entre la gente. Estaban poniendo tutores a los claveles e introduciendo en la tierra plantones de flores para el verano. Era un tipo de trabajo que les gustaba a las dos. Connie disfrutaba especialmente metiendo las delicadas raíces de las plantas jóvenes en el suave mantillo negro y apretando luego la tierra en torno. Aquella mañana de primavera sentía además un estremecimiento en su vientre, como si el sol lo hubiera inundado y lo hubiera llenado de felicidad.

—¿Hace muchos años que perdió a su esposo? —preguntó a la señora Bolton, mientras cogía otro de los plantones y lo introducía en el agujero.

—¡Veintitrés! —dijo la señora Bolton, mientras iba separando plantitas de los manojos de aquileias—. Veintitrés años desde que me lo trajeron un día a casa.

El corazón de Connie dio un vuelco ante la terrible fatalidad de aquel « ¡me lo trajeron a casa! ».

—¿Qué es lo que cree usted que le mató? —preguntó—. ¿Era feliz con usted?

Era una pregunta de mujer a mujer. La señora Bolton se retiró un mechón de pelo de la cara con el dorso de la mano.

—¡No lo sé, excelencia! Era una persona que no cedía ante nada: nunca estaba de acuerdo con los demás. Si algo le repugnaba era esconder la cabeza por la razón que fuera. Una especie de testarudez que lleva a la muerte. La verdad es que no le importaba nada. Yo le echo la culpa a la mina. No debiera haber trabajado nunca en las galerías. Pero su padre le hizo bajar de muy joven y luego, cuando se pasan los veinte años, ya no es fácil salir.

—¿Decía él que no le gustaba?

—¡Oh, no! ¡Eso nunca! ¡Nunca decía que no le gustara algo! Sólo ponía una cara rara. Era de los que hacen las cosas sin pensar: como algunos de los primeros chicos que se fueron tan contentos a la guerra y los mataron nada más llegar. Realmente no era un cabeza loca, pero no le importaba nada. Yo solía decirle: « No te preocupa nada ni nadie. » ¡Pero no era verdad! ¡De qué forma se quedó cuando nació mi primer hijo, sin moverse, sentado, y los ojos de fatalidad con que me miró cuando acabó todo! Yo lo pasé muy mal, pero fui yo